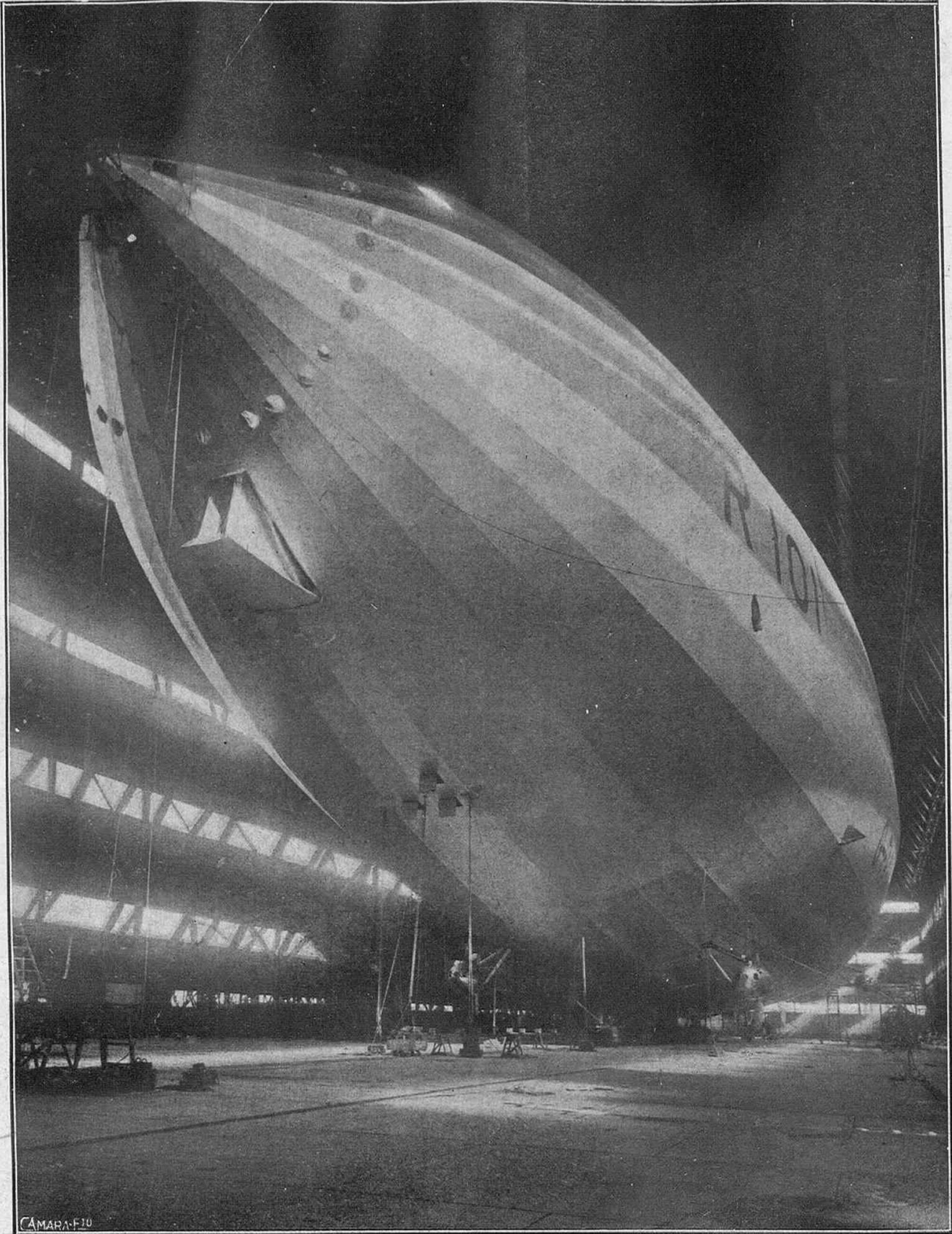




EL JEFE DEL ESTADO PORTUGUES EN ESPAÑA

El excelentísimo señor don Antonio Oscar de Fragoso Carmona, Presidente de la República de Portugal, que es hoy huésped ilustre del pueblo español



El nuevo dirigible inglés «R. 101», en el «hangar» donde ha sido terminado, dispuesto para ser trasladado al poste de amarre

LA NAVEGACION AEREA

EL DIRIGIBLE INGLÉS «R. 101»

EN el momento mismo en que la tripulación del *Graf Zeppelin* se niega, unánime, á embarcar para el proyectado viaje al Polo Norte, el gran dirigible inglés *R. 101* sale de su *hangar* y, saludado por clamorosas ovaciones de la muchedumbre entusiasmada, se dispone á emprender su primer vuelo.

Todas las calurosas recepciones de que fueron objeto los pasajeros del *Graf Zeppelin* en su vuelta al mundo, cuatro veces más rápida que la inolvidable de *Fileas Fog* y su criado, no han bastado para compensar las sospechas de que el dirigible alemán no reúne las condiciones técnicas necesarias para la arriesgada expedición;

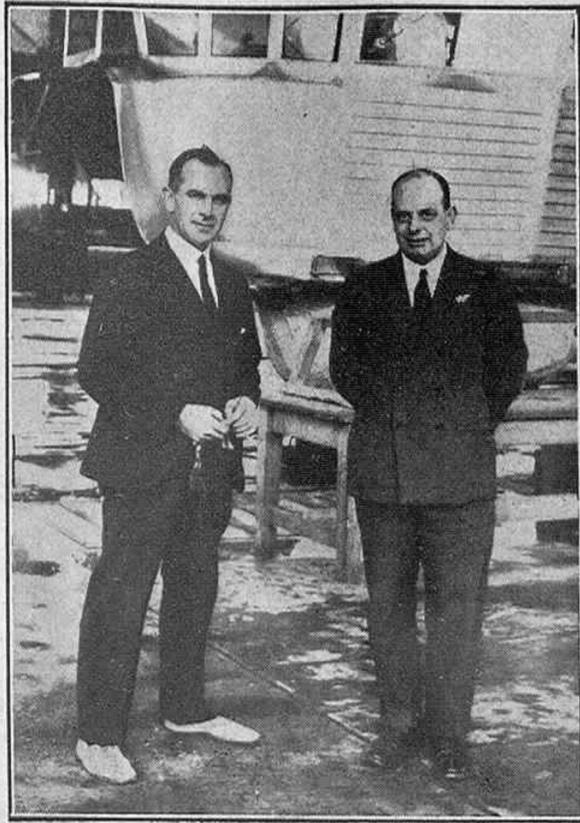
pero seguramente han servido para estimular aun más el celo de los constructores ingleses y apresurar el instante en que el *R. 101* surcará audazmente la atmósfera.

El dirigible inglés merece el calificativo de grande, y su magnitud, que muchos juzgan exagerada, es una de las mayores dificultades con

que para su buen éxito ha de luchar la aeronave. El *R. 101* tiene, efectivamente, 140.000 metros cúbicos de capacidad, 230 metros de largo y 40 metros de diámetro. Esas dimensiones, superiores á las de todos los dirigibles construidos y en construcción hasta ahora, han motivado ya críticas y resquemores de los críticos técnicos, incluso en Inglaterra misma. Se temía incluso que el *R. 101* no pudiese salir del *hangar* sin averías; pero esta hipótesis pesimista no ha sido confirmada por los hechos.

El capitán de fragata Scott, que manda el dirigible, había tomado todas las precauciones necesarias para que así fuera. Esperó pacientemente, durante una semana, á que los boletines meteorológicos le dieran indicaciones completamente favorables, y cuando las tuvo, en la madrugada del día 12 ordenó la maniobra: eran las seis de la mañana; amanecía apenas cuando, abiertas ya las enormes puertas del *hangar* y colgados de las amarras y góndolas del dirigible los 400 hombres que habían de realizar la maniobra, el capitán dió la orden de «adelante». Inmediatamente los 400 hombres, como si se tratase de piezas bien ajustadas de una enorme máquina, se pusieron en marcha con movimiento perfectamente ritmado, y tres minutos y medio después el dirigible estaba fuera del *hangar*, acogido con estruendosos aplausos por dos millares de personas que, no obstante lo matutino de la hora, aguardaban el acontecimiento.

La maniobra era difícil, porque entre la parte más elevada del dirigible y el techo del *hangar*



El capitán Scott y el oficial Johnston, jefes de navegación del dirigible británico «R. 101»

apenas si quedaba espacio disponible, y cualquier falso movimiento hubiese ocasionado, si no una catástrofe, también posible, por lo menos destrozos, que hubiese sido necesario reparar antes de comenzar las pruebas definitivas.

El *R. 101* salió majestuosamente, conservando en todos los momentos sus distancias.

Una vez fuera del *hangar*, después de un brevísimo reposo, sonó una nueva orden del capitán, y el dirigible avanzó de nuevo, llevado por sus 400 portadores, hacia el mástil de amarre, situado un kilómetro más allá. El recorrido fué cubierto en veinticinco minutos, y una vez llegado el dirigible á 300 metros de la torre, fué lanzado el cable de acero, de 250 metros de longitud, que desde la nave del dirigible hace las veces de ancla, y que fué inmediatamente unido á otro cable semejante, fijo en lo alto de la torre de amarre. El *R. 101* estaba ya en su estación.

El nuevo dirigible, en efecto, está construído y reúne todas las condiciones necesarias para no necesitar cobertizo; su posición de reposo será precisamente la que en aquel momento logró: amarrado á lo alto de la torre. En esa posición quedó en perfecta estabilidad, absolutamente inmóvil, hasta tal punto, que parecía formar cuerpo con el mástil.

Para llegar á esa posición, el *R. 101* necesitó, naturalmente, elevarse; antes, cada uno de sus tripulantes, y el capitán Scott con ellos, ocupó su puesto, y á una orden de «Soltadlo todo», los 400 portadores soltaron simultáneamente sus amarras y unieron sus aplausos, más entusiásti-



El magnífico salón-comedor del dirigible «R. 101», que da la impresión de lujo y confort del más moderno trasatlántico (Fots. Agencia Gráfica)



El dirigible «R. 101», el más grande construído hasta la fecha, sujeto al poste de amarre el día reciente de su primera salida del «hangar» donde ha sido construído

(Fot. Agencia Gráfica)

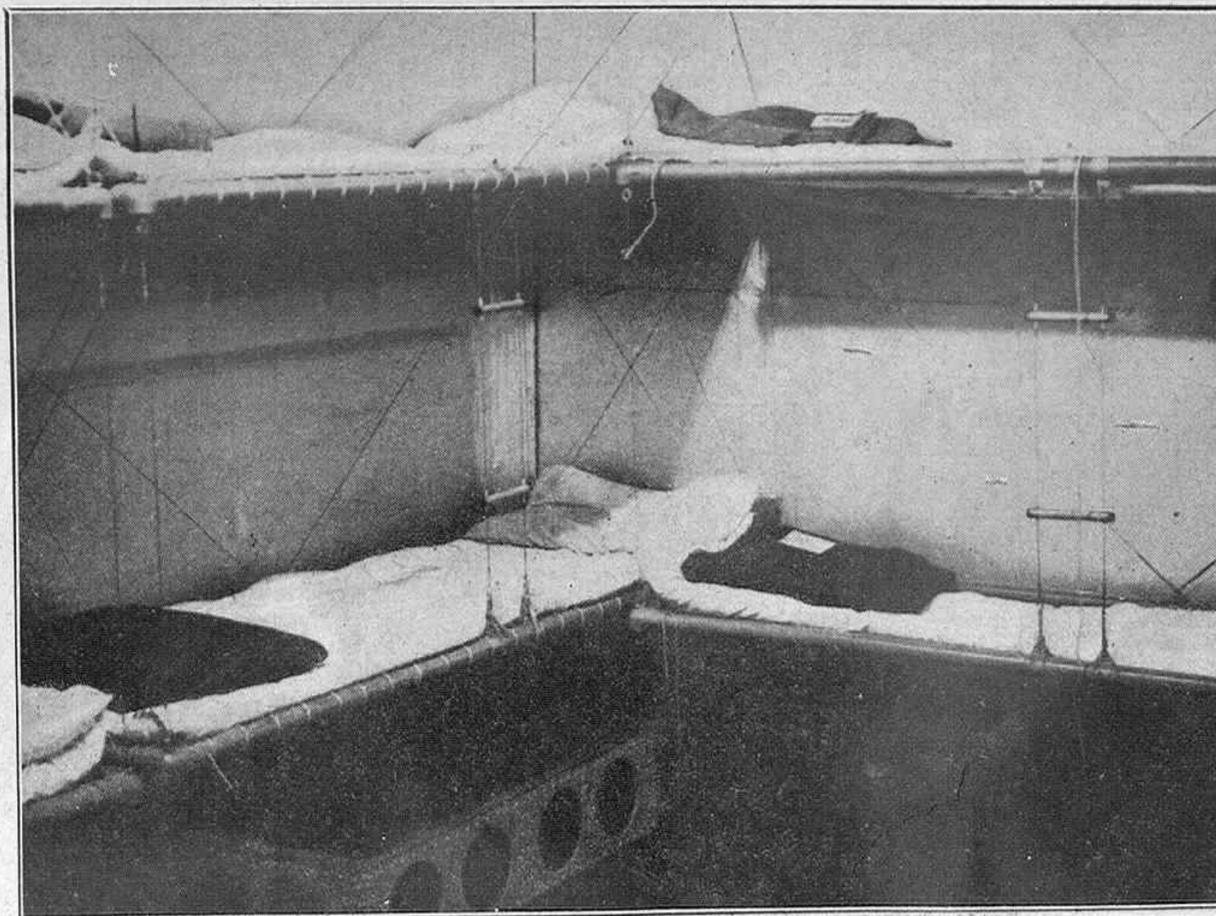
cos aún, á los de la muchedumbre que presenciaba las maniobras.

A las siete y veinticuatro todo había terminado, y el dirigible estaba fuertemente amarrado.

En la posición en que quedó habrá de permanecer diez días, dedicados á pruebas, singularmente de los motores y de los aparatos de mando.

Después podrá emprender y a grandes vuelos con numeroso pasaje, que viajará en la nave aérea con todo género de comodidades, como si lo hiciera en el mejor de los *pullmann* ó en un transatlántico marítimo.

Para ello se ha procurado, y las fotografías que publicamos indican que se ha logrado, dar al dirigible todas las condiciones de confort compatibles con sus condiciones técnicas. Sólo de este modo, haciendo



Una cabina de pasajeros á bordo del dirigible inglés, tal como quedan dispuestas las literas al llegar la noche

(Fot. Ortiz)

los viajes no sólo extraordinariamente rápidos, sino perfectamente cómodos, podrá considerarse resuelto el problema industrial de la navegación aérea.

La primera prueba del *R. 101* ha sido muy satisfactoria; el comandante Scott, después de ella, se mostraba satisfechísimo; el dirigible obedece aún más dócilmente de lo que él pensaba á sus aparatos de mando, y la comodidad en él es perfecta; desde las cabinas de los pasajeros apenas si se percibe el ruido de los motores.

La prueba primera—hecha el lunes último—sólo fué á 96 kilómetros por hora, velocidad que será muy superada en pruebas sucesivas.

Todo hace suponer, pues, que contra los pesimismos que había suscitado, el *R. 101* triunfará.



Una escena de «Salvadora», drama rural de Eduardo Marquina, que, con excelente interpretación, ha sido estrenado en Fontalba
(Fot. Alfonso)

SEMANA TEATRAL «SALVADORA». INAUGURACIONES

LIBREME Dios de desear un teatro patriótico á la manera de los que tienen el patriotismo constantemente en los labios, sin que jamás les dilate el corazón; pero quizá sería igualmente lamentable la repetición reiterada de un tema que muestra á las gentes del agro español viviendo en un estrato social antiguo, en que «el amo» ejerce, sin más ley ni razón que su fuerza, el más amplio é inadmisible derecho de pernada.

Los dramaturgos y los novelistas franceses, reduciéndose durante muchos años á lo que un crítico castellano denominó «dramas de alcoba», hicieron á las gentes concebir una Francia absolutamente corrompida é inmoral, que no es—y sería fácil demostrarlo—la más exacta reproducción de aquel país.

Cosa semejante podría ocurrir si nuestros dramaturgos, buscando la fuerza de los elementos dramáticos donde las gentes viven en contacto más directo con la Naturaleza y libres de trabas sociales que impone la urbanidad de la urbe, utilizaran insistentemente esas figuras para urdir dramas que son tragedias, porque todo en ellos es fatal.

No es erudición recordar que Guimerá aportó ese tema al teatro español—al catalán primero y al castellano luego—con su famosa *Tierra baja*, y que más tarde Benavente, viendo una realidad semejante en otro ambiente y á «través de otro temperamento», le repitió en *Señora Ama*. Antes y después que ellos, otros dramaturgos, con ideario sociológico, llevaron al

teatro lo que pudiéramos llamar «feudalismo social»: la esclavitud, abolida por las leyes políticas y sociales, perduraba por las leyes económicas. Ya no era derecho lo que antaño lo fué;

pero seguía siendo hecho, y si el feudalismo social podía parecer fenómeno engendrado por modos de vivir nuevos y análogo en todos los lugares en que fueran análogas esas condiciones de existencia, ese feudalismo rural, grato desde hace mucho tiempo á nuestros autores dramáticos, que le localizan demasiado concretamente, si no con sus observaciones etnográficas, con sus palabras, insistentemente designadoras del lugar de la acción, podría llegar á aparecérsenos como una característica de las aldeas españolas.

¿Lo es? Si lo es, bien está que nuestros dramaturgos le pinten, ya que el teatro puede seguir siendo «maestro de las costumbres», aunque no pueda gloriarse de tener discípulos aprovechados; pero, en todo caso, cabe suponer que no sea eso toda la vida rural española, y que en ello, con la misma recia complexión dramática, haya otras cosas que pintar.

Y no se habla, con este motivo, de plagio: siendo el tema fundamental el mismo, á nadie se le ocurre tener al Benavente de *Señora Ama* por plagario del Guimerá de *Tierra baja*. La sensación de realidad vívida que dan las escenas de la comedia del autor de *Los intereses creados* alejaría toda sospecha, aun siendo también ambas obras semejantes en la forma interna como en el tema. Entre *Tierra baja* y *Salvadora* hay más semejanzas aún, porque las hay entre los temperamentos de sus autores, de una parte, y de otra, porque, como queda apuntado,



CONCHA CATALA

Admirable primera actriz de la Compañía de Lara

(Fot. Walken)



MANUEL GONZALEZ

Primer actor y director de la Compañía de Lara (Fot. Vilatobá)



LEOCADIA ALBA

Actriz indiscutible de Lara



ANTOÑITO VICO

Figura preeminente de Lara

partiendo de premisas semejantes, *fatalmente* ha de llegarse a una conclusión semejante también; pero, en el fondo, la obra de Marquina po-

mostración de que la pureza de costumbres no es cuestión de altitud. Además, del plagio no hay para qué hablar. Desde que un crítico francés demostró que no había más que treinta y seis situaciones dramáticas posibles, quedó demostrado el derecho de los dramaturgos a repetir los argumentos. El mérito está en la manera de desarrollarlos.

Esa manera es completamente temperamental. La frase tan repetida de Zola es absolutamente verdadera, y conocidos el tema y los personajes de la obra nueva y el temperamento de su autor, era fácil inducir en qué había de diferenciarse *Salvadora* de *Tierra Baja*. Guimerá tenía (aunque en alguno de sus dramas parezca, superficialmente, otra cosa) un temperamento dramático. Marquina, que llegó al teatro con una corona principesca, ganada en otro género, un temperamento lírico.

Esa diferencia hace que Marquina logre más fácilmente que otros dramaturgos actuales, á la manera de los autores de antaño, aplausos y aclamaciones que interrumpen la acción dramática; sus obras tienen parlamentos que son fragmentos «separables» de poesía lírica; pero el entusiasmo que en muchos espectadores producen revela que no es el dramaturgo el poeta de la acción que se adueña del público y le domina con una enorme intensidad de interés dramático, el que escribió tales dramas, intensos, bellísimos desde otros puntos de vista, pero más discutibles para un criterio absolutamente dramático.

Por esa condición de temperamento de su autor, el acto primero de *Salvadora* es muy superior al último. El primero es, como era lógico, de exposición, y en él cabe cuanto quiera decirse y estorba menos la pompa de la dición. El tercero es un acto

de *realización*; pero aquel desenlace presentado hasta en su variante por los que recuerdan *La Dolores* llega demasiado fatigosamente, con

excesiva lentitud. No es ya ocasión de hablar; y si aún queda algo interesante que decir ha de ser dicho dentro de una concepción propiamente dramática, sobria, lacónicamente de tal modo que las palabras parezcan también acción.

Es en ese punto donde flaquean los dramas de Eduardo Marquina, y es lástima, porque en ellos suele haber tantas bellezas que quisiera uno verlos inmaculados.

Pero tal como son agradan mucho al público si hemos de juzgar por los aplausos con que *Salvadora*, como otras obras anteriores del mismo autor, fué acogida.

El público aplaudió mucho, y, en definitiva, era al público á quien Marquina trataba de convencer ó, por lo menos, de emocionar.

La Compañía de Lola Membri- ves interpretó muy bien el drama de Marquina. La señora Membri- ves, la Astort, Puga y Grases, en primer término.

El decorado demuestra que Mig- noni sabe, y ahora quiere hacer decorado realista cuando hace falta. Así debe ser.

•••••

Lara y el Español han comen- zado sus campañas.

En el Español, Calvo dijo como él sabe *El alcalde de Zalamea*, bien acompañado por la señorita C. Velázquez y el Sr. Ulloa, y no tan bien por los demás intér- pretes.

En Lara, *Rosas de otoño*, la linda comedia de Benavente, fresca aún, tuvo una interpretación admir- able.

Leocadia Alba y Concha Cata- lá, figuras primerísimas, y con ellas, Manuel González, Antonio Vico y Gaspar Campos, demostra- ron que podrán hacer una tempo- rada brillantísima.



CARMEN CARBONELL

Otra figura eminente de la Compañía de Lara

ALEJANDRO MIQUIS

EVOCAIONES

FRAY LUIS Y SANTA TERESA

La edición de Salamanca de 1588 de *La vida de Santa Teresa de Jesús* aparece prologada por el maestro fray Luis de León. A la misma Ana de Jesús y á las religiosas Carmelitas descalzas del monasterio de Madrid dedica su maravilloso prefacio el fraile agustino. A esta misma religiosa, tan devota y amiga de Teresa, consagra también el catedrático su edición póstuma de *La exposición del libro de Job*. Y en la edición, también salmantina, del *Tratado del Castillo interior*, ó de *Las Moradas*, aparece una advertencia del maestro sobre las enmiendas ó correcciones hechas en el libro, lamentando la torpeza é incompetencia de los censores y correctores que en él pusieron sus manos pecadoras. «Y ruego por caridad á quien leyere este libro—escribe fray Luis entre afligido y enojado—que reverencie las palabras y las letras hechas por aquella tan santa mano, y procure entenderlo bien, y verá que no hay que enmendar, y aunque no lo enmenda, crea que quien lo escribió lo sabía mejor, y que no se pueden corregir bien las palabras, si no es llegando á alcanzar enteramente el sentido dellas, porque si no se alcanza lo que está muy propiamente dicho, parecerá impropio, y desta manera se vienen á estragar y echar á perder los libros.» Es, pues, patente y notoria la admiración del fraile agustino por la graciosa y españolísima Reformadora del Carmelo.

«Yo no conocí ni vi á la madre Teresa mientras estuvo en la tierra», nos dice fray Luis en el prefacio de esta edición salmantina de 1588, impresa por Guillermo Foquel. Estos espíritus, tan semejantes, tan selectos, tan de la entraña de Castilla, viven siempre muy cerca, sin encontrarse frente á frente: Santa Teresa nace en 1515—28 de Marzo—, y fray Luis, en Belmonte—15 de Agosto—en 1528. Cuando ingresa fray Luis en el convento de San Agustín, de Salamanca—29 de Enero de 1544—, á los diez y seis años de edad, Teresa, de veintinueve, no ha salido de Avila todavía. En 1561 gana la cátedra fray Luis, y Teresa anda fundando el convento de San José y escribiendo su *Vida*, por imposición del padre Ibáñez. En 1570—dos años antes del ruidoso proceso de fray Luis—visita Teresa por primera vez á Salamanca en la víspera de la festividad de Todos los Santos—31 de Octu-



Casa de Santa Teresa, en Salamanca

(Fot. Ansede y Juane)

bre—, pero no conoce á fray Luis. Del 72 al 76 permanece prisionero el maestro en las cárceles del Santo Oficio de Valladolid, y Teresa, en estos años, da buena cuenta de sus fundaciones de Alba de Tormes, de Segovia, de Beas, de Caravaca y de Sevilla. En el 74 es denunciada, como fray Luis, á la Inquisición por el libro de su *Vida*, y en el mismo año habla en Valladolid con los mismos letrados que están tramitando el proceso del agustino. Teresa vuelve á Salamanca, de paso para Alba, donde ha de morir algunos días después, en Octubre de 1582, y fray Luis anda muy atareado con la impresión del *Cántico de los cánticos*, de *Los nombres de Cristo* y de *La perfecta casada*. En 1887 prologa la vida de Teresa en Madrid, prólogo que ha de ver la luz un año después, como hemos dicho. Y en 1591, nueve años después de la muerte de Teresa, fallece fray Luis en el convento de Madrigal de las Altas Torres—23 de Agosto—, cuatro meses antes, por cierto, que San Juan de la Cruz.

No conoció ni vió jamás fray Luis en la tierra á Teresa de Jesús; pero la conoció y la vió en las dos «imágenes vivas» que dejara en su paso por Castilla: sus hijas, las descalzas del Carmen, y sus libros. La obra teresiana se le antoja al maestro algo más que un milagro, porque es un «ayuntamiento de milagros». Le maravilla que una flaca mujer «tan animosa» emprendiese una obra tan grande, «pues tiene ya llena á España

de monasterios, en que sirven á Dios más de mil religiosos, entre los cuales vuestras reverencias las religiosas lucen como los luceros entre las estrellas menores». De los libros, ¿qué ha de escribir fray Luis, que tanto sabe del castellano y de sus modismos y de su gracia? Teresa, «en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingenios»—sentencia el más rico prosista de nuestra lengua. Y sentencia más. Su juicio se adelanta, confirma y agota el de la posteridad. «Y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafiada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos (con estos escritos de Teresa) se iguale.» Adivina el maestro que el secreto del encanto de Teresa estaba en lo que hoy llamaríamos emoción y él califica de ardor, «ardor que... salió pegado en sus palabras, de

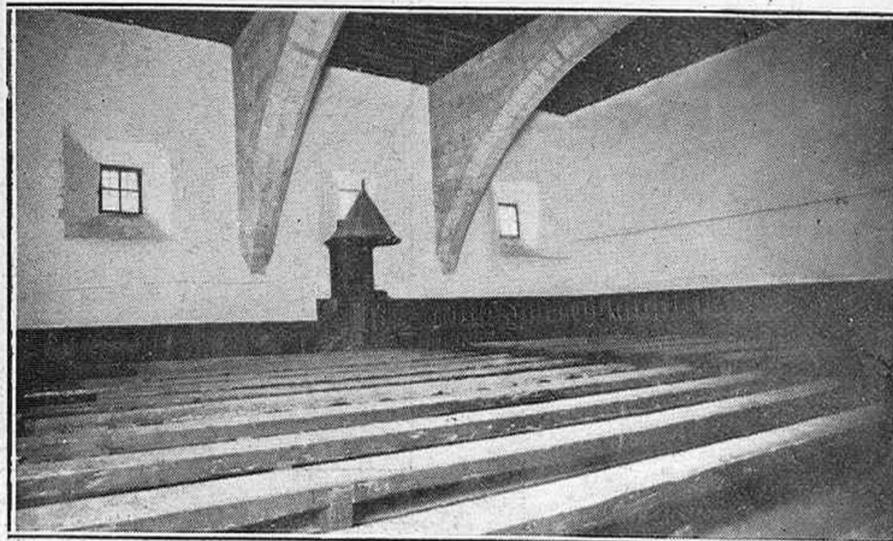
modo que levantan llama por dondequiera que pasan». Y atento al encargo que le ha dado el Consejo Real de examinar cuidadosamente los libros de Teresa, lejos de los sinsabores pasados en el delicioso retiro del convento madrileño de San Felipe de Neri, donde escribe, no se cura más que de restituirlos á su primitiva pureza, expurgándolos de las correcciones de los teólogos pedantes que les afeaban. «Que hacer mudanza—escribe fray Luis—en las cosas que escribió un hecho en quien Dios vivía, y que le movía á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras, porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la madre es la misma elegancia.»

Para concluir: lo que persiste en fray Luis es, sobre todo, su independencia mental, su espíritu, rebelde á todas las convenciones; la altanería de su inteligencia, que le lleva no sólo á discutir, sino también á censurar á sus jueces en los momentos más duros de su prisión. Buena prueba de su independencia está en su interpretación, tan sagaz y tan moderna, del espíritu teresiano. Digámoslo ahora que se oscurece un poco maliciosamente la figura tan castellana de la Santa, y que no destaca como debe este episodio de la interpretación crítica de Teresa de Jesús por el glorioso agustino que jamás escribió al dictado.

José SANCHEZ ROJAS



Casa de fray Luis de León, en Salamanca



Cátedra de fray Luis de León, en Salamanca

INTERPRETACIONES DEL MOMENTO

EL VERANO Y LOS VIAJES

ESTA portada de revista que ha caído en mis manos es todo un cartel veraniego...

En su último término se ve esfumada una locomotora. Estamos en una estación de empalme, y en un ángulo de la lámina un mozo de blusa azul empuña una campanilla. En uno de los andenes, en primer plano, un montón de baúles y maletas con etiquetas multicolores, y en lo alto de todo, sentada, cruzadas las piernas, una bella damita muy estilizada, con graciosa afectación, se da carmín en los labios, en alto el espejo del bolso y aprisionado á duras penas con un brazo uno de esos horribles y deliciosos perritos pequineses.

Esta inquietud del viaje tan veraniega resurge nueva cada año como tantos temas periodísticos...

La actualidad, esa vieja endomingada, sabe presentarnos, con las más frescas tintas, hechos, cosas y personas, que ya antes de que nos demos cuenta del fraude ella ha pasado la mercancía y tiene otra ante nuestra vista.

Monotonía de la variedad... El verano y los viajes van juntos en el mismo cangilón que sube á su tiempo lleno de agua nueva, se vacía, se hunde, se pierde en lo obscuro y vuelve á aparecer con el encanto de lo inédito...

Hay un flujo y reflujo continuo que predomina en esta época, ósmosis entre el campo, el pueblo y la ciudad, determinada por la necesidad del cambio de ambiente, la mejor fórmula de reposo en todo individuo sano para el que no debe haber inactividad completa...

Sí; el viaje es una necesidad física, de la que decimos, como de tantas otras y con el mismo motivo, que es una necesidad espiritual.

Los planes, los preparativos, el júbilo de la víspera y la tristeza de la despedida, la ilusión de que abandonamos para siempre los hechos rutinarios de nuestra vida cotidiana, de que somos fuertes de cuerpo y de alma para poder vivir al azar una existencia nómada... Todo esto nos canta en nuestro interior, aunque no nos atrevamos á confesarlo y digamos que salimos para el campo, para la playa ó de visita á alguna ciudad que deseamos conocer...

Los modernos medios de locomoción invitan al más perezoso, y es necesario estar encadenado por la obligación ó por la penuria para no desplazarse. La hazaña del que quería tocar el horizonte y así dió la vuelta á la Tierra en el viejo cuento infantil tiene hoy una realización fácil. El talismán que allana los obstáculos ahora no es el mismo de los antiguos relatos orientales, claro es; se llama dinero; pero tiene tanto poder como la más virtuosa varita mágica. El lujoso *paquebot*, con las comodidades y refinamientos del mejor hotel; el *pullman*, el avión gigante, recorren

el mundo en todas direcciones bajo su influjo... Si hoy, como hace escasamente cuarenta años, alguien quisiera asombrar á sus conocidos con un viaje extraordinario y dijese que partía para París, adonde se va diariamente con mucha más facilidad que en tranvía á las Ventas, sonreiríamos. Hoy, que sentimos cómo la poquedad de la casa que habitamos y, con fiebre de viajes, nos invade la tristeza de que aún no se haya resuelto el problema de las comunicaciones interplanetarias... Veranear en la Luna y pasar los fríos inviernos en el Sol, después de un viaje de placer en otoño por Marte, esa Brujas del sistema planetario...

Y éste es el gran secreto de antes y de ahora de los libros de viaje, tan leídos por los que no pueden viajar, y así suplen esta ansia insatisfecha, y por los que viajan, para contrastar sus emociones.

—¿Es posible—nos decía en cierta ocasión un amigo—que haya todavía crónicas de viaje?

—¡Y tanto! ¿Por qué no?—le respondimos.

—¡No tiene ya importancia viajar! ¡Ya está todo descubierto!...

Pero no está todo descubierto. Siempre será interesante un paisaje, una ciudad, una reliquia histórica, unas costumbres, un monumento, fielmente observados y expuestos por un fino temperamento de escritor, por un artista original, de buen gusto, que no nos agobie con su sabiduría y sus datos documentales y que nos presente los aspectos vivos de las cosas como si fuésemos nosotros mismos los descubridores; sin fe-

chas cansinas y polvorientas de acontecimientos por sabidos olvidados; con un constante cabrilleo de lo que incesante va pasando ante nuestros ojos no en un repaso de páginas, sino en un real viaje de la fantasía...

El llorado Enrique de Mesa, el limpio y hondo poeta, en su artículo último dijo que Federico García Sanchíz, al regresar de su interesante excursión por tierras andaluzas y extremeñas, no traía «en la blancura impecable de los puños de su camisa polvo de legajos». Y añadía: «No huele á ranciedad ni á humedad de archivo.» Y es exacto. En ese admirable libro, *El viaje á España*, que Federico acaba de publicar acerca de Andalucía y Extremadura, todo corre atrayente como en una de sus charlas, pues está escrito en ese estilo brillante y jugoso, fresco, vivo, de las charlas líricas. Dedicado especialmente á los americanos españoles, Federico sigue una ruta ideal, la del hijo expatriado que retorna á la casa paterna. Paisajes y rincones de ciudad hay, sitios célebres y lugares humildes que tienen en él su mejor cantor moderno. Es elegíaco, alegre, mundano y siempre ameno con un matiz rosado de encantadora ironía. La Extremadura y la Andalucía que nos hace ver y conocer como un camarada culto y dicharachero, tienen la severa calidad del óleo y la gracia espontánea de las acuarelas.

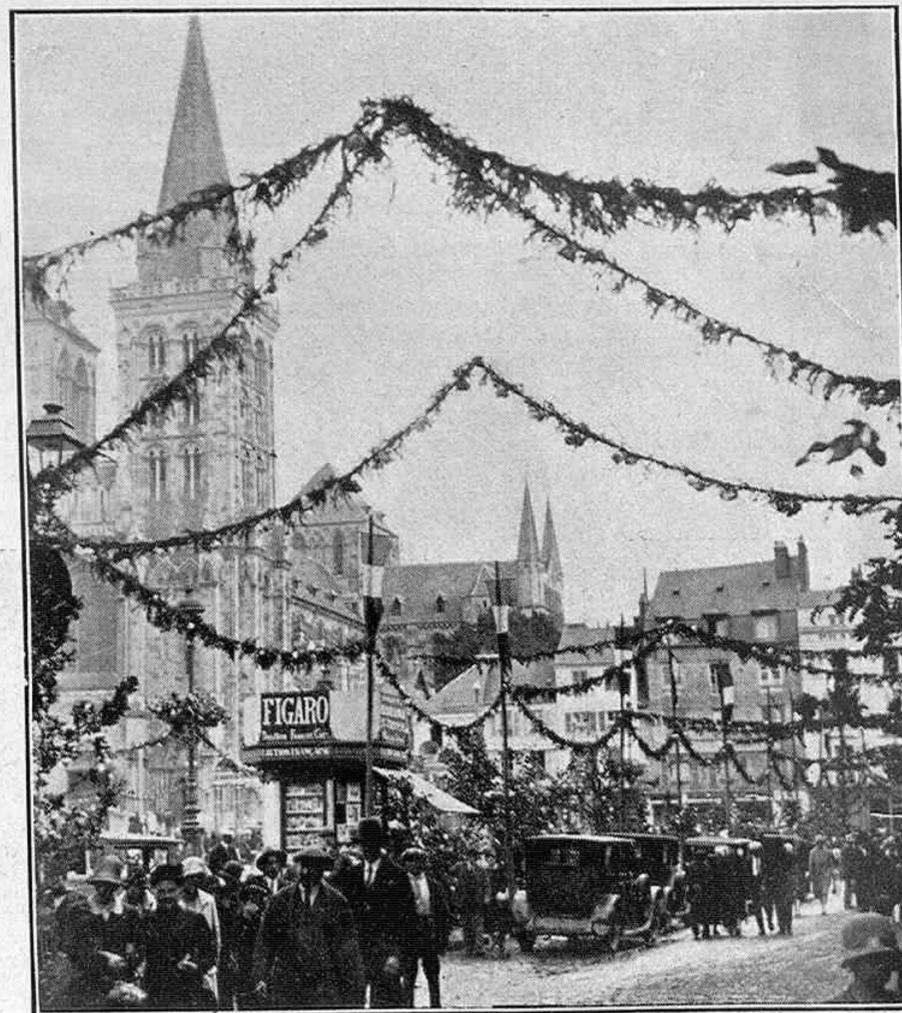
Con un libro así, en el que se nos da la espuma de lo que pudiéramos sentir y ver, llegaríamos á viajar sólo en la abstracción, ya que lo concreto está siempre muy por bajo de lo que la imaginación pueda contactarnos, y, como el fantasmagórico personaje de Huyssman en *A rebours*, preferiríamos sustraernos á los mil pequeños detalles de la vida real, fastidiosos por previstos para una sensibilidad exacerbada.

Pero todo este cúmulo de sensaciones depuradas terminarán siempre por ser un acicate; nos impulsarán é incluso llegaremos, realizados nuestros deseos, á ver aspectos inéditos del país que visitemos, desconocidos para sus mismos naturales, porque hallaremos un alma de las cosas que no será sino un reflejo de nuestros propios estados de espíritu.

Pasión moderna de los viajes que llega á su ápice en el estío... Pero no nos vanagloriemos mucho de ella... El verano da alas, vivimos de espejismos y nos mueven influencias remotas... Hay el viajero puro que cultiva el viaje por el viaje, el que lleva una finalidad artística, el que sólo vulgarmente pretende hacer una cura de aguas, el que se cree sentir impulsado por lo sentimental; pero es indudable y no debemos olvidarlo: hay un tributo ancestral en el móvil de todo viaje...

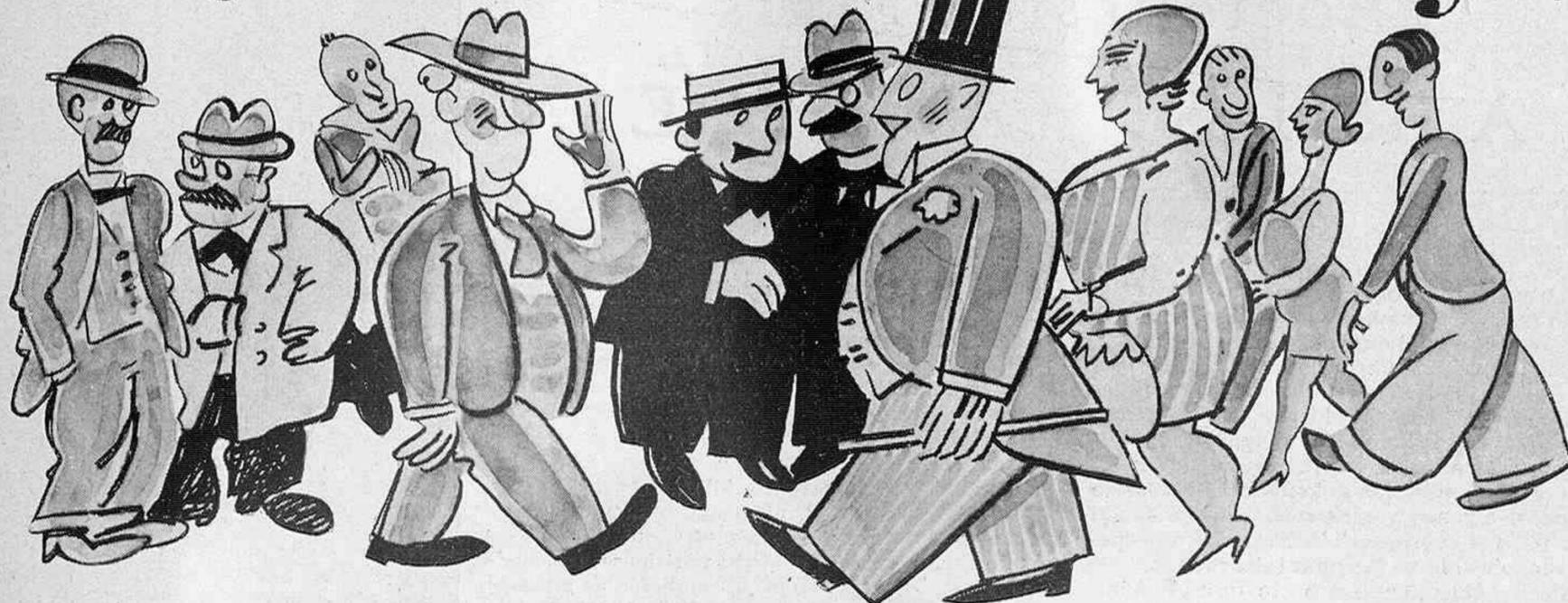
FRANCISCO DE TROYA

FIESTAS RELIGIOSAS EN FRANCIA



Lisseux. — Con motivo de haber sido colocada la primera piedra de la basilica dedicada á Santa Teresita del Niño Jesús, la ciudad de Lisseux ha celebrado grandes fiestas, que han puesto de relieve su acendrado catolicismo (Fot. Vidal)

LA DESGRACIA DE TENER BUENA VISTA



Conozco á un señor que conoce á todo el mundo; uno de estos hombres con quien va uno por la calle azorado; porque uno, que no trata arriba de media docena de personas, siente un poquito la humillación de ser saludado, como la peana por el santo.

Hallé á mi sujeto, últimamente, puesto de gafas negras.

—¿Cómo! ¿Tiene usted malos los ojos?

—No, amigo.

—Entonces...

—¿Las gafas? Las empleo adrede para no ver...

Me sorprendió. Yo sé de gente *chic* que usa el monóculo á lo actor para dar una nota de elegancia, y condena un ojo como quien condena una ventana; no hay cursilería más desgraciada que la de empeñarse en huir de lo vulgar. Pero lo que nunca había visto es que nadie use gafas negras sin necesidad, como no sea en el melodrama policíaco y para indicar al buen público sin que los demás personajes de la obra se enteren: «Yo soy el traidor!»

Mi amigo debía leer en mí asombro, porque exclamó:

—Sí, hombre; con estas gafas casi no veo, que es precisamente lo que buscaba. ¡Porque yo tengo la desgracia de poseer muy buena vista!

Siempre tuve á mi conocido por espíritu burlesco; su sonrisa es una de estas sonrisas de cuidado, que le hacen pensar á uno: «Me está tomando el pelo...»

—Sí, señor—dijo, como respondiendo á mis ideas—. ¡Yo soy hombre extravagante! Tengo la extravagancia de pensar. Comprendo que es una tontería; pero no puedo remediarlo; pienso... Pienso sobre los hechos y sobre las gentes y sobre las cosas. Esto, á veces, es peligroso. Y para esquivar el peligro, he decidido refugiarme en la sombra, vivir en la noche, como el topo, el mochuelo, las peripatéticas y algunos gobiernos. ¡Ya ve usted qué fácil resulta solucionar el problema para verlo todo igual; todo gris. El gris se lleva mucho en las ideas de nuestro tiempo; es moda. ¡Todo uniforme y todo uniformes! ¡Cuán necia la gente que se empeña en ver problemas y descifrarlos, cuando con ponerse unas gafas de color rosa todo lo vería precioso!

En tanto hablaba habían pasado dos docenas de conocidos suyos; unos no le reconocieron; otros saludaron; pero él no parecía enterarse.

Hube de advertirle:

—Señor, no responde usted á los saludos de sus amistades.

—¡No veo á nadie, amigo; afortunadamente, con estas gafas no conozco... ¡Parece que estreno mi espíritu! La gente es nueva para mí, y, desde luego, la hallo muy simpática... ¡Adiós, querido! ¡Adiós, ilustre! ¡Insigne!

Saludaba como un autómeta; desde luego, se veía que ignoraba á quién.

—Usted—continuó—extraña oírme hablar así. Entiéndame. Ya le digo que yo tengo la fatalidad de ver muy bien; mis ojos calan al que tengo cerca como un cuchillo cala un melón, y

dentro, unas veces hallo ideas, otras pepitas. ¡Elo es un fastidio, porque casi siempre está uno fuera de situación con la gente! Uno no puede por menos de reírse, y muchos—todos los tontos—odian la risa; hay quien cree que una carcajada, estallando á tiempo, puede derribar más muñecos del tinglado que una bomba... ¡Y, fran-

camente, uno no quiere ser elemento peligroso; uno desea hacer su papel en la farsa, sin meterse con nadie, sin molestar á nadie, aceptando todas las mentiras, graciosas ó intrépidas, de los demás personajes. En suma, yo quiero ser un hombre de orden. No me comprende usted bien... Verá con un ejemplo. Mire aquel señor...

—¿El que pasa junto el farol?

—El farolón, sí.

—¿Un gran estadista!

—¡Mucho! Eso veo yo ahora; pero antes, mirándole con mis ojos, veía un fantoche lleno de arrogancia. Mire usted éste que saluda.

—¿Un alto poeta patriótico!

—Un bardo, sí, señor. ¡Y ya ve usted! Antes me parecía un barbo; un pez que nadaba entre dos aguas, como una anguila, y del agua dulce de la lírica saltaba al agua salada de la opereta...

Una salada, una gran artista le dice adiós...

—¡Adiós, niña!... ¿Eh? ¡Mis benditas gafas! Esta bella señorita, de juventud perenne como el boj, treinta años ha ya era una bella señorita... Hoy me ha parecido una rosa temprana... ¡Y mirándola con mis ojos me parecía una patata tardía!...

—¡Oh, señor!

—Compadézcame usted... ¡Ah, y no quiero decirle lo que me parecía tanto lugar público! ¡El aristocrático teatrillo, donde los buenos cómicos de moda sirven á su clientela, como en Molinero, platitos de crema, pastelillos de cabello de ángel, empanadas de atún!... ¡El te danzante del gran hotel, donde hallaba muy bien vestidos—y mejor, desnudos—todos los pecados capitales, recordábame una danza del África Central, con más hipocresías, naturalmente!... ¡Y una recepción diplomática de apetitos y malicias! ¡Y una asamblea de pedantes! ¡Y un coro de doctores políticos!...

—¿Señor, señor, calumnia usted la realidad!...

—Eso me han dicho. Por ello me compré estas gafas, y me va muy bien. Yo propondría de real orden que las usasen todos los españoles; cuando todos lo viéramos todo de igual color, vería usted cómo todos estábamos de acuerdo!...

No sé. Creo que este hombre es un cínico... ¡Precisamente nadie ve con sus ojos, y quizás ello es causa de que no nos entendamos! Todos le ponemos gafas al espíritu, y además, nos empeñamos en que los otros vean las cosas con el color de nuestros cristales; y el crítico lo ve todo negro, y el gobernante, de color de oro, y el contribuyente de oro... y azul.

¡Ver con nuestros ojos, he aquí lo que interesa! ¡Limpiar de prejuicios las pupilas, lector!

Y, desde luego, andarse con mucha pupila.

Mal que le pese á mi amigo, yo rezo devotamente: ¡Santa Lucía bendita nos conserve la vista... y nos libre de palo de ciego; esos ciegos que caminan siempre contra corriente, á marchas forzadas y dando con el regatón tan recio que sacan chispas de las piedras!...

R. MARTI ORBERA

(Dibujos de Robledano)



EMOCIONES DE PARÍS

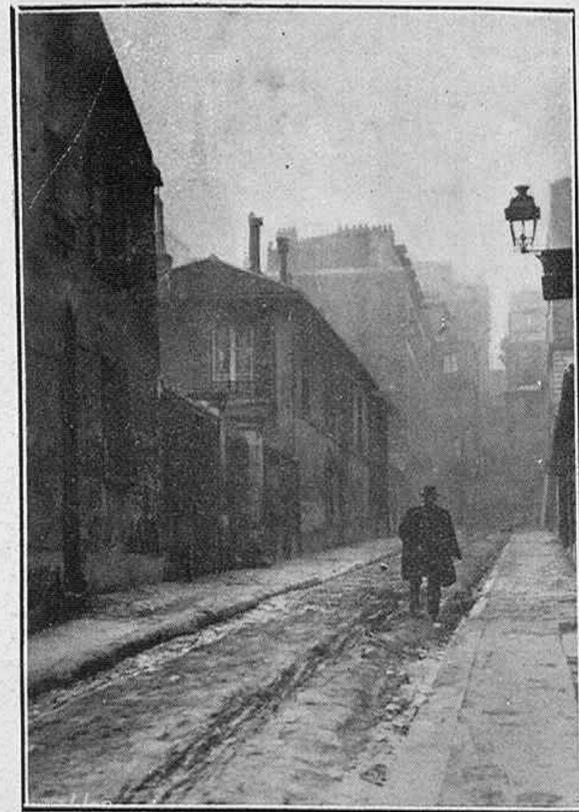
PARÍS, ALDEA

SÓLO un mes en otoño y un par de meses a lo más en primavera viene a París esa brillante multitud que lo decora y lo disfraza, calificándola de *tout Paris* los cronistas hiperbólicos. El resto del año, la Ville Lumière ofrece una simpática fisonomía aldeana que no hemos descubierto sino los cronistas limpios de prejuicios, y que, sin duda, constituye su auténtica fisonomía. Así, mientras se lo figuran apoteósico casi todos, algunos vamos conociendo a fondo poco a poco el enorme poblacho donde un espejismo inexplicable ve la capital del mundo.

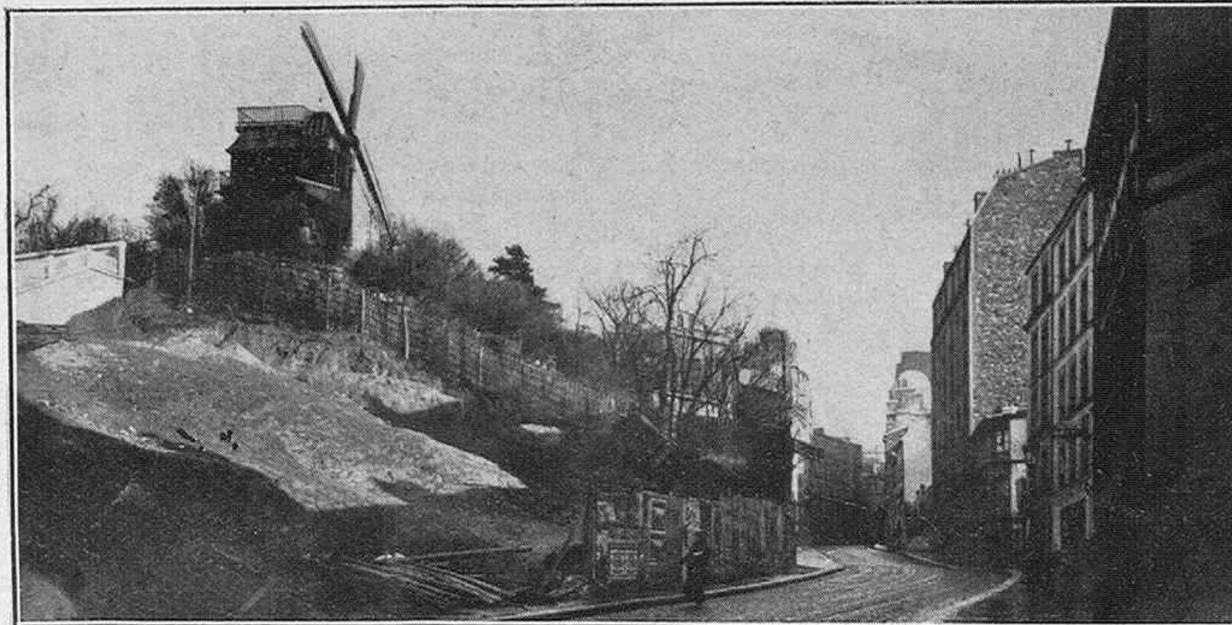
Poblacho, aldea, cuyo aspecto quizá definen mejor los argóticos nombres de Pantin, Pantruche y Pampeluche que su nombre oficial, nimbado de cierta aureola alucinatoria; aldea con luces de petróleo en muchas de sus casas y sin alcantarillas en muchas de sus calles; poblacho que vende innumerables ventosas y sanguijuelas aplicadas de continuo a guisa de remedios infalibles; aldea y poblacho cuyos naturales se acuestan al ponerse el sol para levantarse al despuntar la aurora y se privan de comer para guardar dinero dentro de un calcetín... Por lo que atañe a mentalidad, el *parigot* resulta un delicioso lugareño, conforme juzga lugareños, desde su paradójica idiosincrasia, á cuantos no se le asemejan, y pretende asombrarlos hablando «javenés» —ó *javavavanais*, si lo preferís—, lo cual consigue colocando la partícula «va» entre cada dos sílabas, secreto magno de una lengua

esotérica como podría inventarla un niño. Ni que decir tiene que implican diversión favorita de paletos tan puros los bailes domingueros de ventorro, y su espectáculo sublime, el melodrama que haga llorar á Margot, quien llora fácilmente.

Durante las épocas en que el *tout Paris* se solaza bajo el cielo de las playas normandas ó pasea sus autos por los treinta kilómetros de carretera de la Costa Azul, al salir de unas arterias principales muy penúltima moda, que están lejos de caracterizar el espíritu parisiense, se sorprende sin ningún esfuerzo, á condición de no seguir un *parti pris* fabulador, el alma del París efectivo, alma ingenua y sencilla. Recorremos callejones serpenteantes á la sombra de muros medio desmoronados; invaden gallinas la calzada, y los gatos se desperezan al sol cabe las puer-



El pasadizo Cottin, rural y destartalado



He aquí la calle Lepie, tan típica, donde se desmorona poco á poco el viejo Moulin de la Galette



¿Una plaza de aldea en vísperas de fiesta? No: la plaza del Cerro, en París, en día de sol

tas de abacerías de villorrio... Eso es París, pues lo demás, lo que proyecta su engaño por doquiera, es postizo, es mentira. Y á la postre encanta precisamente eso por todo lo que ostenta de cándido, por su atmósfera primitiva, cual encantan hoy los ridículos cuadros del consumero Rousseau, producto de París.

En cualquier urbe importante existen *feeries* de *music-hall* y mujeres con los labios pintados, escándalos mundanos y extravagancias absurdas, anuncios luminosos y música mecánica. Pero en París, amén de ello, por encima de ello y á despecho de ello, existen la rusticidad y la inocencia de tiempos abolidos;

existen y comportan la verdadera psicología del pueblo que ha orientado la civilización, sin perjuicio de rezagarse luego á quienes orientara. He aquí un contraste y un misterio arduos de justificar, más evidentes, y por tanto, debemos comprobarlos, interpretándolos á nuestra especial manera, antes que negarlos por miedo á concluir que no los hemos comprendido.

Menos se justifica y menos se comprende la leyenda de refinamientos y esplendores en torno á una ciudad que explota su historia y obnubila hasta el punto de que no adviertan insuficiencias reales los prendados de ficticias galas. El lujo, la elegancia y la vida galante de París nada suponen junto á su miseria heroica, su gracia humilde y el arreglo escrupuloso de su vida. ¿Vale la pena de comentar aquéllos siempre y de pasar siempre por alto éstos, revestidos de un mérito mayor?... Sin embargo, tal ocurre, y debemos comprobarlo también, declarando que apenas se nos alcanzan las razones de tamaña ceguera colectiva.

Simple observadores del ambiente, los que no dejamos de estudiar París por nuestra propia cuenta nos sentimos un asomo orgullosos de habernos sacudido ajenos tópicos para encontrar al fin el hechizo de Arcadia tras los falsos destellos de lo que se proclama Babilonia.

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

CUENTOS DE «LA ESFERA»

El suspenso que anudó un truncado idilio

UN reducido departamento, anejo al de la sala de disección, en el que unas muchachas apuraban su turno de prácticas quirúrgicas en los restos de un hospitalizado...

Una, Casilda, trabajaba gravemente, con faz de investigador, escudados sus ojillos sagaces y melancólicos en los gruesos cristales de unas gafas de concha. Las facciones, correctas, infantilizadas por un gesto profundo de ensimismamiento. Los cabellos cubiertos por el gracioso gorriño albo de operador. El busto sin líneas, esfumado en el largo blusón, también blanco. A su lado, en una banqueta alta, una caja con los utensilios de disección.

Las otras, Pili y Joaquina, desespeñadas, dieron una tregua á la tarea. Habían abierto un boquete enorme en el pecho del cadáver, sin lograr descubrir la arteria buscada, mientras en el lado opuesto, Casilda hubo disecado, concienzuda y pausadamente, por planos, hasta dar con el fruto de sus pesquisas.

En esto, don Germán se acercó, á punto, como siempre, de un sistemático reproche.

—¿Qué han hecho ustedes aquí? ¿Qué es esto?

Era un viejecito seco y bilioso, sin otras inquietudes que las de hacer algún descubrimiento anatómico y demostrar la incompetencia de todas las señoritas que pasaban por su aula.

Ante el mutismo de las discípulas, arremetió con acritud:

—Ustedes se han creído que esto es una salchichera, y no tengo más remedio que alejarlas de su error... Esto no es hacer dobladillos, ni—su eterno estribillo—zurcir los calzoncillos del papá... Aquí no se viene á picotear, sin ton ni son, la carne de los cadáveres, como si estuviesen pinchando dátiles... Aquí se viene á trabajar con orden y método... ¡ahl, y con sentido común, señoritas...



—¿Qué han hecho ustedes aquí? ¿Qué es esto?

—¿Qué te ocurrió ayer?—preguntó á Joaquina Alberto Valbuen, mientras frotaba los lentes con un pico del pañuelo, mintiendo una cortés indiferencia.

—Me fué imposible ir al Ateneo. Después de comer se presentó en casa mi tía Asunción. Traía el coche y un plan arrebatador: paseo, merienda en «Sakuska»...; luego cenaría en su casa...

—Bien, bien; pues eso ya está casi terminado. —Me alegro, porque yo entorpecía la labor, y como no podré disponer de mí en unas tardes... Ya térmalo tú solo.

—¿Qué?... ¿Que no podrás?—balbució Alberto con dolorosa sorpresa.

Joaquina se admiraba de su cinismo. No en balde, durante la pasada noche—cuando el recuerdo de aquel otro idilio con Leonardo, ya médico, y más galante y experto que Alberto, por no decir más desaprensivo, no turbaba su espíritu con cierta indefinible sensación—estuvo meditando esta cruel mentira:

—Resulta que mi tío se ha marchado al Extranjero á un asunto de negocios, y mi tía se ha quedado sola... Es piadoso acceder, como ella quiere, á que pase las tardes á su lado...

A Leonardo le hizo traición su aparente displicencia, interesándose:

—¿Y tardará mucho en regresar?

—No sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada... Como habíamos empezado eso...

—Pues, ya te dije, térmalo tú.

—Sí, sí; desde luego...

Gritó un bedel en tal instante:

—¡Quirúrgica!

Luego gimió, como sin un soplo de aire en los pulmones:

—Quirúrgica...

Era el argot de los empleados de la casa, familiarizados con la Gine, don Leo, la Oto..., que con la misma filosofía arrastraban una camilla hasta el quirófano que luego hasta la sala de autopsias...

•••••

Joaquina había llevado á Pili hasta un rincón de la galería.

—Te voy á dar una sorpresa...

—Pues date prisa, antes de que llegue algún moscón...

—Hace unos días me ha salido un novio.

—¿De verdad? Supongo que será á tu gusto. Tú, tan reparona y meticulosa... Ya estás contándome todo...

Joaquina sonreía, sin desplegar los labios, como bañándose en la supuesta envidia de su amiga.

—Mujer; todo...

—¡Todo! Sin olvidarte una coma.

—Pues que ya tengo un no-vio—solucionó Joaquina, silabeando con sibarítico lacerismo.

En esto vieron venir hacia ellas á Leonardo Valbuen.

—¿Ves? Ya te decía que algún moscón nos reventaría el palique. Porque ese no se pasa de largo. Le tienes loco de remate.

—Ni una palabra, ¿eh?

—Descuida, mujer.

Leonardo se acercó, como característicamente, limpiando sus lentes con un extremo del pa-

ñuelo. Pili se encargó de «despacharle» con no muy finos modales. No se hubo alejado tres pasos cuando se entrometió Choladurribeitia.

Choladura, como le distinguían más fraternalmente, era un mozo simpático, alto y fuerte, del que nadie sabía si se las había con un guasón redomado ó con la candidez elevada á la vigésima potencia.

Dijérase padecía determinada fobia á los términos técnicos y á las palabras de léxico pulido, en su anhelo de hacerse comprender de todos con su lenguaje de gañán.

Pili y Joaquina precisaron esconderse en un banco del jardín, para terminar el coloquio.

La mañana parecía incendiada en un fuego de luz vernal, que amarilleaba todo con reflejos de tornasol... Pili se cubrió los ojos con una mano, á modo de visera, y espetó:

—¡Rompe ya de una vez!

—Pues ya te he dicho. Un novio con toda la barba... Bueno, es un decir, porque va completamente afeitado. Ya le conocerás. Alto, guapo, distinguido... Tendrá alrededor de treinta años. ¿Y qué dirás que es?

Lanzó Pili á la aventura:

—¿Médico?

—Has acertado.

Tuvo una pausa, y añadió:

—Chica; me he enamorado como una bruta...

—Si es así, llevas las de perder... Como yo, cuando me enamoré en el Instituto de un compañero...

Nosotras ya no tenemos edad de colegialas... Sí; no me mires así... A ti te faltan muchos años para saber lo que es la vida, los secretos de la vida...

Joaquina se alzó del banco. Posó los ojos en su amiga con fijeza aturdidora. Comprendía. Le dió asco y rabia, que confió á estas palabras:

—Eres muy materialista, ¿sabes? Te crees que todas somos como tú, y te engañas...

—¿Ahora vienes con esos remilgos?

—No son remilgos; es arrepentimiento, coraje, qué sé yo; es... que no comprendo cómo he podido darte un beso siquiera en esa boca...

Y se marchó altiva, sin dar tiempo á Pili para reponerse de su pasmo.

•••••

Era época de exámenes. Días de penitencia. Remordimien-

tos del tiempo malbaratado en triviales diversiones.

Muy pocos aguardaban con serenidad el fallo favorable, del que no dudaban, en premio á sus desvelos.

Los restantes solían reunirse en pequeños grupos, de los que salía una voz cualquiera, desenfadada y optimista:

—No inquietarse... Esto de los exámenes es una farsa... Parece mentira no estéis en el secreto, después de tantos años... Cuestión de suerte, ó de leer un poquito, en último extremo... Además, ¿qué trabajo tiene para ellos—los catedráticos, los de la oposición, los de la extrema

izquierda, en este caso—firmar un aprobado?... Yo me comprometo á firmar millones de ellos para evitarles esa enojosa monotonía. O, últimamente, ¿para qué están las reales órdenes? Todos por el mismo rasero. Esto es: igualdad, equidad, ¡justicia! ¿No hemos pagado *todos* religiosamente las matrículas? ¿No les hemos hasta aplaudido con el entusiasmo que la *clac* de un teatro favorece una obra de no importa qué autor?...

Algunos medían, comparaban, deducían de años anteriores... «Olivar—la fiera» de la Facultad—suspendió á cuatro el curso antepasado, á dos en el siguiente... «La cosa» venía clara: en el presente año no suspendería á ninguno...»

Joaquina y Casilda habían salido á pasear un rato por las galerías, cansadas de ver examinar. Reanudaron la conversación, interrumpida momentos antes.

—Pero, ¿tú le quieres?

—Ahí está lo grave, que le quiero.

—¿Y al otro?...

—Pues muchísimo más grave; la agonía casi: ¡también le quiero!...

—Entonces, tú verás—. Y bruscamente, como si fuese á ofrecer una solución, inquirió Casilda:—¿Cuánto tiempo llevas hablando con ese Leonardo?

—Dos meses, próximamente.

—¿En tan corto tiempo ya sabes que le quieres?

—Lo sabía al día siguiente de conocerle—afirmó Joaquina.

—¡Hija, no eres tú nadie. ¡Ni que te hubiese dado algún bebedizo misterioso! Yo creo que eso se irá conforme ha venido. Las cosas son así: entran de sopetón y se marchan más de prisa aún.

Joaquina movió la cabeza con cierta desconfianza.

—No sé... Yo creo que te engañas. Perc, á lo mejor, estás en lo cierto. El caso es que no sé cómo salir de este atolladero. Porque yo, á Alberto le quiero, y temo que haga alguna burrada... Ya has leído la carta. Pero al otro también le quiero, no sé cómo, pero le quiero. Esto es todo. Y no creas que estoy muy conforme con su conducta. Tiene sus defectos, que el achaca á su temperamento. Dice que no puede contenerse; que me borraría hasta el nombre á besos; que no ha encontrado ninguna mujer como yo; que si mis ojos, que si el acento de mi voz, que si mis andares...

Se hubo de interrumpir. Se acercaba el popular *Choladura*.



—¿Qué te ocurrió ayer?

—¿De secretitos?
 Joaquina le recibió con hosquedad.
 —Déjanos. Estamos hablando de un asunto privado.
 —Os dejo en seguida. Es que os quiero dar una noticia asombrosa... Una cosa increíble... Se acaban de «cargar» á Valbuen. ¡Qué examen más desastroso! A mí no me cabe la menor duda: lo ha debido hacer como una humorada. Si no, ¿iba á decir que la pleura tiene cinco hojas? ¡Ya, un libro!...
 Joaquina y Casilda le oían atónitas.
 —¿No mientes?—dijo la primera, sin querer dar pábulo á lo que escuchaba.
 —No miento. Han suspendido á Valbuen... ¿No os suena? Pues veréis la música que le pon-

drán en la papeleta. Ya os dije que os traía una noticia sensacional...

En aquel instante se acercaba Alberto.
 —¿Es verdad lo que nos ha dicho éste?—indagó Casilda.

El, con la faz risueña, replicó con naturalidad:
 —Si es lo que supongo, sí... Me han suspendido. Se hizo más denso el grupo. Habían interrumpido los exámenes para calificar.

La conversación giraba en rededor del «gesto» de Alberto, como calificara Jiménez, el decano de los estudiantes, un muchacho que únicamente aparecía por San Carlos en época de exámenes ó en los primeros días sucesivos á la apertura de curso. Hizo un paréntesis que casi duró el tiempo que tardara en liar un cigarrillo, y prosiguió:

—Pues sí, el «gesto» de Valbuen me recuerda otro de un antiguo compañero..., un tal Leonardo Villamor...

Joaquina se hizo toda oídos.

—¡Si vosotros hubieseis conocido á don Rodrigo! ¡Aquél sí que era todo un señor catedrático! ¡Y cómo suspendía!...

Joaquina se impacientaba. Algunos iniciaron la retirada, en vista de que el otro «gesto» del desconocido compañero se hacía esperar tanto. Terció otro camarada, desviando la conversación.

Joaquina, que en su vida de estudiante había cruzado la palabra con Jiménez, se atrevió á abordarle en voz muy queda:

—Jiménez, ¿me concede un minuto?

Se apartaron unos pasos del grupo. Insidiosamente pudo enterarse de todo, ¡de todo! Demasiado tarde, Jiménez comprendió la red que tendiérale la compañera; su argucia, enmascarada por una figurada admiración á Leonardo, del que oyera hablar á un hermano, ya médico, como el arquetipo de los estudiantes calaveras...

Lívida, demudada, anadeante de asombro é infinito dolor, había escuchado:

—No sabe usted lo que ha sido ese Leonardo... Afortunadamente, sentó la cabeza. ¡Tiene un nene más hermoso!

Como ingenua, sincerísima actriz en el instante más patético de un drama—el suyo, vulgar y grotesco á la par—, Joaquina exclamó:

—¡Casado!

Y culminó su arte, sazonado con aquel desengaño, al repetir con un ademán de vencida, igual que un levísimo lamento:

—Casado...

Alberto Valbuen y otros dos compañeros se acercaron solícitos. Ella hizo un supremo esfuerzo, sobreponiéndose con entereza.

—Nada... No es nada, Acompañame, Alberto—y separóse del grupo, seguida de Valbuen, sumiso y esperanzado...

•••••

Habíanse como escondido en un banco del jardín. No hablaban nada. Alberto esperaba con anhelo una palabra de Joaquina.

Al cabo, decidióse ella:

—Alberto, ¿tú me quieres?—balbució, llorosa.

—Como á nadie he querido nunca, Joaquina.

El la cogió una mano para llevársela á los labios. No veía... Los cristales de las gafas se hacían por segundos más neblinosos. Dos lágrimas de infinita alegría pugnaban por saltar de sus ojos.

Tuvo ella que detenerle su vehemencia. Se acercaba *Choladura*, portando como un trofeo una papeleta de examen.

—Ahí tienes, Valbuen—díjole, tendiendo con falsa compasión el papel de supuesta afrenta—. Lo que esperarías, seguramente. Te han suspendido—añadió, acentuando el gesto compungido.

Alberto sonrió. Y con manos temblorosas llevó hasta los labios el primer suspenso de su vida de estudiante, para besarle con religiosa emoción, seguro de besar el heraldo de su felicidad...

LORENZO RODERO

(Dibujos de Aristo Téllez)



—Como á nadie he querido nunca, Joaquina

ENCUESTA DE «LA ESFERA»

¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?

OTRAS DOS OPINIONES

La de «Juan de la Encina»

Sobre una mesa hay una maquinita de escribir que se ha quitado la negra caperuza y enseña, cínica, los ojos saltones de sus teclas. Estantes llenos de libros, en hileras apretujadas, en donde se destaca, como rabadán en rebaño, el lomo gordo de un diccionario. Un sillón cargado de revistas y periódicos, revueltos, arrugados, en montón confuso, como mostrador de tienda de tejidos después de elegir el «color de moda» una cliente. Y en medio de este cuartito de trabajo de Juan de la Encina retoza la luz clara de un alegre sol de Septiembre que ful-

ge brillante en sus postrimerías veraniegas. Juan de la Encina... Cuando cae el seudónimo del ilustre crítico de arte en una reunión de pintores, las blandas paletas se convierten en férreos escudos, y las febles brochas, en agudas lanzas. El alegato retórico del agrio exégeta rompe el tono de las voces complacientes del coro. La dulce y muelle siesta de lo consuetudinario y acomodaticio es turbada por el crítico, como pandilla de cazadores furtivos por el tricornio.

El reportero sentía una fuerte comezón por asomarse á la intimidad del no conformista, que, si hubiera hecho un pacto con el elogio, henchiría las ajenas personalidades, con detrimento de la suya.

LA BUROCRACIA ARTÍSTICA

¿Responderá el hombre á la idea que nos hemos formado de él? Para convencerme, yo disparo mis primeras palabras, y aguardo, sin mover el brazo, en actitud de duelo caballeresco, la respuesta. Y voy recogiendo las frases como un prestidigitador las pelotitas. Juan de la Encina, conforme habla va censurando su propia charla, y castiga las palabras cuando expelen un tufillo de petulancia ó solemnidad. Y reposadamente dice:

—Las Exposiciones nacionales de Bellas Artes deben suprimirse. Es necesario someterlas á una larga dieta. No han servido más que para desmoralizar á los artistas. Y no sólo han fracasado en España, sino que han sido un desastre en todo el mundo. Los grandes errores cometidos en ellas han mermado de tal manera su prestigio, que para limpiarlas de su descrédito lo menos que se puede exigir es que desaparezcan.

Juan de la Encina hace una pausa, y exclama despectivamente:

—¡Eso es ya una cosa del siglo XIX!

Y agrega:

—Todos los grandes pintores franceses se han desenvuelto con fortuna, han consolidado su prestigio y han impuesto sus calidades artísticas fuera de las Exposiciones nacionales. El artista no necesita esos Certámenes para darse á conocer. ¡En absoluto! Sólo han servido, hasta ahora, para organizar y fomentar una burocracia artística, misoneísta, retardataria, anquilosada, cuya producción no responde al estado de florecimiento de las bellas artes. Las Exposiciones nacionales españolas han levantado una especie de muralla china que ha impedido la entrada en ellas de todo lo que fuera cambio, renovación, inquietud... A su calor y amparo se han constituido para el medro grupos de amigos, de compadres, en donde ha predominado el más inepto. Claro es que siempre no ha prevalecido la injusticia, pues aun en las cosas más turbias hay zonas de claridad. Esta situación tiene ya una existencia de treinta ó cuarenta años, y se ha ido corrompiendo cada vez más, hasta convertirse en una cosa infecta.

LAS COSAS QUE ESTÁN EN FORMACIÓN

Juan de la Encina habla con fogosidad. A veces, como si sus propias palabras tiraran de él, se levanta del sillón y, arrepentido, vuelve á sentarse. Los cristales de las gafas aumentan el brillo de sus pupilas.

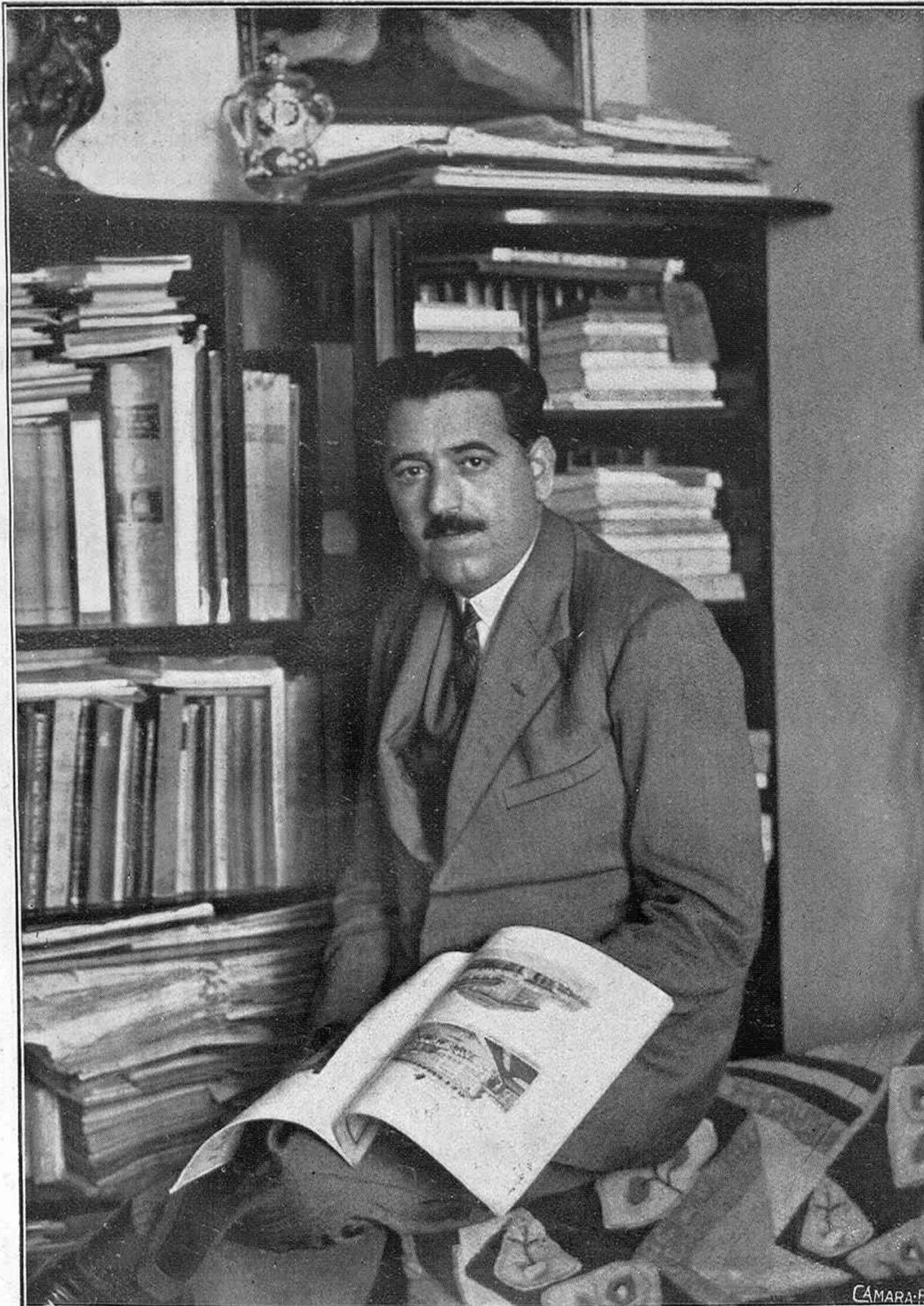
—Lo mejor que debe hacer el Estado—insiste—es inhibirse en esta cuestión, pues para proteger las artes tiene otros medios mejores, más eficaces y convenientes. En el Extranjero se suele decir que en estos afanes de pintura España no cuenta, y no es cierto: España cuenta y tiene un valor actual en arte, gracias á los individuos que se han formado y hecho fuera de las Exposiciones nacionales.

Todo lo más interesante que se ha producido en Europa, desde el romanticismo hasta nuestros días, ha surgido frente á los «salones oficiales».

¡Nefasto burocratismo que envicia y enrarece el ambiente! ¡Peligrosas covachuelas que con sus pomposos rótulos son el refugio de viejas tendencias estéticas que luchan inútilmente por impedir el paso á lo nuevo!

Esas oficinas burocráticas de las Exposiciones obedecen á principios y modos de ser estéticos que tienen un retraso de seis lustros, y no comprenden el criterio de las cosas que están en formación. En la amalgama de ese criterio vetusto intervienen, y tienen la culpa los artistas que ejercen su influencia espiritual sobre los ministros y directores generales de Bellas Artes.

—¿Cuál es, á su juicio, el estado de nuestra pintura?



«JUAN DE LA ENCINA»
Ilustre crítico de arte

(Fot. Cortés)

—En este momento no existe un arte de carácter nacional. Está cambiado, en la actualidad, totalmente el aspecto de la pintura española. Desde la «gran guerra» hasta hoy, entre la gente joven—ya sabe usted lo que significa la palabra «juventud» en los afanes artísticos—, entre la gente joven, repito, el cambio es total. No se puede abstraer nuestro país ni nuestro arte á esta conmoción que remueve el mundo hasta su entraña, y que ha suscitado una serie de problemas interesantísimos en todos los aspectos de la vida: el económico, el moral, el religioso, el artístico... La tendencia que se está desarrollando en la pintura actual es muy patente.

ESCUELAS DE ARTES DECORATIVAS

El Estado debía abandonar esa preocupación por las Exposiciones nacionales, inútiles, y encauzar su eficacia hacia la creación de Escuelas de Artes decorativas, que están en todo el mundo en un momento de prosperidad.

Ahí, en la reforma de las Escuelas de Artes y Oficios, es donde está el núcleo, el meollo del porvenir artístico de la juventud. El ministro ó director general de Bellas Artes que afronte este problema y lleve á cabo la transformación de esos centros con un sentido moderno é inteligente, dejará para la posteridad un nombre digno de respeto.

Yo creo que podía hacerse algo parecido á lo del Instituto Escuela. Crear, ó buscar, después de un trabajo de selección entre los artistas, un profesorado de probadísima competencia, bien pagado, joven espiritualmente, que se pasara todo el día trabajando con los alumnos en los talleres. Yo pienso en una escuela modelo del tipo de las alemanas y austríacas. La importancia del asunto merece que se creara un centro inicial, de prueba, en el que se formarían, con la lentitud que requieren estas cosas, los individuos aptos, bien preparados, que se esparcirían por toda España. Como espécimen ó modelo de profesor joven, de una conciencia clara, yo pondría—entre otros—á Ferrant, que es para mí uno de los mejores escultores de España.

La creación de estas Escuelas decorativas, con un sentido moderno, es algo más importante que esas fracasadas Exposiciones, aunque haya todavía quien viva en el error de creer que pintar un «paisajito» es más importante que hacer un mueble bello.

La del Sr. Izquierdo y Vivas

Siguiendo la pauta marcada por LA ESFERA en el comienzo de esta encuesta, de requerir las opiniones autorizadísimas de los artistas que componen los diferentes sectores del arte nacional, ofrecemos hoy á nuestros lectores el agudo razonamiento y la serena exégesis que hace de las Exposiciones nacionales de Bellas Artes el Sr. Izquierdo y Vivas, profesor de la Escuela de Artes y Oficios de La Coruña. El señor Izquierdo y Vivas, hombre de sólida cultura, forma en la brillante falange de los maestros sobre los cuales pesa la abrumadora responsabilidad—son palabras suyas—de forjar en las Escuelas de Artes y Oficios una lucida pléyade de artífices que reanuden con sus trabajos la gloriosa tradición española de nuestros plateros, nuestros ceramistas, nuestros orífices, pintores, imagineros y forjadores...

CRÍTICOS Y ARTISTAS

—Yo quiero significarle—comienza diciendo el Sr. Izquierdo y Vivas—que deploro la actitud en que se han colocado algunos críticos y también muchos artistas. Aquéllos y éstos confunden con frecuencia lo que es un pintor con lo que es un catedrático de Artes y Oficios destinado á enseñar á generaciones de obreros, á los cuales, en realidad, no les interesa nada—cuando se forman ó se perfeccionan para aspirar á un jornal más ó menos grande—que sus profesores den las pinceladas sobre un lienzo con esta ó aquella factura. Críticos y artistas no hablarían tampoco como hablan, si conocieran los más elementales problemas económicos en que se desenvuelven nuestras escuelas.



MARIANO IZQUIERDO Y VIVAS
Director de la Escuela de Artes y Oficios de La Coruña

—Su opinión respecto á la crítica...

—La crítica de Arte española—responde el Sr. Izquierdo—, salvo honrosas y contadas excepciones, no creo sirva para gran cosa... A lo sumo, para «hacer opinión» en los cerebros donde no existe ninguna. El que tiene opinión personal nunca la cambia por la opinión de otro, aunque venga ésta en letras de molde. Además, España, país de pintores, da muy pocos críticos, y los que da, atienden, más que á encauzar á los criticados, á defender su cartel. Y adolecen de parcialidad excesiva en sus juicios, pues al amigo lo tratan como amigo, y al enemigo como enemigo.

EL PASADO GLORIOSO

—Respecto á que en nuestro escalafón hay mucho fósil, es verdad; pero no es éste un patrimonio exclusivamente nuestro. Individuos ineptos los hay en todas partes y en todos los escalafones. Afortunadamente, los tribunales se forman hoy de manera distinta á como se formaban antes: automáticamente; y esto, como es natural, no deja de ser una garantía, pues de este modo no se cometen las arbitrariedades que se cometían antes, y que sólo eran, ó son, comparables á las que se hacen aún en las Exposiciones de pintura. Pero no debemos mirar al pasado que nos afrente, sino al pasado glorioso, aquél que puso á nuestra industria artística á tanta altura. Recordemos nuestros plateros, nuestros tejidos, nuestra cerámica y nuestra incomparable pintura para conocer todo el peso de la abrumadora responsabilidad que sobre nosotros gravita.

LA PROVISIÓN DE CÁTEDRAS

—¿Cómo deben proveerse, á su juicio, las cátedras?

—Deben proveerse por oposición directa. Las firmas prestigiosas que quieran dedicarse al profesorado no deben desdeñar el acudir á la pelea. Los premios ó medallas que alcanzaron en otras luchas artísticas (como son las Exposiciones de Pintura) ya se las pagó el Estado con gloria y dinero, y no es justo pretender, por una victoria ya «cobrada», cátedras ó pensiones sin nuevas

luchas, con notorio perjuicio de otros artistas. ¡Y si á esto añadimos que existe una multitud de primeras medallas amasadas con la recomendación, las combinaciones y los atropellos!...

NO APELAR Á NADA ILÍCITO

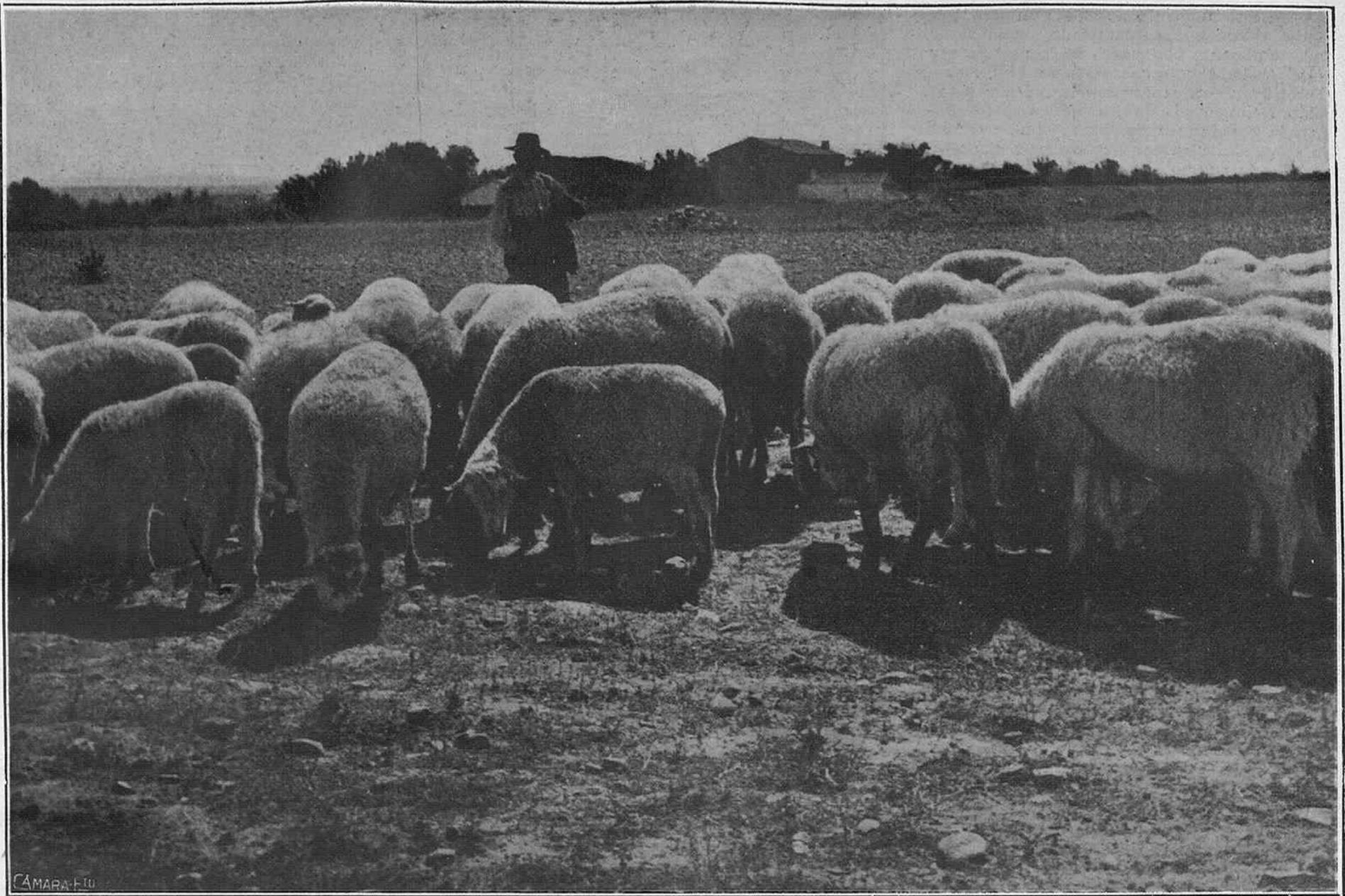
—¡No y mil veces no! Las Exposiciones no deben suprimirse, ni los premios, ni nada que signifique dejar de fomentar materialmente nuestro arte. Al contrario, es necesario dotarlo mejor. Y creo también que los tribunales debieran formarse mediante sorteo, entre gente amedallada, sea la medalla de la categoría que sea, y los gastos que resultasen de los viajes, etc., debieran ser sufragados asimismo por el Estado. Al principio tropezaríamos con algún que otro fósil; pero á la larga sería este procedimiento el más próximo á la equidad, siendo condición precisa que el que fuese jurado una vez, no lo volviese á ser en su vida, y tanto en las oposiciones á cátedras, como en las Exposiciones, exigir juramento y promesa pública, á jurados y expositores, de no apelar á nada ilícito.

—¿Cree usted eso eficaz?

—Sí, señor; por varios motivos. Primero: El que vota á un juez puede votar á un amigo, para que á su vez le vote á él ó á su candidato. Segundo: El que sabe que no volverá en su vida á ser jurado, no puede dar su voto á cambio de otro. Tercero: El que jura ó promete en público, tendrá siempre, por el propio decoro, que mantener su juramento.

Y creo, para concluir, que en todas las provincias debe haber un palacio, ó local adecuado, donde se puedan celebrar las Exposiciones nacionales. No deben ser éstas privilegio exclusivo de la capital. A tal honor y trascendencia educativa y turística tienen derecho todas las hijas de España. Porque, ¿no cree usted que sería una bella cosa el que un asturiano, un valenciano, un catalán, etc., pudieran llevar á su patria chica el galardón que para ella supieron ganar de una Exposición, por haberseles concedido en la anterior, y en noble lid, un premio de honor?...

JULIO ROMANO



ESQUILAS

*En la soledad del campo
se escucha un rumor de esquilas...
¡Cómo este rumor despierta
nostalgias del alma mía!...*

*¡Amaneceres azules!
¡Río de verdes orillas,
con sus álamos de plata!
¡Tardes de oro! ¡Blanda brisa*

*que, maternal, en mis sienes
su fresca mano ponía
cuando, febril, tras mis juegos,
me abrumaba la fatiga!*

*¡El can saltarín amigo
y aquella pálida niña,
compañera de mi infancia,
muerta en flor...! ¡Así es la vida!...*

*El ayer, que nunca vuelve,
y en el corazón la espina
del recuerdo, que nos hace
llorar... Por la verde orilla*

*del río voy caminando...
¡Nostalgias del alma mía...!
Ya los álamos de plata
no tienen hojas; caídas,*

*se las llevó el viento áspero
del otoño... Esas esquilas,
¡cómo me llegan al alma,
cómo me ahondan la herida*

*de los recuerdos...! Ayer
semejaban campanitas
tocando á gloria—era el alba
de mi existencia encendida—,*

*y hoy, en cambio, suenan tristes;
hoy tienen, graves y frías,
el hondo rumor dormido
de una gris melancolía.*

Fernando LÓPEZ MARTÍN

(Fot. Mendoza Ussía)



MÚSICOS Y ALDEANOS

Día de fiesta. Semana del Apóstol; es decir, Julio, canícula.

Para que el sol no hiera demasiado los ojos, basta llevarlos hacia el mar, ó detenerlos en la obscura ladera del Pindo.

Por la estrada —limpia, nueva— caminan, muy sueltos, cuatro hombres. Dos llevan montera gallega, calzón corto, chaleco de visos y recortes rojos.

Nadie viste ya en Galicia esas prendas antiguas.

Llevaba un mes recorriendo las cuatro provincias cuando, de pronto, vi mi primera montera gallega.

Pero fué más allá de la Sudiria y de Lubián, en tierra de Sanabria.

Era tradicionalismo zamorano.

Y si aquí conservan sus trajes antiguos, los guardan, no se los ponen; así es que estos mozos, por sí solos, constituyen un espectáculo, una fiesta. El más joven es el gaitero. El otro, de agudo perfil balkánico—¿por qué no griego?—lleva, en ban-

derola, el bombo y los platillos. Los otros dos lucen también el pantalón clásico, asomando la calzona plan-

chada, blanca; pero uno, el tam-

boril, no ha querido soltar su

americana, y se encasqueta

una gorrilla madrileña,

grande, con más vise-

ra que un salacot. El

último, ancho de

espaldas, recio,

pulmones co-

mo fuelles de fragua, es gaitero también. Mejor dicho, basta verle para saber que es el maestro gaitero. Lleva boina muy tendida hacia atrás, con aire de audacia. El calzón y el repertorio, muy antiguos, pero pronto veremos que tienen sus remiendos.

Este pueblo que asoma antes de llegar á Carnota es Lira. La parroquial, no mucho más grande que el hórreo del diezmo, capitanea una hilería de casitas paralela al camino. Por todas las vertientes llegan chicos y chicas, y el punto de confluencia de los muchachos, de la gente dominguera del pueblo y de los músicos ambulantes, es la tienda, no la taberna, sino lo que en Castilla llamamos lonja, donde hay de todo, y donde, naturalmente, habiendo de todo, debe de haber vino. Confluyen las mujeres, vendedoras de tortas de anís y de confitería.

Luego llegan las mozas no en bandadas, sino en olas que llenan de un lado á otro la carretera y que se remansan junto al grupo de los músicos. Dicen que Noya, Muyos, Louro y Lariño, Carnota y todas estas aldeas ribereñas, próximas al monte Pindo, guardan la tradición del origen griego de su raza; y bien puede ser juzgando no sólo por los nombres, sino por los rasgos de raza. Las chicas son bellísimas y llevan pañuelos blancos ciñendo la frente y doblados sobre la oreja. Vestidos claros, alegres. Es en el pueblo donde he visto rondas silenciosas de mujeres vestidas de negro; de luto, sin duda, Esperando el rosario.

Por fin suenan gaitas y tamboril; retumba el bombo, y al son de un aire forastero las mozas empiezan á bailar.

Mientras bailan solas todo es mecánico, como indiferente. Tardan mucho en decidirse los mozos, y cuando se lanza el primero, acuden todos. La música más madrileña ó más americana, al pasar por estos instrumentos, se hace gallega. Como los cuentos y las coplas extrañas al pronunciarlas labios aldeanos. Es lo que llama Jesús Bal «transfiguración del folklore», que se renueva, acepta temas y formas de fuera, sin detenerse nunca. Así he oído cantar las *alugadas*, de vuelta de la siega:

«Rapaciña, non te quero;
rapaza qu' ha de ser miña,
non ch' ha de cortar el pelo.»

Condescendencia de la musa popular con los temas nuevos, actuales, pero sumándoselos, interpretándolos con instinto de tradición. Con ese cantar dice Jesús Bal que zahiere el campesino las costumbres de la ciudad. Esas «rapazas» son de Lugo. Pero aquí en la costa del Pindo, coruñesa por la distribución administrativa, aunque tenga sabor pontevedrés, ninguna muchacha lleva el pelo á la *garçonne*. El baile es todavía inocente. Baile del país, aunque toquen un pretendido *chárleston*. Los cuatro músicos ambulantes saben convertir en música de gaita gallega el *fox-trott*, y alguna vez sin ningún esfuerzo.

LUIS BELLO



«Retrato de la señorita A. Guerra»,
cuadro original de Castro-Cires

DEL CONGRESO DE ARQUEOLOGIA EN BARCELONA

LA FIESTA DEL TEATRO GRIEGO



La admirable danzarina Aurea de Sarrá, en uno de los momentos culminantes de su nuevo drama «Demeter», que produjo extraordinaria admiración á los congresistas

LA celebración en Barcelona del IV Congreso Internacional de Arqueología ha dado ocasión á una interesantísima fiesta, en que la genial danzarina Aurea de Sarrá ha dado á los sabios venidos de á los remotos países una intensa sensación de arte, viviendo y haciéndoles vivir durante unas cuantas horas en el bello ambiente del teatro clásico.

El arte de Aurea de Sarrá, de tan pura inspiración helénica y tan admirablemente depurado mediante la sabia



La mesa del IV Congreso Internacional de Arqueología. De izquierda á derecha: Sentados: Rodenwaldt (Berlín), Mérida, Presidente del Congreso (Madrid), Durbach (Toulouse), Taramelli (Cagliari). En pie: Ferrándis (Madrid), Ober-

maier (Madrid), Lantier (París), Taracena (Soria), Persson (Upsala), Thomas (Londres), Albertini (Argel), Alvarez Ossorio (Madrid), Bosch-Gimpera, Secretario del Congreso (Barcelona)

y comprensiva contemplación de los modelos clásicos, fué mejor apreciado por los arqueólogos, precisamente porque conocen, aman y sienten toda la belleza de aquel arte sublime con plena intensidad; y la danzarina, tan poderosamente evocadora, fué calurosamente felicitada por todos.

Seguramente, el de la «Fiesta del teatro griego» será uno de los recuerdos más gratos que los arqueólogos guarden de su gratísima estancia en Barcelona.

maier (Madrid), Lantier (París), Taracena (Soria), Persson (Upsala), Thomas (Londres), Albertini (Argel), Alvarez Ossorio (Madrid), Bosch-Gimpera, Secretario del Congreso (Barcelona)

UNA IDEA FECUNDA

LA ANTIGUA BELGICA

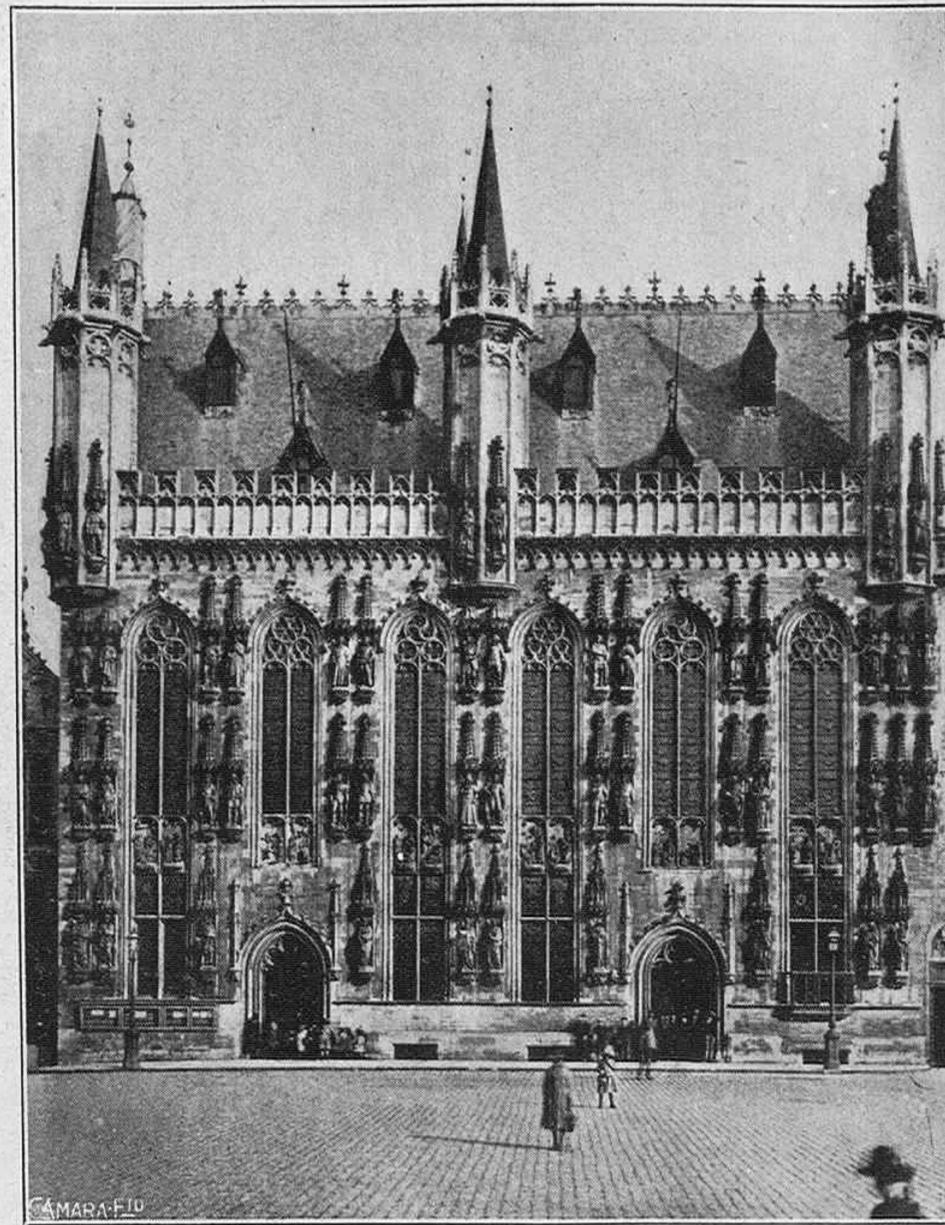
LA feliz idea, tan diestramente realizada en Barcelona, de reunir en un reducido espacio de terreno la síntesis arquitectónica de un país, tiene ya imitadores; uno de los atractivos de la Exposición internacional con que los belgas conmemorarán dentro de un año, en Amberes, el centenario de su independencia será *La antigua Bélgica*. Una imitación, que seguramente será interesante, de *El pueblo español*, verdadero punto culminante en la actual Exposición barcelonesa.

Habrà quien recuerde que ya en su Exposición universal de 1910—en Bruselas—los belgas realizaron algo parecido en aquella minúscula reproducción de *El antiguo Bruselas*, con sus personajes y todo, y á la que no faltaba ninguna tarde su retreta característica con su indispensable tambor mayor «al frente de su banda», como cantaban en la Comedia, de Madrid, en los buenos tiempos de Ramón Rosell.

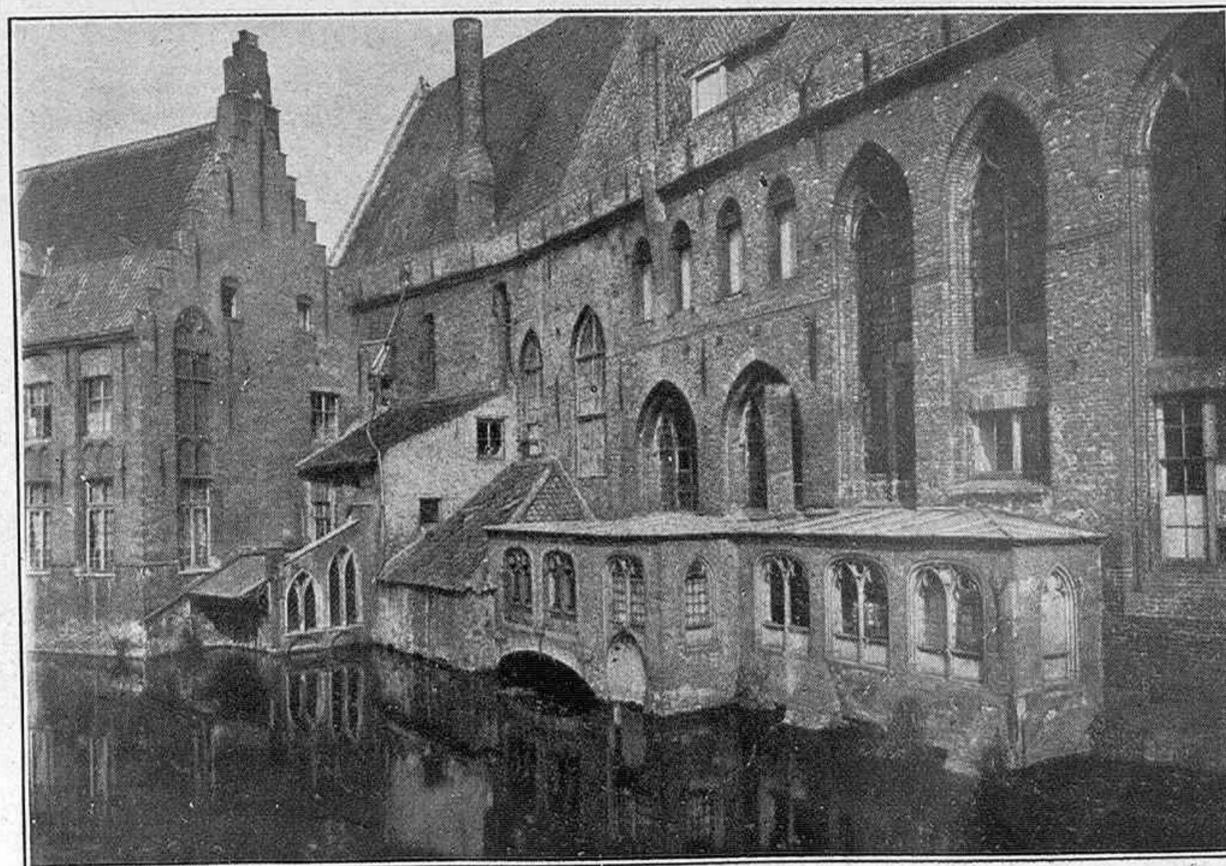
No hay, sin embargo, paridad entre una y otra idea. *El viejo Bruselas*, que fué también un acierto, no daba, naturalmente, una idea perfecta y total de las modalidades arquitectónicas de un país como *El pueblo español*, y como seguramente la dará *La antigua Bélgica*; era la reproducción exacta, pero sencilla y poco extensa, de un solo barrio de la Bruselas de hace un siglo próximamente; poco en el espacio y poco en el tiempo, puesto que representaba un instante sólo de la vida nacional.

La antigua Bélgica podrá ser, y será, algo mucho más amplio; pero, ¿podrá competir en interés artístico y arqueológico con nuestro *Pueblo español*?

Diffícilmente. Lo impedirán razones geo-



Brujas.—La Casa Ayuntamiento

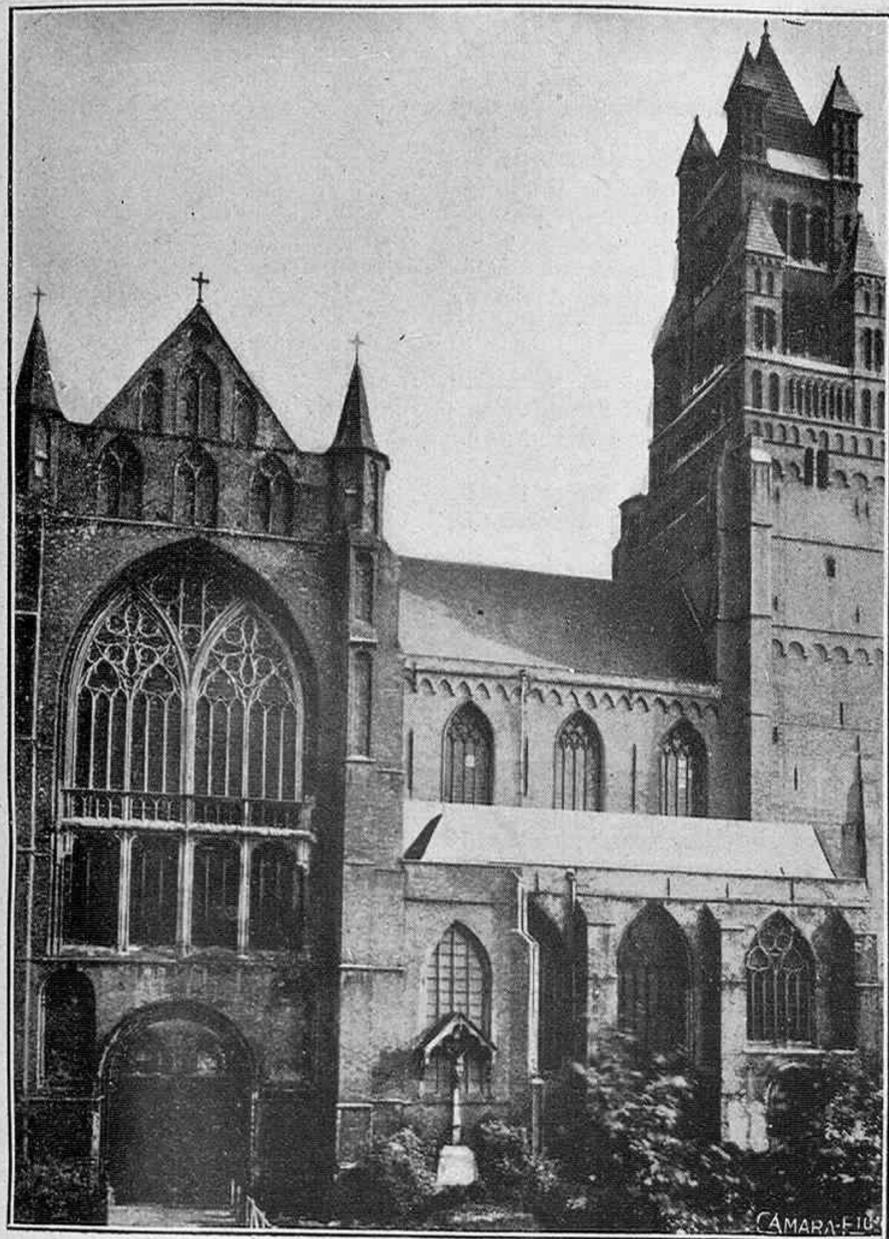


Brujas.—Vista exterior del Hospital de San Juan

gráficas é históricas que, por mucho que los arquitectos belgas, que ya están realizando esta labor, rebusquen edificios típicos ó pintorescos, darán á su Exposición una cierta monotonía fundamental, privándola con ello de los contrastes tan fuertemente sugestionadores que hacen de aquel magnífico rincón del Certamen de Barcelona una enciclopedia de arte y, al mismo tiempo, una enciclopedia de historia y geografía hispánicas.

Figaro observó bien que nuestro país había sido como el punto de cita, el terreno neutral en que vinieron á dirimir sus contiendas todas las razas y todos los pueblos. Nuestro suelo, además, por ser tan vario y cambiante de unas regiones á otras, impone también exigencias distintas á las diversas regiones y así múltiples, contra lo que, á lo menos en tan exagerada proporción, falta en Bélgica, y por estas razones la pintoresca y educativa variedad de *El pueblo español* difícilmente podrá ser encontrada en *La antigua Bélgica*, por muy interesante que ella resulte.

Es evidente que en las formas arquitectónicas que podemos encontrar en Bélgica han influido muy poderosamente los cánones dominantes en cada instante en otros pueblos, y son á veces muy marcadas y visibles las huellas de la arquitectura alemana, de la italiana y de la francesa; pero desde muy pronto, ya en el siglo xiv, el genio nacional se traduce en formas típicas y características que dan color y sabor local á esas diversas formas arquitectónicas; y si, por ejemplo, más tarde es fácil ó, por lo menos, posible, buscar una filiación al barroco belga en el renacimiento italiano, la producción



Brujas.—Catedral de San Salvador



Brujas.—Iglesia de Jerusalén

arquitectónica de los flamencos tiene características fundamentales que la separan completamente de su origen.

Ese carácter étnico dominante, aunque dada la diversidad de razas que aun hoy ocasiona conflictos, parezca paradójico, esfuma en Bélgica las individualidades regionales y domina á las personalidades de los maestros constructores belgas y aun de los extranjeros que llevaron á Bélgica los elementos de otras arquitecturas. Se ha discutido mucho, por ejemplo, acerca del origen del barroco; pero hoy parece ya punto incontrovertible que fué primitivamente creación de los arquitectos jesuitas, muy influenciados, sin embargo, por cánones arquitectónicos extranjeros.

Hay algo, por otra parte, que contribuye también á ese monocrismo del arte de construir en Bélgica, y es la especial significación de la arquitectura civil que traduce muy exactamente la recia raigambre de la vida comunal que desde aquella época remota de la Edad Media ha perdurado con fortísima intensidad, sin perjuicio y aun podríamos decir con enorme ventaja para la vida nacional. Los palacios municipales, y las ca-

sas de las Corporaciones tan semejantes en las diversas localidades del país, responden con su semejanza constante, y que sólo podrá diferenciar de matices en *La antigua Bélgica* á la especial manera de ser político social característica y perdurante del pueblo belga.

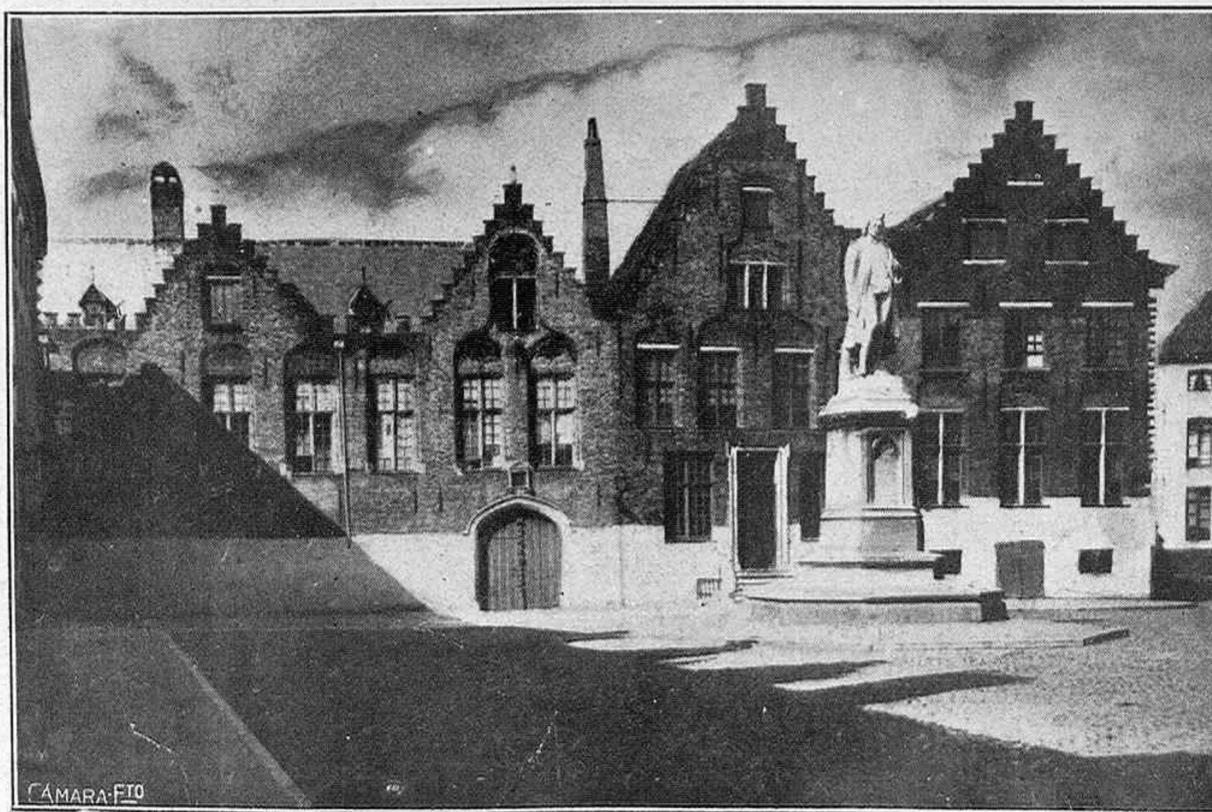
La maravillosa *Gran Plaza* de Bruselas, que sólo tiene competidora en la estupenda de nuestro Santiago de Compostela, es ya cifra y compen-

dio de esa modalidad arquitectónica dominante—y por ello siempre igual, á través de las regiones y á través de las épocas—nació en Brujas hacia 1300, y aun hoy le sería muy difícil á un arquitecto verdaderamente de Flandes sus- traerse á su influjo.

El *Hotel de Ville* y las casas de las Corporaciones de Brujas son, efectivamente, los gérmenes de donde parece salida toda la arquitectura civil, á la que bien podríamos denominar arquitectura comunal belga. De esos orígenes á la magnífica expansión *bruselois* hay poca distancia en el fondo, y si excluimos Gante, donde por razones que la geografía y aun más la historia explican las formas arquitecturales se hacen más robustas, el mismo modelo aparece constantemente repetido.

Hay en Brujas mismo otros edificios que podrá interesar en *La antigua Bélgica*, como la iglesia de Jerusalén, el hospital de San Juan y la catedral de Saint Sauveur; pero los que marcan el carácter y los que darán su color al pueblo sintético en proyecto serán, si la Bélgica ha de estar bien representado por él, los dos primeramente citados.

Hay en Brujas mismo otros edificios que podrá interesar en *La antigua Bélgica*, como la iglesia de Jerusalén, el hospital de San Juan y la catedral de Saint Sauveur; pero los que marcan el carácter y los que darán su color al pueblo sintético en proyecto serán, si la Bélgica ha de estar bien representado por él, los dos primeramente citados.



Brujas.—La Plaza Memling

S. H.

EL TESORO DEL ESTADO PONTIFICIO

Se ve, recorriendo la lujosa amplitud del Vaticano, que los Papas han sido durante mucho tiempo señores del mundo. Riqueza de señorío absoluto es la que guardan estos dominios pontificales; tesoro de escultura egipcia, griega y romana; pintura renacentista; libros, mapas, tapices y manuscritos valiosísimos; profusión de piedras preciosas; brillo de oro... Es la ofrenda del arte á la dulce religión que nació en un pesebre y, después de verse sacrificada en la sangre de sus míseros creyentes, pasó á los poderosos, en cuyas manos fué victoriosa bandera de combate y espada que supo devolver el castigo.

En los años del Renacimiento, cuando Italia daba al arte dirección é insuperado impulso, los Papas sintieron el deseo de engrandecer la vida, embelleciéndola. Con la mirra espiritual de las oraciones quisieron ofrecer á Dios lo que ya los paganos habían exaltado: la armonía de los mármoles, el encanto de la pintura, el adorno, el placer.

A estos católicos de hoy, tan apartados de la pobreza franciscana como de la riqueza papal, el Vaticano muestra todo lo que puede conseguirse cuando en el espíritu generoso entra el sentimiento de la belleza. Aquellos pontífices, de acuerdo con la corriente de su época, acudieron al arte sin tacañería ni cálculo, pidiéndole el milagro de sus fuentes inextinguibles.

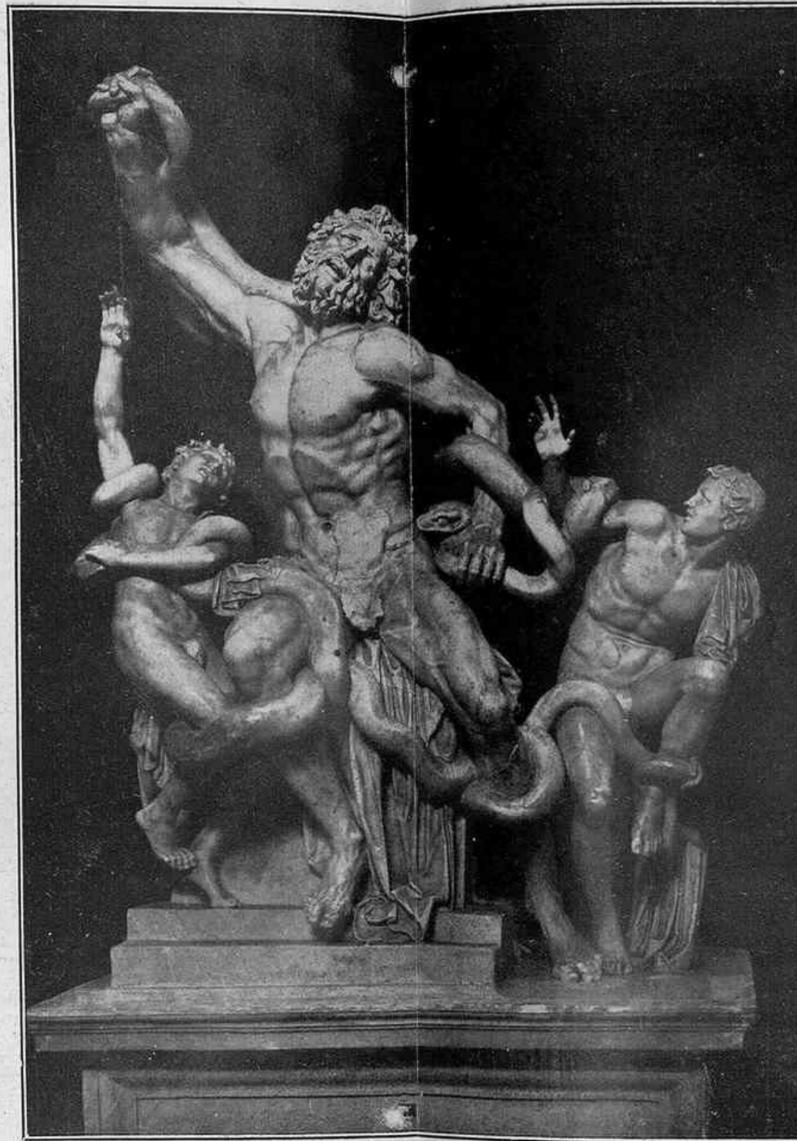
Lo que el arte les dió, aquí lo tenemos. Pretender recogerlo en la brevedad forzosa de un artículo es inútil. Indiquemos hoy solamente lo más destacado del Museo de esculturas y de la Pinacoteca, dejando para otro día el comentario—sucinto—de la capilla Sixtina, el departamento Borja y las estancias de Rafael.

Después de haber visto el Museo Nacional de Nápoles, no aseguro yo, como Taine, que este del Vaticano sea, en escultura, el mejor del orbe; pero que es uno de los primeros, indudable.

Reunió las obras, dándole aspecto museal, Clemente XIV, en 1769. Sus antecesores, desde Julio II, las habían ido buscando y guardando, con la complacencia de ver aumentarse la colección. Pío VI engrandeció el museo, y Pío VII le agregó la instalación Chiaramonti, compuesta de setecientas piezas, á decir verdad, casi todas mediocres. Hay salas de un valor inapreciable. Cuatro pequeños departamentos del patio del Belvedere contienen las cuatro obras más celebradas de la Galería: el *Lacoonte*, el *Apolo*, el *Mercurio* y el *Torso*; estas tres



«La Virgen con el Niño», óleo del Pinturicchio, que se conserva en el Museo del Vaticano



«Laocoonte», escultura hallada en las termas de Tito el año 1506 (e. de J. C.), atribuida á Agesandro, Polidoro y Atenodoro

últimas conocidas con el mismo sobrenombre del patio. El *Lacoonte*, hallado en las termas de Tito el año 1506, data de la decadencia griega, y se atribuye á tres escultores del siglo I antes de J. C.: Agesandro, Polidoro y Atenodoro.

Como toda obra plástica que aspira á representar la violencia, nos desilusiona un poco. Dicen que Miguel Angel, en alas de su entusiasmo, la calificó de «maravilla del arte». No podemos compartir hoy el juicio de aquel florentino apasionado. Siendo este grupo un acierto de composición y teniendo trozos escultóricos de extraordinaria calidad y fuerza, ¿por qué no logra conmovernos? ¿Por qué el dolor de las tres figuras atormentadas no llega á herir nuestra sensibilidad? Porque el tema cae en el peligro de lo gesticulante y contorsionado, de la afectación escultórica, mala, como toda afectación. El *Lacoonte* rompe con la tradición griega. Ciertamente tiene antecedentes en ella; pero ninguno en el que tanto se halla desbordado el dinamismo angustioso. Es, pues, por su valor indiscutible y el prestigio de que goza, el primer culpable de la desorientación escultórica que, después de Miguel Angel, padeció el mundo.

Entre el *Apolo* y el *Mercurio* del Belvedere, mis preferencias se inclinan al segundo, hermosísimo desnudo inspirado, según los tratadistas, en el *Hermes* de Praxiteles.

Pero superior á ellos y al *Lacoonte* me parece el *Torso*, mármol culminante del Vaticano y lo mejor que ha quedado de Apolonio el Ateniese. En esta obra (procedente del palacio Colonna, adonde había pasado de las termas Antoninas) la forma humana está sentida con aliento cálido y robusto. Muy interesante es la copiosa «Sala de los Animales», donde los hay primorosos, aunque ninguno alcanza la excelencia suprema de los cervatillos del Museo de Nápoles.

Merecen también figurar, en este desfile rapidísimo, seleccionado, la *Ariadna dormida*, el *Fauno* de Praxiteles, el *Apoxiomenos* de Lisipo, el *Discóbolo* de Mirón..., estatuas todas de valor depurado, bien contrastado por el tiempo.

La Pinacoteca vaticana debémosla, en primer lugar, al celo de Pío VII, que logró la restitución de las muchas obras llevadas á París por el ejército de Bonaparte, tan diestro en el pillaje artístico; luego, al entusiasmo de Pío X, que la ordenó y enriqueció considerablemente, tra-

DEL MUSEO DEL VATICANO

yendo aquí cuadros de diversas dependencias papales. Cerca de trescientas se aglomeran hoy en siete salas deficientes de luz. La primera guarda felices muestras del arte bizantino y de los italianos del siglo XIV. A continuación vienen pinturas religiosas de maestros florentinos y umbros, como fray Angélico, Benozzo, Gozzoli, Filippo Lippi, Leonardo, Lorenzo di Credi, Melozzo da Forlì, Gentile da Fabriano, el Perugino, el Pinturicchio, Andrea del Sarto... Entre ellas se destaca poderosamente un fresco de Meozzo que representa á Platina ante Sixto IV y sus cardenales, extraordinario ejemplar decorativo, delicada armonía de tonos sobrios y rebajados. Citense también la *Madonna con el niño*, óleo del Pinturicchio, muy rico de color; el abocetado y monocromo *San Jerónimo*, de Leonardo; la *Adoración*, de Giovanni di Pietro, tan concienzuda de dibujo; los *Milagros de San Jacinto*, de Francisco Cossa, tabla trabajada con la prolijidad de una miniatura, y las *Virgenes* de Sanseverino y el Perugino, en las que el color alcanza finísimos acordes.

Rafael tiene varios grandes cuadros, de calidad inferior á su tamaño. La célebre *Transfiguración*, su última obra, terminada por Julio Romano, se resiente de esa aparatosa elocuencia, de ese naturalismo enfático, hinchado, en que el venturoso pintor, tan del gusto de los eclesiásticos, cae á menudo. Siempre me placen más sus apurados retratos (aquí no los hay) ó sus dulces *madonnas*, de las cuales una conserva este museo—la de Foligno—, bastante bella.

De la escuela veneciana, Ticiano sobresale, como casi siempre. Véase el perfil de ese *dux* que parece vivir entre tanta superficie amaneradamente pintada como le rodea.

Dos españoles—Ribera y Murillo—dejan bien puesto nuestro pabellón: el primero, con un vigoroso y oscuro *Martirio de San Lorenzo*, y el segundo, con tres lienzos muy característicos de su estilo; el más importante—*La adoración de los pastores*—tiene cierto parecido con el que conserva el Museo del Prado.

Otros artistas de renombre, como Guido Reni, el Sassoferratto, Maratta, el Domeniquino, el Guercino, no traspasan la nota de discreta mediocridad en que se desenvolvieron. Todavía existen críticos que prefieren esas afectadas sensiblerías romanas y boloñesas, á las espléndidas pinturas cuatrocentistas de la Toscana y la Umbría. Cuando media entre éstas y aquéllas la distancia que va de la expresión á la gesticulación, de la gracia espontánea, cálida y serena, al frío resabio de taller.

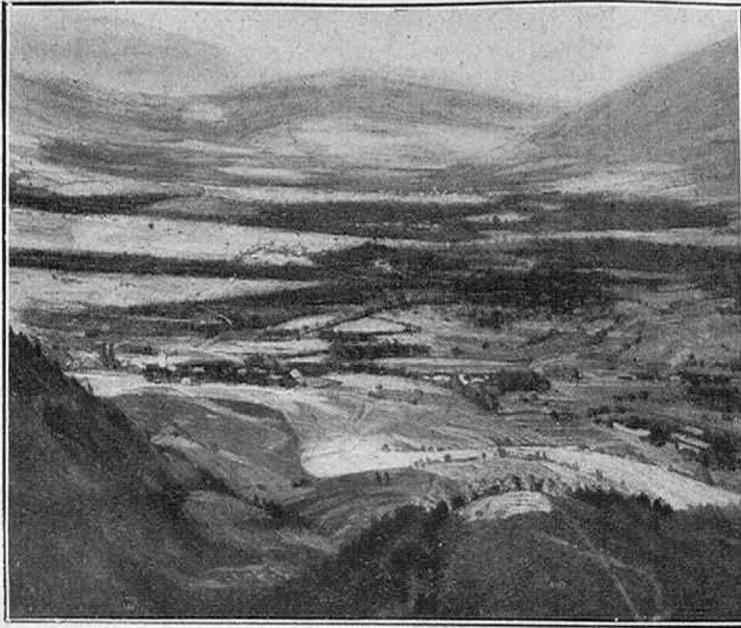
BERNARDINO DE PANTORBA



Retrato de un «dux», magnífica obra del Ticiano, en el Museo del Vaticano

LA ACTUALIDAD ARTÍSTICA

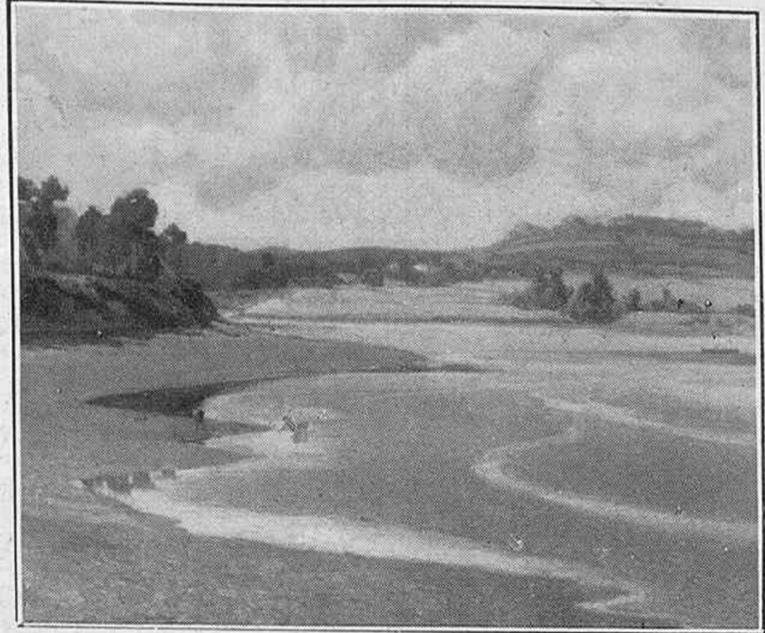
TAMBIÉN EMPIEZA LA TEMPORADA



«Paisaje», cuadro de Francisco Llorent

lograda entonación, por la feliz interpretación de la luz clara y sutil evanescente; por el sensorial acorde de ocre y verdes extraordinarios.

Sólo otro paisajista sabe ofrecer como si dijéramos una ventana, abierta gozosamente, hacia el mar. Es Verdugo Landi. Su cuadro *El morlaco* afirma otra vez más esa supremacía reiterada que muestra el fecundo y sensible glosador del mar. Claro, optimista, riante, seguro de su trazo, dueño de una paleta luminosa, no falsea, como otros, el vivo modelo tantas veces captado por sus pupilas certeras.



Málaga.—«El morlaco», marina de R. Verdugo Landi

Poco á poco va reintegrándose la actividad madrileña á su plenitud de funciones y adquiriendo esa su peculiar fisonomía vivaz que el estío desfigura y reduce. Con la reanudación de todas las otras manifestaciones intelectuales que se comprende desde el campo universitario y docente hasta el mundo de la farándula (no siempre intelectual), coincide, naturalmente, la apertura de los salones de Exposiciones, que dan á la vida artística, cada vez más plébrica y más dotada de ímpetu interior, una animación peculiar.

En el breve decurso de estos primeros días de Octubre se han inaugurado varias Exposiciones, con las que se inicia esta temporada artística, prometedora y fecunda. ¡Ejemplar y casi desinteresadamente fecunda, pues, á lo que parece, el comercio de cuadros languidece de forma asaz generalizada!

Bien están por ello estas reiteradas llamadas de atención al público, sensible más que antes á la curiosidad espectadora, pero no muy propicio al desembolso pecuniario.

Y aún más se precisa. Que mientras otras artes y algunas manifestaciones espectaculares colman las columnas de los periódicos y requieren la atención del cronista y del reportero casi en competencia, á las bellas artes apenas si se les consiente un hueco de precario «cuando no lo reclama la actualidad», no siempre interesante, útil ó digna.

El salón del Círculo y las salas de Amigos del Arte han iniciado sus exhibiciones, y es justo consignar que no empiezan bajo malos auspicios.

Por lo que al Círculo respecta, primeramente, debemos señalar que la inicial Exposición con que abre otra vez su salón á la generalidad, tiene interés y está bien dotada de elementos que justifican la pública y consecuente curiosidad de que se ve asistida de continuo.

Un plausible eclecticismo—más acentuado esta vez que en otros Certámenes anteriores—ha presidido en el Comité seleccionador, que además ha dado cobijo á un grupo no exiguo de pintores y dibujantes apenas conocidos ó enteramente inéditos, y ha mostrado también una mejor atención para el grabado y el arte decorativo.

Ni hay preferencias temáticas ni predisposiciones de género. Paisajes, figuras, naturalezas en silencio, se equilibran y complementan con ponderada justeza. Si acaso, algunos más cuadros de paisajes—que además son los mejores de esta Exposición—que de otra cosa. Claro está que en paisaje hay una conspicua representación: Llorens, con dos cuadros de «atmósferas limpias», que diría Camille Mauclair; dos trozos de paisaje gallego, interpretados con la fina sabiduría, con la apasionada ternura en él peculiar. *Una ría*, en mi concepto, el mejor, por la

Los demás paisajistas han preferido generalmente la montaña al mar—tan poco fácil de interpretación acertada—, y así tenemos esas logradas visiones de Espina y Capo, por ejemplo, que en su *Valles de la Sierra* muestra sobre todo una viril dicción pictórica y un noble y elevado

concepto del paisaje; la nota, henchida de melancolía, de Ramón Pulido, *Una charca*, titulada, original y sencilla, pero no exenta de alguna dificultad técnica, diestramente resuelta; la escenográfica visión de una plaza pueblerina á la claridad luar, firmada por Simonet Castro; los paisajes luminosos de Briones; la encantadora tela de María Luisa Pérez Herrero; el lluvioso panorama de Rigoberto Soler; la áspera y veraz interpretación de Burgos por Mariano Sancho; las callejas de Almela Costa; la bella estampa de Máximo Ramos, uno de nuestros mejores ilustradores y más finos pintores, y otros muchos, tan excelentes que ahora se nos resisten por flaqueza de memoria, pero no porque depreciemos su obra.

En figura, Eduardo Chicharro requiere la atención con dos lienzos de breves dimensiones, pero en los que se advierte esa indudable maestría del autor de *Las tentaciones de Buda*. En Chicharro, tanto como el color ó el tema, interesa el procedimiento y su inquietud renovadora y amplia. Con él, dos pintores de las condiciones y cualidades pictóricas de Eugenio Hermoso y de Nicanor Piñole, ocupan bien legítimamente, es cierto, el sitio de honor. Y no se puede olvidar una cabecita, debida al arte de rancia solera española de Pedro Antonio; la gitana de Julio Moisés—desgaire en el tipo, soltura en la técnica—, y la mujer con la bombona, de Pons Arnáu, entre otras figuras muy estimables también.

Dentro del arte decorativo, no se puede silenciar, ni ha de olvidarse, el lienzo de Ximénez Herráiz, donde están íntegras todas las excelentes cualidades de este original dibujante y su técnica peculiar; *Segovia*, de Alma Tapia, original y bella estampa, de una luminosidad amplia, de una gran riqueza cromática, y en donde se advierte un temperamento de cartelista muy moderno y muy fino y sensible; *Viejas callejas de Brihuega*, de Carlos Casado, que expone por vez primera y que muestra indudables aptitudes; *Petit*, el de los alegres chafarrinones decorativos; y con ellos, y alguno más, los grabados de Espina y de Julio Prieto.

En escultura, Vicent, con sus bronce, y Sebastián Miranda, con sus tallas en madera, merecen elogios.

•••••

Manaut Viglietti ofrece en los salones de la Sociedad de Amigos del Arte cerca de cuarenta obras, suficientes para definirle y caracterizarle.

Son visiones de Valencia, de los aldeaños madrileños, de Francia y de Bélgica.

Telas anteriores, posteriores y de la época de su viaje á París. Se le puede seguir fácilmente su trayectoria artística. Desde luego, nos interesa más el Manaut sin los contactos parisinos. Vemos



«Cabeza de mujer», cuadro de Pedro Antonio



«Bodegón», cuadro de Ernesto Gutiérrez



«Danzarina», lámpara forjada por Pablo Remacha

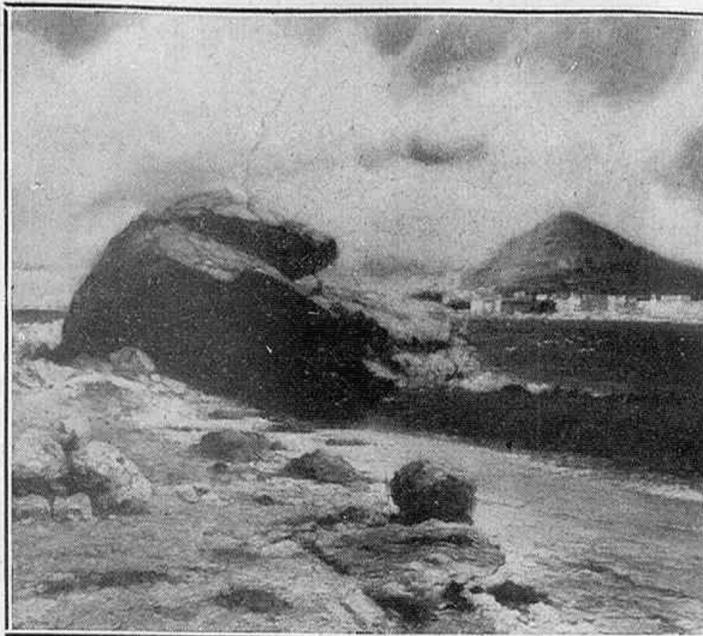
en sus cuadros de la huerta valenciana á un colorista de extraordinario ímpetu y de una luminosidad insospechada. La dicción es viril, segura, amplia.

Construye y modela con el color siempre abundante y jugoso. La pincelada es recia, firme; á las veces parece que mancha con el dedo. En París, por el contrario, el colorista se ha evadido. Sus lienzos son grises, un poco monocordes, sin aquel ímpetu de antes ni aquellas grandes masas de color. La técnica es otra muy distinta. Poco color, y *barrido*; tanto, que á las veces se advierte el mismo tono del lienzo y su trama.

Así como á la luminosidad valenciana corresponden paisajes umbríos de verdes agresivos, rincones floridos, vívidos cielos transparentes, panoramas bellos y espléndidos, á la plúmbea grisura parisina corresponden castillos en ruinas, perspectivas melancólicas, rincones silentes, y aspectos del Sena, del lado humilde y triste y áspero...: calles de Montmartre y parques olvidados.

En algunos paisajes de Brujas—ya se ha sacudido, siquiera sea momentáneamente, el prejuicio de París—Manaut vuelve tímidamente por sus fueros de apasionado del color, de la luz y del cromatismo: *Quai Vert*, por ejemplo, es una sincera rectificación.

Ello no quiere decir que sus cuadros de París no estén conseguidos ni que carezcan de interés. Tiene aciertos rotundos, desde luego. Pero es que es menor él, está menos íntegro. Por eso tenemos que volver la mirada á otros cuadros suyos: *Valle del Lozoya*, por ejemplo, por sí solo suficiente para acreditar á un paisajista; *Término de Vicálvaro*, y á sus barracas, desde luego, donde su racial



«El valle del Lozoya», cuadro de Manaut Viglietti

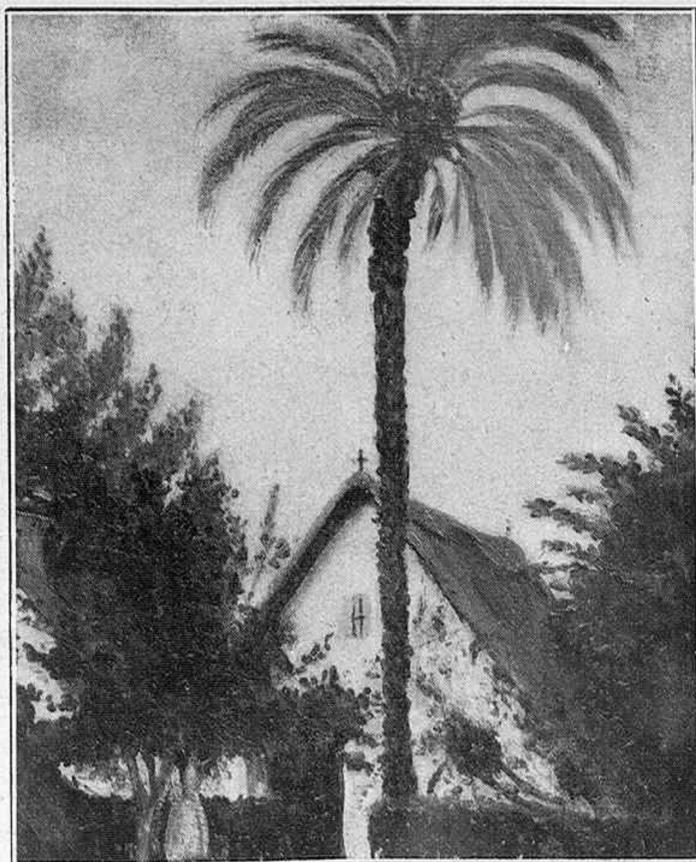
condición levantina encuentra una más propicia expresión pictórica.

Antes de terminar, citaremos también—un poco anticuado de concepto—el bodegón, interesante por la armonía de la composición y el acorde de color y por las calidades, diestramente conseguidas.

•••••

En Calatayud, junto al yunque, donde el padre muestra su hábil artesanía sin aspiraciones artísticas ni preocupaciones estéticas, nació el hijo artista. Es breve, bajo, despierto y vivaz. El adivinó un gran porvenir en aquello, y tuvo la intuición de que precisaba una base sólida: el dibujo. Y el muchacho aprendió á dibujar, al par que la forja. Y así fué logrando un mejor conocimiento del *metier* y una depuración del gusto muy necesaria. Y empieza su vida artística.

Primero acude á una exposición colectiva en Zaragoza, donde logra un poco de atención y una pensión. Viene á Madrid. Tres años está estudiando dibujo en la Escuela de Artes y Oficios, y se presenta á la Nacional del 26, donde obtiene una tercera medalla en Arte decorativo. Marcha á París otra temporada, y cuando regresa, se le concede un premio en el Concurso Nacional último, en la sección de Arte decorativo, por un proyecto de farol.



«La palmera y la barraca», cuadro de Manaut Viglietti



«Copa decorativa», por Pablo Remacha

Desde entonces, su simbólico nombre, Pablo Remacha, comienza á ser conocido y á extenderse entre el mundo artístico... Pero necesitaba una consagración pública; necesitaba exponer un conjunto de obras diversas para mostrar de una vez sus condiciones y temperamentos. Y, al cabo, ha conseguido, con singular fortuna, ambas cosas.

Cincuenta obras expone: pantallas, cubrechimeneas, candelabros, lámparas, mesas, copas, figuras, ceniceros, apliques, faroles, platos, velones, espejos, muebles de tocador..., etc., etc. Cincuenta obras, dotadas de un carácter peculiar y de buen gusto. Es un artista, desde luego, que conoce bien el oficio: es diestro. Su arte, moderno sin extravagancias; recio sin tosquedades; original y á un tiempo clásico.

Su técnica es sencillísima. Sólo forja. Y nada más que forja. En caliente, sobre el yunque, va modelándolo todo; ni lima ni cincel. Más simple, sólo la forja arcaica del siglo XIV y XV, que él propugna y exalta, y hacia la que retorna ahora por su simplicidad.

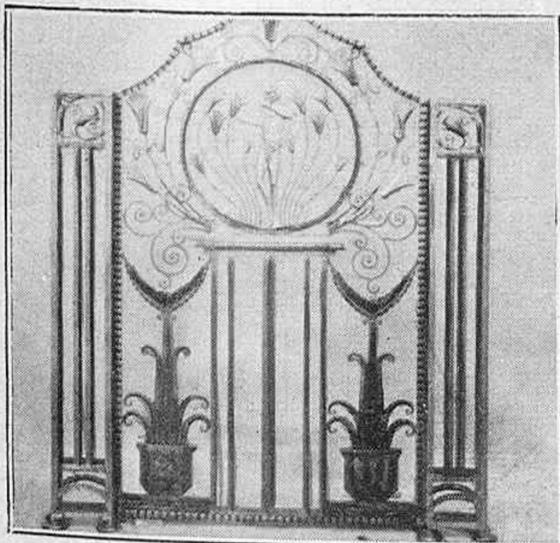
Pablo Remacha, con sólida base de dibujante, con una sensibilidad cultivada, con un dominio del oficio ya de antiguo, es un temible competidor para todos esos repujadores alfeñicados, de bellas cosas cinceladas en chapas. (Porque sabe manejar el hierro como pocos y porque en él se da, á un tiempo, el arte y el oficio...) Su obra de hoy no es una promesa alentadora. Es una realidad revelada de súbito... Estamos, indudablemente, ante un artista de positivo porvenir.

E. ESTEVEZ-ORTEGA

(Fots. Cortés)



«Minerva», por Pablo Remacha



«El flautista», cancela de hierro forjado por Pablo Remacha



Meissen.—Vista general de la pintoresca ciudad sajona. Al fondo, el castillo de Alberto y la Catedral

EL MILENARIO DE MEISSEN

La iglesia de porcelana

MEISSEN, la ciudad alemana de la porcelana, cuya fama ha recorrido el mundo entero, celebra estos días el milenario de su fundación.

En el año 929, á la orilla del Elba, no lejos de Dresde, surge Meissen como un simple burgo. En un tiempo relativamente corto va agrupándose en torno suyo la ciudad de Meissen, cuyo nombre había de hacer famoso la porcelana fabricada en lo que antes se llamaba la Real Manufactura, y hoy Manufactura del Estado.

El inventor de la porcelana, Johann Friedrich Bottger, fué llamado á Dresde por un príncipe de Sajonia, el cual le encerró en la fortaleza de Königstein para que fabricara oro. Bottger empleó para sus experimentos la tierra de diamante sajona. Oro no consiguió hacer, como es natural; pero la casualidad le reveló el secreto de la fabricación de la porcelana. Meissen ve surgir en ella la prime-

ra fábrica de porcelana de Europa, y en Meissen llega su fabricación á la más alta perfección técnica y artística. Las dos espadas cruzadas, el célebre signo de la porcelana de Meissen, es tenido por todas partes en gran honor.

Con motivo de las fiestas del milenario, ha querido disponer Meissen la iglesia de San Nicolás, construída hacia el año de 980, para que se conmemoren en ella los muertos de la guerra mundial. La decoración interior, el altar, las puertas, las estatuas, las lápidas, son de la más fina porcelana de Meissen, ejecutada según el proyecto del profesor E. P. Borner. El tiempo empleado para la ornamentación interior del templo con porcelana duró unos ocho años. Meissen se ha procurado con ello algo único en el mundo y digno de admirarse. El milenario de la ciudad sajona encontrará por todas partes, en las esferas cultas, un eco simpático.



Aspecto interior de la Iglesia de San Nicolás, decorada con porcelana; templo cuyo culto, en la actualidad, está dedicado á la memoria de los soldados alemanes muertos en la Gran Guerra (Fots. Transocean)



«Fantasía veneciana»

EL ENCANTO DE LAS CANCELAS

ENTRE el zaguán, pieza de la casa abierta al paso de la calle, y el patio, que es la luz y la alegría, se interpone la afiligranada decoración de la cancela.

Ninguna otra reja de la casa tan fina, tan delicada y tan sutil, y al propio tiempo tan fuerte y de mayor reciedumbre. Fórmanla barras de hierro entrelazadas y adornos como de encaje. Y toda ella parece una cortina con sutilezas de malla de un bordado ideal.

Nadie diría que la más débil mano no pudiera descorrerla á su antojo, ni plegarla á su placer, como se recorren y se plegan los más flexibles estores.

Mas ella es como una fortaleza inexpugnable.

Bien seguro está el morador de la casa de que nadie podrá traspasar los límites de la cancela mientras que él no ordene el paso franco abriendo el seguro pestillo.

Mas, á través de sus maravillas de calados, el visitante puede á su gusto vislumbrar el misterio del patio inundado de claridades y gozar de su desbordante y acariciadora alegría, como á través de los luminosos cristales de un camarín puede admirar la imagen venerada.

Atenta la vista al interior, podrá gozar de sus esplendores y de sus encantos; de la brillantez de sus luces cernidas bajo el toldo que preserva al patio de los rigores del sol canicular, ó de la montera de cristales que lo pone á salvo de las lluvias y de los vientos fríos del invierno.

Y atento el oído, disfrutará de las músicas que armonizan y componen el surtidor de la fuente cantarina—voz susurradora de la casa—; los arpegios de los canarios prisioneros en sus doradas cárceles; las coplas de las domésticas que hacen las faenas cantando, y el dulce char-

lar de los niños, tan musical como los trinos de los pájaros y el murmullo de las fuentes de aguas cristalinas.

Pero la cancela se interpone entre nosotros y el patio como un valladar infranqueable, aun siendo tan delicada y tan sutil.

Para los novios que en ella *pelan la pava* ar-

diendo en amor, tiene la cancela la fortaleza de una muralla defensora.

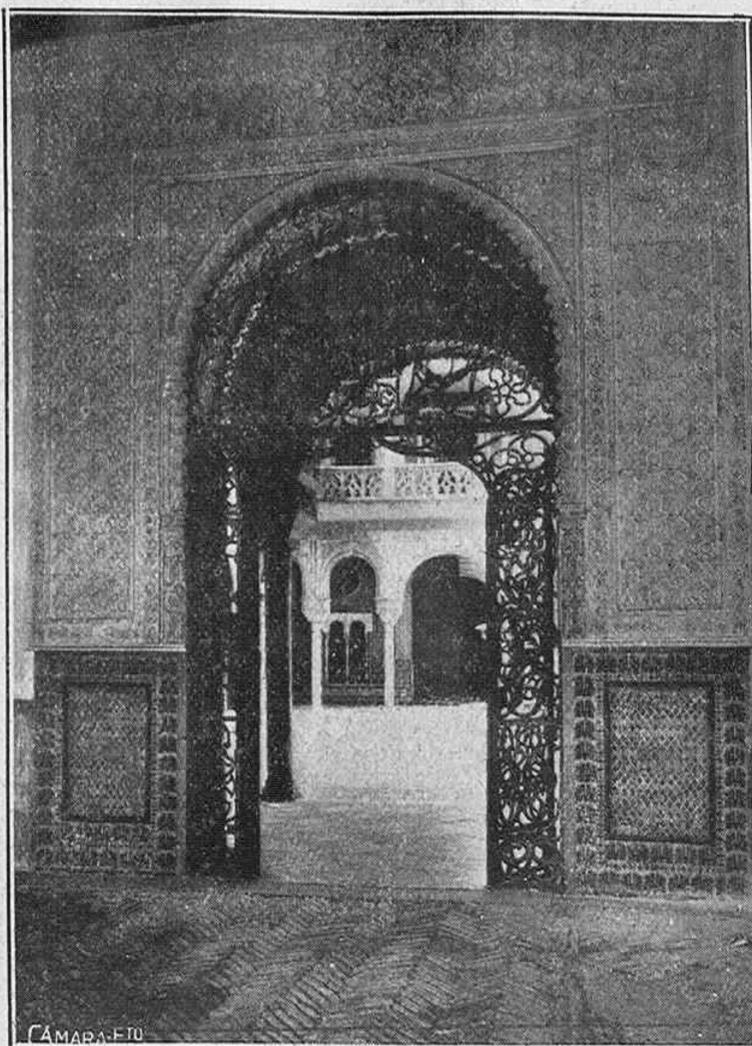
Entre los peregrinos enrejados de la cancela, las palabras apasionadas y las endechas amorosas vuelan en las alas de los suspiros, como los aromas embriagadores de los claveles se entremezclan en el aire ledo, que juega á quebrarse en las rejas de la misteriosa ventana.

Y el amor pone batallas entre los corazones de los enamorados, en la breve distancia que los separa, que es para sus deseos como una Tierra Prometida.

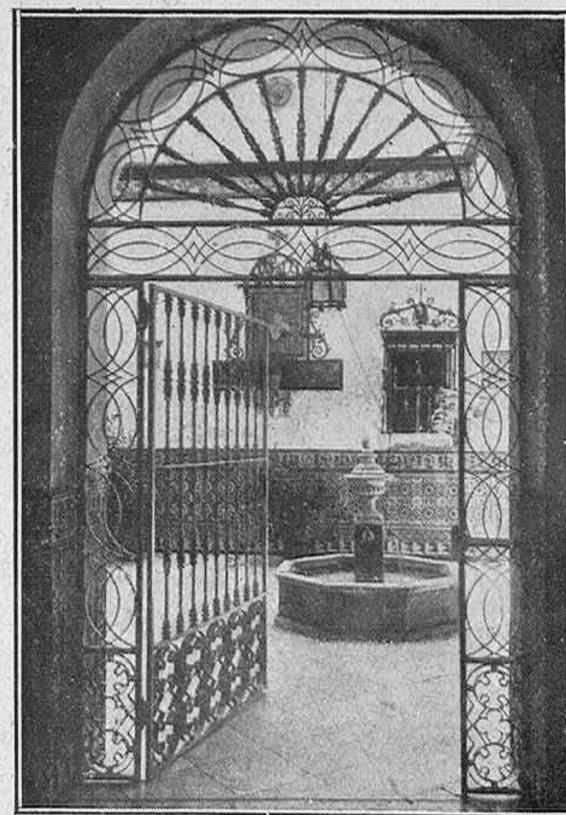
¡Oh, el encanto maravilloso de la cancela, igual que una primorosa blonda que recata el misterio de un sagrario de amor!

En ella, como se enredan en las ventanas los jazmineros floridos y los rosales con rosas como corazones, se enredan los pensamientos de los enamorados—llamas vivas de sus ilusiones—y se encienden los celos como las candelitas de la noche de San Juan en las breves ramas de las jaras aromosas y en los troncos de los tomillos perfumados.

Y los deliquios y los desfallecimientos, que son dulzura y ternezas del querer, ante la cancela son como ofrendas que hace el Amor frente á un ara sagrada.



Cancela de la casa de Pilatos



Cancela de la casa donde vivió el novelista Muñoz y Pabón



Cancela de la casa de la Viuda de Concha y Sierra

Seguridad para los enamorados estas rejas claras de las cancelas. Las luces que las doran y las hacen resplandecer evitan toda ocasión de pecado, y así, los amores, aunque siempre ansiosos de deseos, se conservan más limpios y puros.

No así en la ventana que envuelve la sombra en el infierno acuciador de la noche. No de igual manera en la ventana que se recata entre el tupido ramaje de la madre selva y de las campanillas, con la sola luz de las apasionadas miradas de los novios.

¡Cuán ruda en ella la batalla de Amor! ¡Cuán ciertos los dardos y cuán hondas y graves las heridas!

En la cancela la lucha es sin peligros. No hay, pues, temor de que las heridas del Amor maten, porque la luz pone largura en la distancia y el dardo sólo hiere como una caricia.

La cancela, para el Amor tranquilo y honesto.

J. MUÑOZ SAN ROMAN

CÓMO
SE
EXPRESA
LA
EMOCION



Un gesto muy expresivo de la famosa actriz rusa Paalanova

CARMEN de Pinillos, la inteligentísima informadora cinematográfica, ha hecho, hablando con las *estrellas* más destacadas de un estudio norteamericano, una interesante encuesta buscando la solución de un problema de arte escénico que puede formularse así: ¿Consiste la habilidad del actor en sentir ó en fingir las emociones que intenta representar?

En Madrid, un distinguido profesor de Psicología, hizo, hace algunos años, su tesis doctoral sobre este mismo tema, sin limitarse á interrogar á los actores, sino, por el contrario, apelando á los recursos más finos y objetivos de la Psicología experimental.

En aquella tesis hay observaciones interesantísimas acerca de cómo se traducen en el organismo del actor—sin que él tenga conciencia de ello muchas veces, y, por tanto, sustrayéndose á los medios de conocer de la vieja psicología hecha toda de autoinspección—las emociones

fingidas en la escena. Enrique Borrás fué, si no recordamos mal, uno de los actores estudiados con más intensidad y con mayor eficacia.

Carmen de Pinillos, muy hábil informadora, pero menos versada, indudablemente, en técnicas científicas, ha limitado su investigación á los interrogatorios; pero con ellos ha obtenido respuestas que merecen ser conocidas.

Uno de los cineastas más famosos por sus caracterizaciones, hasta el punto de haber merecido el apodo de *Hombre de las mil caras*, Lon Chaney, «La capacidad de experimentar angustia ó alegría no es suficiente—ha dicho—. Es necesario conocer íntima, analíticamente, esas emociones. El conocimiento intelectual de la emoción es mucho más valioso que el sentimiento pasajero de la misma.»

Joan Crawford, genial intérprete de *Hamlet* en la pantalla, por el contrario, es mucho más emotivo que intelectual. Las emociones de sus

personajes las siente como propias; su poderosa imaginación se las hace experimentar como suyas propias, y hasta tal punto, que á veces necesita horas enteras para recobrarle después de alguna escena intensamente patética.

Lillian Gish siente como Joan Crawford; pero después de haber analizado intelectualmente, como Lon Chaney, sus personajes en las respectivas acciones dramáticas, «No es posible—afirma—identificarse con una figura escénica sin darse cuenta exacta del proceso mental de ellas que ha de ser representado.» Y añade: «El conocimiento íntimo de cada tipo requiere muchas horas de estudio y de meditación.» Hasta tal punto practica Lillian esta teoría que, pensando, sin duda, que no hay modo de conocer un alma sin dominar su medio habitual de expresión, ha aprendido—á medida que lo ha necesitado, para representar heroínas francesas ó italianas—el idioma de Racine y el de Dante.

Esa probidad artística, tan digna de encomio, es origen y explicación de muchos éxitos excelentes. Aun cuando sea primariamente intelectual un actor, es evidente que conociendo analíticamente un personaje podrá comprender mejor su modo de sentir y expresar mejor sus sentimientos y sus emociones.

Ese estudio es el que ha llevado á Emil Jennings á sus maravillosas caracterizaciones en que el actor desaparece totalmente para que surja el personaje fisonómicamente tal como ha de ser para que su rostro corresponda al espíritu que la figura ha de tener para que sea lógica la acción dramática.

Emil Jennings no ha sido consultado al hacer la encuesta; pero su opinión puede ser fácilmente deducida de su labor.

La opinión de Ramón Novarro merece ser conocida textualmente. Confirma los juicios de Lon Chaney y de Lillian con estas frases:

«Podemos atribuir determinado motivo á determinada acción—dice—, y ello se ajustará á la índole de ciertos individuos, pero no á todo el mundo, indudablemente. Si alguien da, pongamos por caso, un empujón á su vecino, es posible que éste se deje arrebatar de la cólera hasta el



Joan Crawford en una interpretación de «Hamlet»

Un gesto trágico de Gary Cooper

punto de sentir deseos de estrangular al agresor; mas idéntico ultraje no sería motivo suficiente para inducir al asesinato á persona de temperamento más tranquilo. Cierta jefe de policía me declaró una vez que él jamás consideraba circunstancia alguna motivo suficiente

CÁMARA-FIU



Una de las admirables caracterizaciones de Emil Jannings

para un crimen, antes de haber estudiado la psicología del acusado, para discernir aquello que, de acuerdo con su índole, pudiese determinar el crimen.

«Sucede igual con los personajes de la pantalla. Lo que puede hacer sollozar y retorcerse las manos de desesperación á determinado individuo, arrancará tal vez simplemente una expresión de angustia á persona de distinto temperamento. Mostrar sencillamente «angustia» no se adaptaría probablemente á ambos sujetos. He ahí lo que uno necesita descubrir ante todo: el grado de angustia ó de alegría que es capaz de experimentar el personaje interpretado, y luego será tiempo de ensayar aquella emoción y expresarla en la pantalla.

«Por eso es que no puede uno lanzarse á interpretar cualquier personaje sin usar el cerebro como una especie de timón.»

Alice Terry comparte este criterio, declarando que es una de las primeras cosas en que insiste Rex Ingram, su director. «Un estudio intenso nos hace descubrir el carácter del personaje—dice—, y luego el resto se adquiere fácilmente.»

Para adquirirlo hay que contar con los efectos de la gimnasia funcional de los músculos del rostro: sin una educación constante de esos elementos indispensables de la función expresiva, no es posible en ningún caso una expresión adecuada. Lew Cedy lo hizo constar al ser interrogada por Carmen de Pinillos: «El ejercicio constante—afirmó—hace que el rostro del



Un gesto muy expresivo de Emil Jannings

actor sea muy sensible á las emociones, dándole la facultad de reflejarlas casi inconscientemente. Por eso—añadió—los actores son malísimos jugadores de *poker*...: no pueden evitar que su rostro refleje sus impresiones. Las emociones creadas en el cerebro se reflejan inmediatamente en la fisonomía.»

Estas observaciones se refieren más bien al medio de expresión que á la expresión misma; pero en el fondo dejan entrever que, en opinión de Lew Cedy, el actor siente, á lo menos, mientras la expresa y aunque crea hacerlo por función puramente intelectual, la emoción que el autor quiso poner en el personaje.

Esa emoción sentida por el comediante puede, y forzosamente ha de ser, efímera. El estudio de la psicología de Borrás, á que antes aludí, inducía al espíritu á la misma conclusión.

¿Quiere ella decir que los actores no deben estudiar más que la letra de sus papeles? Evidentemente, no; y en ese punto, la opinión de Ramón Navarro parece arrancada de un libro de psicología moderna: de psicología del comportamiento; las reacciones psicológicas á un mismo excitante se dan de modos diversos, según las condiciones individuales del sujeto; sólo conociendo muy bien esas condiciones, mediante un análisis muy apurado, puede llegarse á representar fielmente el personaje que imaginó el autor.

S. H.



Campamento en Hauta el Kasdir, puerto de 1.600 metros de altitud, situado entre los montes Lech-Lab y Guines. Es el lugar más pintoresco de la región de Gomara

DE LA ZONA DE PROTECTORADO ESPAÑOL

TOPOGRAFIA DE MARRUECOS

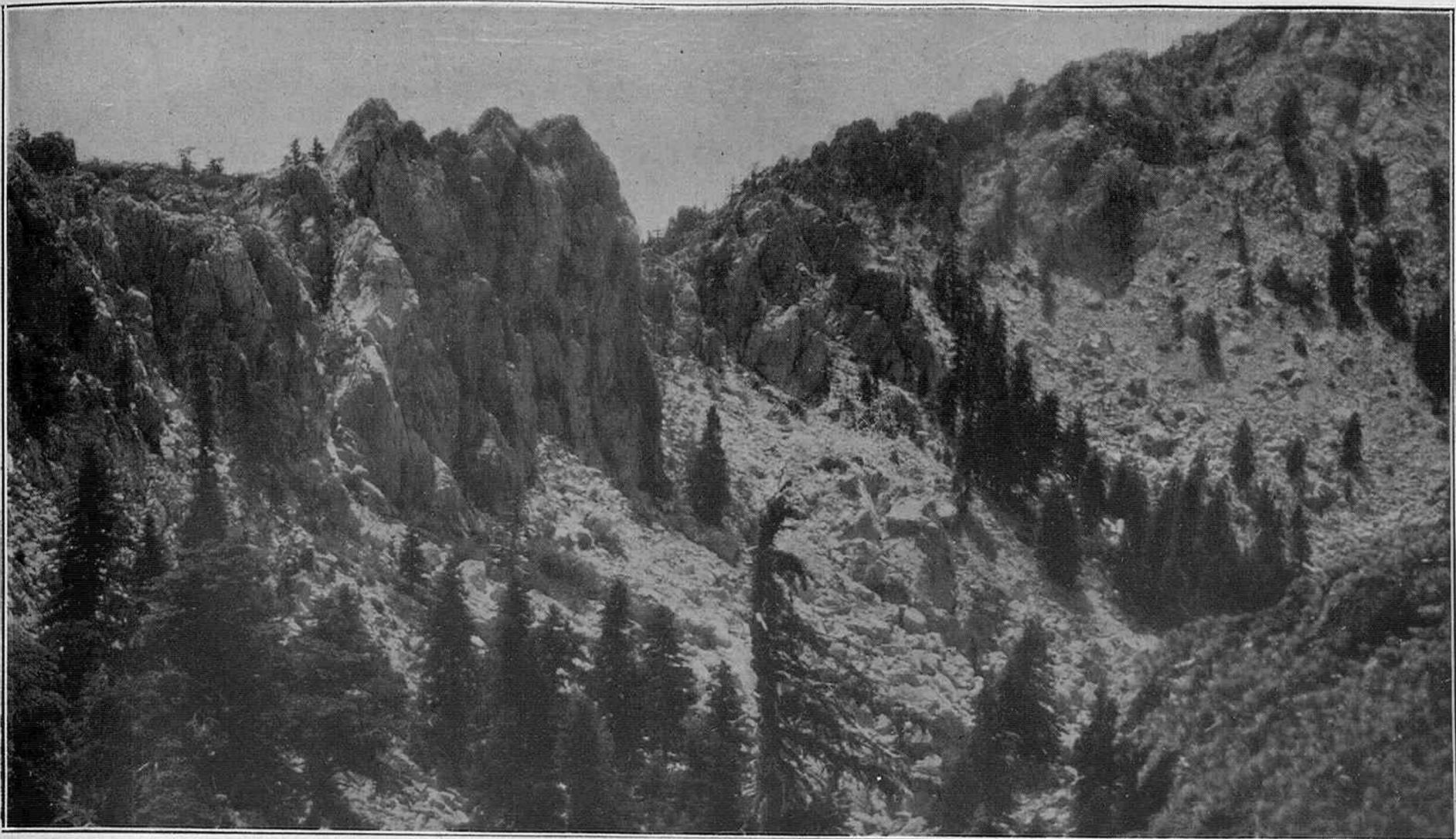
Ocupado el terreno por el enemigo hasta el verano de 1927, no pudo ser recorrido para levantar un plano de conjunto de nuestra Zona de Protectorado, y sólo se obtuvieron, y ello á costa de grandes peligros y penalidades,

planos parciales de las regiones ya dominadas (antiguas zonas de Melilla, Larache, Tetuán y sector de Alhucemas). Era necesario unir estos trabajos parciales, ponerlos al día, porque se habían construido sobre los terrenos que abarca-

ban nuevas líneas de comunicación y levantar el plano del resto del Territorio con rapidez y exactitud. Esta obra inicial de la colonización se está llevando á cabo por personal de Estado Mayor del Depósito Geográfico del Ejército, cuya Co-



Hauta el Kasdir.—Un detalle del puerto



Monte Tisuka, de más de dos mil metros de altitud, en cuyas laderas se asienta Xauen

misión Geográfica de Marruecos, dentro del mismo año de 1929, hizo un croquis de conjunto en escala 1 : 20.000, publicado por el referido Depósito en fin de Septiembre del citado año. A partir de ese momento, la Comisión Geográfica,

aparte de otros numerosos trabajos, dedica su principal actividad al levantamiento de un mapa en mayor escala, donde figuran los detalles suficientes para el desarrollo de la labor protectora. Las partidas rebeldes que señalaban su paso

sembrando la desolación y la miseria han sido sustituidas por otras, compuestas de un puñado de hombres que con su trabajo siembran la paz y el bienestar preparando la explotación de los recursos del país.

Para los efectos de trabajo y publicación se ha dividido la zona en veinte hojas, subdivididas á su vez en octavos; los originales se dibujan en escala 1 : 20.000 y por reducción fotográfica se hace la tirada en 1 : 50.000 por el Depósito Geográfico. Hasta la fecha se han publicado 65 octavos, entre los cuales figura toda la costa desde Cabo de Agua hasta Larache.

Esta labor, callada, pero continua y penosa, obliga á recorrer todo el terreno que fué baluarte de la rebeldía, y que, por su aspereza, sólo reúne condiciones para ser morada de monos, únicos habitantes de las sierras del Haus, Beni Hozmar, Beni Hasan y Beni Syel. A esta última pertenecen las fotografías, que ilustran el texto, y por las que el lector puede formarse idea de lo pintoresco de sus paisajes que la nieve cubre durante gran parte del año. Esta sierra, rodeada de frondosos y corpulentos abetos, encierra gran riqueza minera y de saltos de agua, y ha sido desconocida por los europeos hasta hace muy poco tiempo.



Puerto Tixi-Marach, por donde pasa el camino que desde la oficina de Intervención de Beni Syel conduce a la explotación minera (Fots. Pérez Glück)

ACABA DE PUBLICARSE

«EL MOMENTO DE ESPAÑA»

(ENSAYOS DE SOCIOLOGÍA POLÍTICA)

Quintiliano Saldaña, el doctísimo penalista, profesor de la Central, ha publicado una nueva serie de ensayos. De uno de ellos, «Las regiones», reproducimos á continuación dos estudios distintos.

Alma Castilla

I.—EL PAISAJE

(Tierra de Campos.)

ARRIBA, un inmenso esmalte azul bruñido;—abajo, la haz seca de la estepa, que el viento—arrasa y endurece, como un piñón lento:—paisaje sin paisaje del mundo en que he nacido.—De la tierra árida la parda calva siento,—cuyo gigante abdomen, por aire y sol curtido,—ya rasga con la uña del arado torcido,—para beber su sangre el labrador sediento.

Es Abril. La bóveda de mi capilla orante—es manto azul de raso, que prende un sol diamante,—y el suelo tapiz verde que se hunde á mis pies.—El vampiro insaciable araña en el barbecho;—la tierra se estremece, como madre en su lecho;—y el poeta ora, consagrando la mies.

II.—LOS HOMBRES

(El pasado, que sobrevive.)

Porque es su cielo más bello que la tierra, fué Castilla plantel de místicos. Suspendido entre dos imanes, el hombre espera de Dios lo que no le da Naturaleza (ó él no supo sacarla). El padre se petrificó mirando al cielo, en espera de lluvia; nacen los hijos con el tropismo de lo sobrenatural.

Por San Antonio, de cara á la sequía, promuévense rogativas en todos los pueblos. Abriendo el paso á la angustiada procesión, van los niños cantando. Ingenuas letrillas canturrean los párvulos; himnos religiosos entona la mocería y corean los viejos el estribillo—todos juntos, al obscurecer, de vuelta del monte que van talando.

Sigue su paso lento y cadenciosa marcha la procesión; ahora, por las afueras del pueblo, todo á lo largo del calvario, hasta el humilladero. Ya pasa la rogativa—pero cuidadosa—por el puente á medio derruir; que fué valiente la riada este invierno. Aún viene crecido el Duero, por abundancia de sus afluentes. Y bajo los pies descalzos de las piadosas mujeres, atribuladas por la sequía, corre el formidable brazo de agua—presurosa, como hembra estéril—á perderse en el infinito del mar.

Mas heles aquí los del año pasado; esos diablos de hombres, que entran por la carretera en un auto, sin detenerse ante la procesión.

Son los ingenieros. Hablan de no sé qué canalización, y de un pantano, en la sierra; todo enredos, y á la postre embustes. Por lo pronto, ya quieren echar abajo la huerta del señor alcalde (que es una gloria), á la vera del río, con la excusa de ponerle derecho. Y el otro día mataron con el auto á un burro del alguacil.

No puede ser. No puede ser. El alcalde ya se adelantó, y dándole con la vara, le ha hecho al señor cura una seña. Detiéndose la procesión, y á punto está de disolverse. Porque la mocería delante, los chiquillos detrás, todos corren tras del auto de los ingenieros. Una piedra, bien flechada, ya dió en la carrocería. Luego otra y otras. Dos cristales cayeron. Habíanse apeado los ingenieros en la posada, y vuelven á montar. Apóstoles de la civilización, han sacudido sus brodequies del polvo de este pueblo castellano. Ahora, el auto huye veloz. Ya no se le ve. Una estela de polvo queda atrás, y, en la calma del aire, vase posando, blanco, sobre hombres y casas, impalpable sudario.

Prosigue su camino la rogativa.

Estos hombres piden un milagro, y á veces—arcano infinito—les escucha la Divinidad.

III.—LOS HÉROES

(Labriegos de Castilla.)

Las sombras de Bernardo del Carpio, del Cid, de Gonzalo de Córdoba, de D. Juan de Austria, vuelven á aparecerse en los lomos pardos, á horcadas sobre los montes; en prolongada proyección, á los rayos asoslados del espléndido sol topacio de Castilla. El alma castellana resurge de la gloria muerta; para conquistar, de nuevo, la Riqueza y el Talento—padres del Poder.

Los héroes de hoy no ciñen espada, como los de ayer, ni calzan coturno, ni visten brocado.



DON QUINTILIANO SALDAÑA
Ilustre profesor de la Universidad Central

on hombres sanos, fuertes, nobles; hijos del trabajo y de la fe cristiana; hermanos franciscanos de la tierra. Los héroes de hoy son labradores.

Castilla sangra, por los manantiales de sus hondonadas; gime en los ángulos de las torres, bajo los vientos áridos, que sacuden el rostro con el flagel invisible de sus alas; canta en las ingenuas tonadas de los gañanes; rie con las flores humildes, enharinadas á la orilla de los polvorientos caminos; ama en los corazones de los hombres que labran la tierra. El alma de Castilla no es fabril, ni comercial; Castilla es labradora. Entiende poco en achaques de magia industrial. No transforma. Sólo sabe engendrar y producir; porque es muy mujer, es muy madre.

Erguido sobre la potencia de sus tractores y máquinas agrícolas; antes, estudiándola, en la certidumbre de los análisis, y corrigiéndola con enmiendas y abonos químicos, disciplinándola bajo alternativas de cosechas, y fecundándola con riegos, el hombre domina la tierra. No con el pendón que ensombrece, no con la espada que mata, sino con la reja del arado que surca. Tal es el nuevo símbolo de Castilla.

Mas..., no llueve. El cielo es dura, pulida, superficie de acero. Inútiles: el progreso, con sus máquinas; la ciencia, con sus sales. El labriego, moderno héroe de Castilla, que en lucha desigual domó la tierra, ha de dominar ahora el cielo. Tal es la crisis del heroísmo castellano. Por ocho

siglos, el antepasado luchó, rudamente, y á la media luna venció. Tú lucharás, sabiamente, y vencerás á toda la luna. Aprenderás á echar á las nubes el lazo de la repoblación forestal, y á precipitar con detonaciones su tardío parto de lluvia, y á fijar el ázoe de la atmósfera, para fecundar el suelo, y á robarla su electricidad.

Es tu futuro símbolo, labriego héroe de Castilla: el hombre escalando el cielo, como nuevo Titán, para robar el fuego invisible y el agua que huye.

IV.—DESDOBLAMIENTO

(Dos Castillas.)

Hay en Castilla dos almas. Un alma vieja, que va quedando sola, fría, escuálida; que se agarra desesperada á la vida—pendiente sobre el abismo de la muerte. La otra es joven, vigorosa, cálida—que es la gran promesa de España—y brota al conjuro del destino, en el atrio de la Historia, como una columna de luz.

El alma vieja es la Rutina—mueca pedestre de la tradición—. Pasa la tropa de esqueletos montados en jumentos, y gritan al viandante, que camina atraído por la columna de luz:

—«Ven acá, infeliz. ¿Qué será de ti? El que nada contra la corriente, se ahoga. Te arrollarán, te pisarán. Desconfía de las novedades... Haz lo que tu padre, como lo hizo el abuelo.»

El alma nueva es la Cooperación—fórmula contemporánea del progreso—que junta las manos de todos, sobre la esteva común, para dar más profundidad al surco abierto; que une todas las inteligencias frente al interrogante universal, á fin de mejor resolver el problema de la vida (tanto como á la Rutina preocupa el de la muerte); que asocia el capital de unos al trabajo de otros, y la inteligencia al esfuerzo, para acometer grandes empresas: canales, pantanos, pozos artesianos, puentes, vías—nuevos trabajos de Hércules.

La Cooperación, que hace al hombre superior al hombre mismo: por la suma de esfuerzos, por la multiplicación de facultades, por la potenciación de los entusiasmos, por la transformación algebraica de los seres individuales en el ser social, orgánico y facultativo.

La grey amorfa y ciega de la Rutina pasó.

V.—BATALLA DE ESPÍRITUS

(Nueva guerra civil.)

Con el alma partida en dos, como por ajeno espíritu poseída, Castilla siente que en sus entrañas se traba lucha. Dos almas de Castilla—la vieja y la nueva—bátense denodadamente; la una, serena; la otra, con desesperación—como dos grandes genios de la Historia—. Así el Progreso y la Tradición prosiguen su duelo de siglos; ahora, con nuevos lemas en su cartel. Los dos convocan, los dos reclutan.

La Cooperación congrega y organiza á los hombres para conquistar la vía del porvenir, por unión libre—que es la fuerza—. La Rutina reúne para defender por la esclavitud gregal la fortaleza del pasado; amarrados á las cadenas de su tradición, uncidos como bestias al yugo de las costumbres.

Ahora, repítase la eterna contraposición. Aquélla le dice al labrador: —«Asóciate, y tendrás máquinas, y abonos, y semillas, y dinero, y crédito para cultivar á la moderna; ¡mira cómo produce la tierra!» Esta le grita: —«No te asocies; déjales á esos. Ya se desengañarán, porque van á la ruina. No arriesgues tu dinero, que más vale pájaro en mano que ciento volando; ni te empeñes, sacando dinero de la caja rural, que el in-

terés come á la mesa con el amo; ni pruebes nuevos abonos, que queman la tierra; ni compres máquinas, que son un sacacuartos. El que mucho ha de proyectar, mucho dinero ha de tener, y el hombre proyectista nunca tuvo que comer.»

Así el alma de Castilla sufre sacudida, dislocada, por esas dos fuerzas contrarias, que la agitan en angustiada vacilación; obligándola á caminar por un sendero en tinieblas, borrado por la nieve y abierto con sangre.

La ignorancia entenebrece el camino; la indiferencia ambiente hiela sobre él. La huella ensangrentada del esfuerzo, de los que ya pasaron, es su único guía.

VI.—UN SÍMBOLO

(Castilla, yacente).

Años hace, visitando mi pueblo natal—Saldaña—, vi algo que me sugirió. Un ángulo de la casa donde nació habíase venido á ruina. Para rehacerle, á falta de ladrillos, arrancaron una estatua yacente, de un sepulcro. Luego, habíala incrustado—en el ángulo arruinado del muro—puesta en pie.

Entonces pensé, al pronto, en mi estirpe, antes noble, hoy abatida; luego, con más amplia visión, en el país entero. Como la casa de mis antepasados, era Castilla. Grande y noble, un día; después de un sueño de tres siglos, sobre el mausoleo de sus muertas glorias, ahora despierta Castilla. Cantemos un *Magnificat*, de liturgia profana. En la Historia de España, es Domingo de Resurrección.

Hoy se abre la losa del sepulcro, y la estatua se yergue, y mira al Norte y al Oriente del porvenir—desde un ángulo de la casa solariega de la patria—. Pero todavía sus ojos de piedra no ven, y su cuerpo rígido de estatua no siente, ni su pie avanza. Allí la puso la codicia de las otras regiones, para soportar con el granito de su entereza el peso de los tributos—Atlante de España—. No suelta y libre, en el pináculo; como antes dominara, coronando el mundo, gobernando al mundo.

VII.—INVOCACIÓN

Castilla es monárquica. No acertaría á ser otra cosa, todavía. Su psicología simplicista no entiende en achaque de abstracciones, y sólo puede representarse el poder supremo en la figura corporal de un rey. He aquí lo que á un monarca serio—mejor si era grande—enviara en respetuoso mensaje Castilla:

Posad aquí la planta firmemente, que es vuestra Castilla, ¡ Señor!

Castilla, la de los campos pardos, que se extiende dócil, como piel de león, á los pies del trono. Vuestra leal Castilla, ¡ Señor!

La piedra angular del baluarte de la patria, casa solariega de las dinastías. La que, desangrándose en la batalla de los siglos, puso la mitad de nuestro escudo—castillos—con su piedra, y con su sangre—leones—la otra mitad. La que da soldados para vuestro ejército, y para el tesoro, oro.

Vuestra pobre y esforzada Castilla... ¡ Señor!

El fetichismo de la ciudad

I.—LA CIUDAD

Torna fugaz mi vida á los lugares donde me crié. Porque conviene saber que, si nací en villa, y villano soy, me recrié ciudadano, y no era chico el orgullo mío calzando la espuela de mi prestada ciudadanía. Es una vieja ciudad, en la que dejó sus gigantes—magníficos gigantes petrificados—la procesión de los siglos; por donde pasó, un día, el meridiano de la Historia de España.

A ella vuelvo, luego de una década, para colgar las evocaciones del ausente, como ex votos, sobre el paramento de su muralla. He aquí, bajo la corriente de mis impresiones, algún poso de reflexión.

II.—LA EMOCIÓN CIUDADANA

En el seísmo de la emoción, un buen sismógrafo de los corazones distinguiría (no el cardiógrafo de Marey), dos suertes de ondas. Unas, acaso lentas y amplias, de largo radio; otras, rápidas y estrechas. Así me represento, por modo gráfico, la emoción de las cosas y la más íntima emoción de las personas. Ante éstas, sentímonos atraídos ó rechazados vivamente: nosotros móviles, ellas céntricas. A las cosas prendemos, tor-

pes, para el uso ó la apropiación; ó ya las arrojamus, por desuso ó abandono—ó las transferimos—. Siempre, nosotros garra; ellas, presa. Así, nos atraen una ó contadas personas; apetece-mos muchas, infinitas cosas.

A una y á otra de esas emociones pertenece el *pathos de la ciudad*. Con la tromba de su población y vida plenas, la ciudad nos absorbe. En ella, sobre cada bella manufactura expuesta por el comercio, quisiera extenderse la zarpa de una ávida mano; ante cada magnífica mansión ó palacio, sofocamos todos el mismo cinconfeso, apropiativo deseo. La ciudad es gran despertador de afectos, y sabe mucho de avivar ansias. Nos fuerza á vivir más intensamente, y, en ella, aún conscientes de que nuestra lámpara se consume, anhelamos, cada día con más extremada vehemencia, arder y brillar.

Ahora, he aquí una ciudad que no sacude afecciones, ni atiza los adquisitivos apetitos ó deseos. Frente á cada uno de esos recortados transeúntes, yo estimaría tan horrendo crimen el odio, como pasión excesiva el amor. No me interesan. A la vista de esa suntuosa fábrica palacial, no comprendo qué de bueno haría yo de ella si me la donasen. Ya que—decididamente—



Portada del libro

no he de habitarla. Nada me apetece. Ni me siento invadido, ni movido. Diríame situado en la esfera de un sistema astral, de hombres y cosas, á cuyas morales leyes de gravitación estuviera, por encanto ó por milagro, sustraído.

III.—NO HAY EMOCIÓN

Las categorías suspendieron aquí su eminente, soberano dominio. Desde los relojes de campana, en las cuñas celestes de las torres góticas, tienden su vuelo invisible (de golpes lentos de ala de cóndor) las horas. Como tardas cigüeñas sobre el tejado, aletean las campanadas menores de los cuartos de hora. Mas, la vida del tiempo me da sensación de parálisis. Entro en un café y tomo una consumición. Son las once en punto. Salgo de allí, y estoy ahora en un acreditado comercio de dulces. Son, todavía, las once. Cumpló otro encargo, en una zapatería. Como soy único comprador, en todas partes me sirven presto. Allí, otro reloj de péndola marca las once.

No olvidaré la impresión de respeto admirativo ante la magnitud ciudadana, que recibí siendo adolescente, en mi descubrimiento de Valladolid. Desconocía Madrid y, para estudiar Derecho, llegué á la noble ciudad, por ferias. Singularmente, la calle de la Victoria me parecía difícil de vadear—tan amplia—, y el Ayuntamiento, imposible de escalar, por lo alto. Años después, de vuelta á Valladolid, una tarde solitaria y pol-

vorienta de Julio, me hube de avergonzar de mis emociones primeras. La calle de la Victoria (derrotada por imágenes europeas recientes) parecióme una mediocre vía, y el Ayuntamiento... le había escalado una genticilla.

Algo semejante me ocurre ahora. Cuanto á la grandeza de mi vieja ciudad nutricia, yo nunca me hice ilusiones. Eran, decididamente, estrechas en demasía sus calles, donde el empedrado medieval ofrece la maravilla del guijarro montado al aire. Pero, ¿y el ensanche? Esto—pensaba el niño, que yo era—ni en Madrid. Ahora, entrando en la ciudad, he sufrido una emoción acongojadora. El ensanche no desentona demasiado de la ciudad vieja, de las angosturas del abierto urbano museo (pueblo estrujado bajo la muralla, como entrañas de halcón dentro de una férrea mano). ¿Hay ley que prohíba dar anchura mayor á las vías nuevas de una ciudad de tercer orden? Sí, una ley psicológica: condicionado por repetidas sensaciones múltiples, sobre cerebro habitante en pequeña ciudad, está el sentido de la proporción, que repugna la magnitud fuera de dimensiones habituales.

Así, la urbana emoción no es un fenómeno definido, ni la ciudad un absoluto concepto. Es aquella reflejo psíquico, de naturaleza y magnitud absolutamente relativas. ¿Qué es la ciudad? ¿Qué la caracteriza? ¿Cuándo muere la villa, superada por la ciudad? Para quien llega, desconcertado, de la aldea nativa, de donde no salió, una modesta villa rinde emociones de ciudad.

Viajero de lejanas tierras, y devoto de las gigantes urbes, mi ciudad-nodriza no me produce ya la emoción ciudadana—ni aun disminuida—, igual que mi vieja nodriza no despertaría en mí ya, de seguro, la emoción sexual.

V.—LA SÍNTESIS CIUDADANA

Toda realidad es susceptible de una adecuada representación; en toda representación de la realidad cabe una expresión sintética, posible. Como todas las cosas, tiene su filosofía la ciudad—formación anatomobiológica del ser social urbano—. La síntesis ciudadana es á la manera de la síntesis química, orgánica. Cada interés moral ó material—creencias ó riquezas—vale como un elemento combinable. Así, el amoralismo burgués de la vieja idea democrática, combinado con la profesión generalizada del comercio, dan el tipo de *población israelita* (si bien no habite en ella un solo vecino de raza hebrea). La piedad cristiana, unida á la profesión religiosa y sacerdotal—regulares é irregulares, más irregulares que regulares—forman el tipo de *población levítica*. Luego, la física ciudadana explica raras emulsiones: la de esas dos poblaciones conviviendo.

VI.—NO HAY SÍNTESIS

Ante la espléndida catedral gótica, alzabase una magnífica fuente monumental. Tal era la síntesis histórica de la ciudad. Tuvo dos momentos de esplendor, real y posible: en la Edad Media, siendo corte; luego, reinando Carlos III, cuando una caricia del Estado quiso reanimarla. Esos dos monumentos próximos simbolizan dos momentos lejanos. Mas llega un concejal—de seguro comerciante—y manda derruir la fuente histórica, y en su lugar plantar unos jardines... «á la inglesa» (hoy abandonados, polvorientos, como parada de escobas de Municipio, presentando armas).

¿Qué resto de obra es esa pila de ladrillos toscos, en medio de la espléndida plaza de la Catedral? Es... un pozo artesiano. ¿Veremos allí pronto un lavadero de carbón? ¿Hallaremos en otro viaje una cantina? ¡Quién sabe! Es el progreso, interpretado por los mineros: nuevos conquistadores que descendieron de la montaña.

Hemos llegado á la última instancia, la instancia metafísica. Esta población fué condenada dos veces por uso indebido de título de ciudad. Verdad que fué corte; mas, también los nobles pueden perder su grandeza. La sentencia es dura, pero justa. Ilusiones de la adolescencia: ni dilecta ciudad, bajo el análisis, no da la emoción ciudadana; no cuadra á las normas que la reflexión sobre toda ciudad teje; no combinan sus elementos en una síntesis de ciudad.

QUINTILIANO SALDAÑA

ESPAÑA MONUMENTAL



Una puerta toledana

(Fot. Sanz de Ancois)

Elegancias



Vestido de «crêpe marocain», color «beige», con la falda plisada



Vestido de «crêpe marocain» negro, con el cuello en «georgette»



Vestido de encaje «beige» con el talle alto (Modelo Paquin.—Fot. Manuel Frères)

LA moda ofrece este otoño algunas novedades en los sombreros. No obstante, el fieltro seguirá triunfando con los mismos honores de hace varias temporadas.

Vuelve ahora á ponerse de moda el terciopelo, el cual se emplea en combinación con el fieltro y solo, principalmente en los modelos de grandes proporciones. De éstos hemos visto algunos muy lindos; pero la nota más nueva la dan los sombreros pe-

queños, que este año son muy caídos de detrás, formando grandes plegados en la nuca.

Como en las anteriores temporadas, se emplean pocos adornos, quedando limitados éstos á algún capricho de joyería.



Fany Ward, la encantadora artista de la pantalla, consagrada en el film *Forfaiture*, ha veraneado este año en Deauville.

Los que la han visto

dicen que parecía más joven y más bella que nunca.

Y, no obstante, Fany Ward ya ha pasado de los cincuenta años; ella misma no lo niega.

Pero, viéndola, ¿cómo creer que esta adorable mujercita ha traspasado los límites de la segunda juventud? No representa más que treinta años, á lo sumo, por lo que los ingleses la denominan *The eternal flapper* (eterna juventud). Lo mismo da verla en la pantalla que en la playa desafiando la luz agresiva del sol: siempre da la misma sensación maravillosa de juventud y lozanía.

En el siglo XVII fué Ninón de Lenclos la que asombró al mundo con su juventud inextinguible, hasta el punto de ser amada á los noventa años.

Fany Ward tiene aún un margen de años para llegar á tanto; pero lo evidente es que su belleza inspira aún hon-



Toca de paja negra guarnecida de cinta de seda
(Modelo Helene Corbett.—Fot. Hugelmann)

das pasiones, mientras que otras mujeres, con sus años, no pueden hacer ya otra cosa que cuidar de sus nietecitos.



Un profesor de Viena, Carlos Seidel, ha descubierto un método que permite, por medio de las ondas radiotelefónicas, conservar la leche durante dos ó tres semanas en perfecto estado.

El método de Seidel es sencillo. Se coloca el líquido en una vasija de boca ancha, rodeada de hilos de alambre, por los cuales se hacen pasar ondas cortas de mucha potencia.

Estas ondas destruyen todos los gérmenes que pudieran cortar la leche y malograrla.

El descubrimiento es de una gran importancia, y ya se están haciendo ensayos en algunos hospitales y sanatorios vieneses.

ANGELITA NARDI



Vestido de «crêpe marocain»
verde almendra

Vestido de crespón de China
estampado



Vestido de lanilla inglesa
con chaleco de crespón

Vestido de «crêpe marocain»
con blusa de seda

LA CASA MODERNA DE UN MODISTO

En Barquillo, 8 duplicado, acaba de inaugurar su Casa el afamado modisto Tachín. Gusto, elegancia, *chic* refinado es el distintivo de este artista de la costura, que se puede apreciar en seguida, tanto en la instalación de sus salones, de un gusto muy moderno, sin extravagancias, como en la maravillosa colección que presenta de vestidos, abrigos, pieles, sombreros, á



cuál más seductor, con ese sello especial de distinción que pone en todas sus creaciones, y que le han hecho famoso

Por sus salones está desfilando el todo Madrid elegante, y auguramos al gran artista Tachín un éxito magno; felicitándonos al mismo tiempo de poseer en esta capital un nuevo templo de la moda, comparable á los más famosos de París.



Tres lindos modelos de la Casa Tachín, Barquillo, 8, Madrid
(Fots. Cortés)

BODAS RECIENTES, EN MADRID



Enlace de la señorita Adelaida Ríos Torres-Marv con D. Ernesto La Porte Sáenz, ingeniero de la Compañía del Norte. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia del Convento de los RR. PP. Carmelitas, de Madrid. Apadrinaron a los contrayentes doña Genciana Saenz de La Porte, madre del novio, y el general Marv, to de la novia. Fueron testigos: el distinguido ingeniero agrono D. José María de Escoriaza, en representación de su padre político el Excmo. Sr. D. Felix Boix, administrador-director de la Compañía del Norte, y los tíos del novio D. Enrique La Porte y D. Carlos Ann, (Fot. Díaz Casariego)

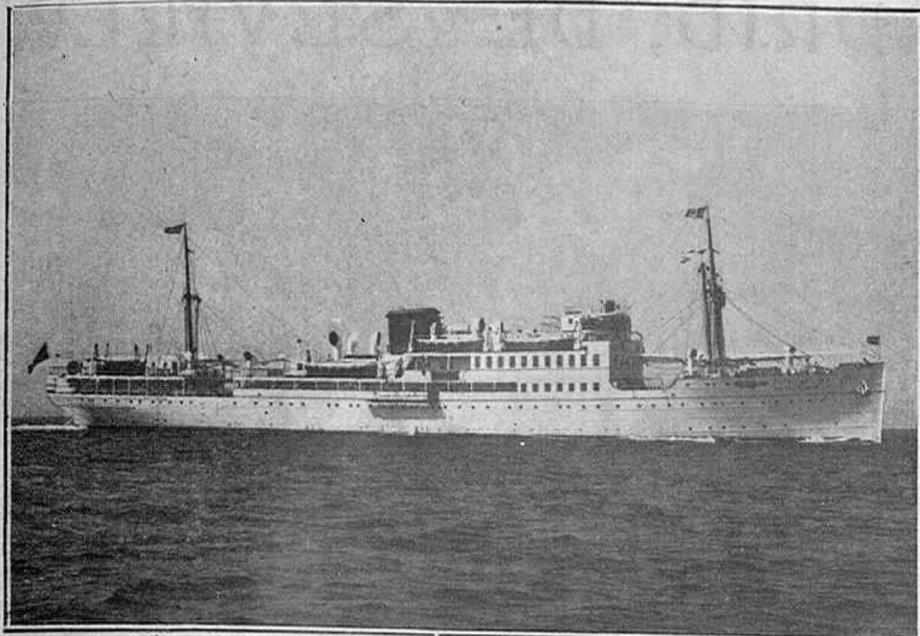


Enlace de la señorita Angeles Verdugo Navarrete, hija de nuestro querido compañero, el ilustre pintor Ricardo Verdugo Landi, con D. Ricardo Schmelz, director de la Agencia «Hermes». Tuvo lugar este casamiento en la iglesia de San José. Apadrinaron a los contrayentes los tíos de la novia, doña Encarnación Lorenzo de Verdugo y D. Francisco Verdugo, director de «Nuevo Mundo» y LA ESFERA, y fueron testigos: el señor fiscal del Tribunal Supremo, D. José Oppelt; D. Mariano Zavala, gerente de Prensa Gráfica; D. Tomás García Lara, administrador-delegado; D. José Campa, director de «Mundo Gráfico»; el Dr. Pulido Martín; D. Francisco Toledo, y D. Angel Gil (Fot. Díaz Casariego)

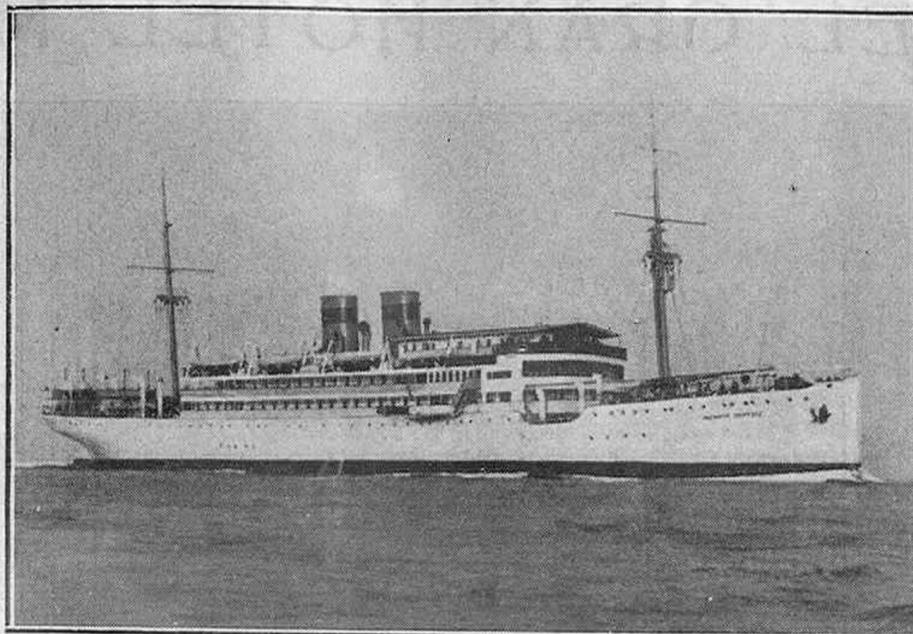


Enlace de la señorita Aurora Gutiérrez Goscascocoechea con D. Ricardo Urgoiti Somovilla, ingeniero director de «Unión Radio». Se celebró esta boda en la iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Apadrinaron a los contrayentes la madre de la novia, doña Aurora Goscascocoechea de Acha, y el padre del novio, nuestro querido amigo, el ilustre fundador de «El Sol» y «La Voz», D. Nicolás María de Urgoiti (Fot. Cortés)

La magnífica flota mercante española y la patriótica labor de la Compañía Trasmediterránea



La nueva motonave «Infante Don Jaime», de 5.000 toneladas, destinada al servicio de Palma-Barcelona; este barco fué inaugurado por el Infante don Jaime durante su reciente viaje á Baleares



Motonave «Infanta Beatriz», de 6.500 toneladas, que efectúa sus servicios en la línea Barcelona-Cádiz-Canarias. Su velocidad media es de 17 millas por hora, y sus instalaciones un verdadero alarde de lujo y confort

ESPAÑA, que, sin duda, encamina sus pasos hacia una era de notorio progreso, quiere despertar ahora del letargo de inhabilidad en que ha vivido durante el transcurso de años y años, llenos de la más completa esterilidad turística, verdadero emporio de riqueza de nuestro privilegiado suelo, para manifestarse hoy en un período de actividad completa en todos los órdenes, y entre ellos llama nuestra atención el fomento que va tomando el turismo.

Hoy cuenta España con carreteras magníficas, con hoteles de primer orden y con la patriótica y acertada colaboración de la Compañía Trasmediterránea, concesionaria de los servicios marítimos con Canarias, Baleares y Marruecos. El esfuerzo considerable que viene realizando esta Compañía es un verdadero orgullo para la navegación española; lo demuestra su espléndida flota, que se compone de los siguientes barcos de pasaje y carga:

Rey Jaime I, Mallorca, Rey Jaime II, Mahón, Jorge Juan, Balear, Ciudad de Palma, José Calafat, Bellver, Tintoré, Ciudadela, Cabrera, Monte Toror, Isla Gran Canaria, Isla Tenerife, Escolano, Roméu, Isla de Menorca, Hespérides, Reina Victoria, A. Lázaro, Capitán Segarra, Sagunto, Manuel Espeltu, Mediterráneo, Villarreal, Lulio, Isleño, Vicente La Roda, General Silvestre, Teide, Alhambra, Aragón, Andalucía, Española-

to, Generalife, J. Maragall, J. Verdaguier, Marqués del Turia, Navarra, Santander, Torras y Bages, Canalejas, S. Giner, Tambre, Cullera, A. Cola, Játiva, Peris Valero, Río Manzanares, Río Cabriel, Río Tajo, Río Segre, Río Navia, Río Besos, Poeta Avolas, Tordera, Río Miño, Florinda, Atlante, V. Puchol, J. J. Sister, Delfín, General Sanjurjo, Miguel Primo de Rivera, Infanta Beatriz, Infanta Cristina é Infante Don Jaime.

Cuenta, además, con los remolcadores *Tarrafco, Canarias y Delfín*, la draga *Amparo* y el pontón carbonero *Grao*.

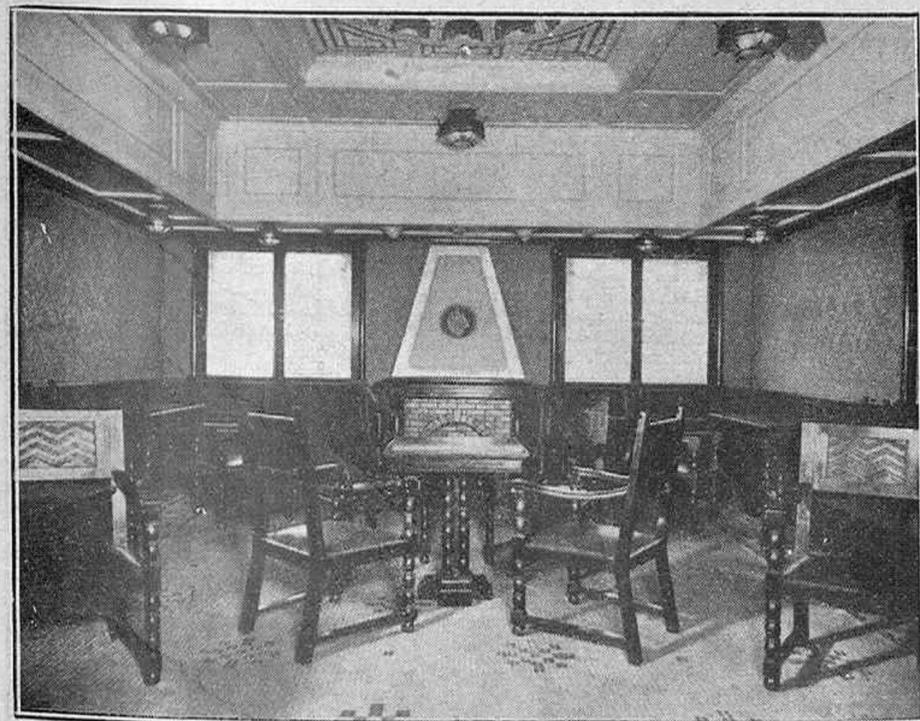
En astilleros, muy adelantados, tiene las motonaves *General Jordana* y *General Berenguer*, que se construyen en Cádiz; *Infante Don Gonzalo é Infante Don Juan*, que se terminan en Valencia, y el *Príncipe Alfonso* (idéntico al *Beatriz*), que se construye en Trieste.

No hace mucho que mejoró las rutas de Marruecos con los confortables y rápidos barcos *General Sanjurjo* y *Miguel Primo de Rivera*, y á su vez incorporó al servicio de la línea de Canarias el *Plus Ultra*, verdadera joya de arquitectura naval, y á continuación las magníficas motonaves *Infanta Beatriz é Infanta Cristina*, con un desplazamiento de 6.500 toneladas y una velocidad media de 17 millas por hora. El lujo y confort que posee esta modernísima flota en na-

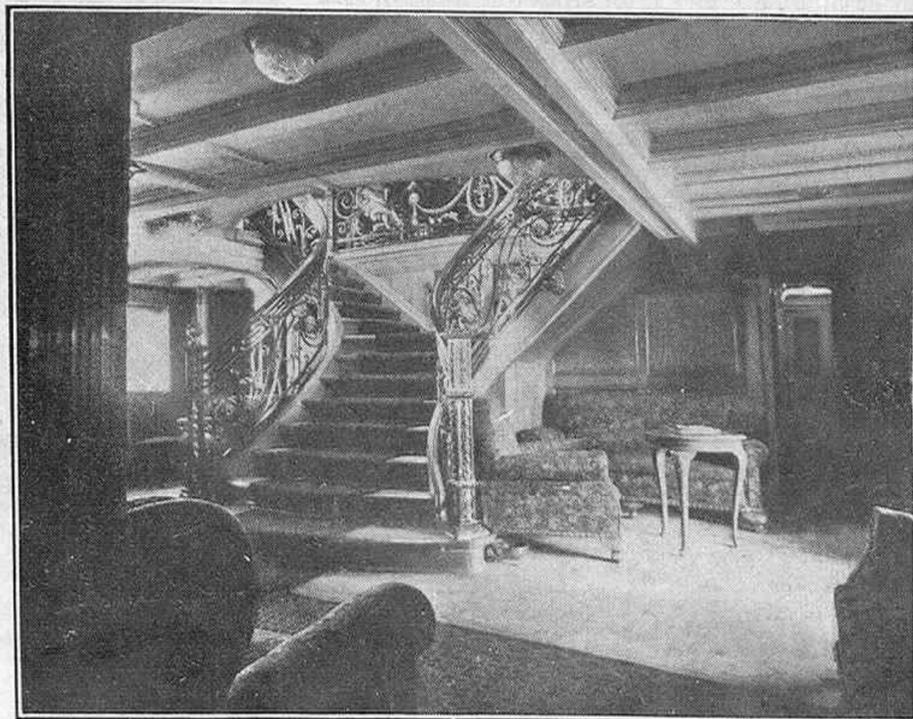
da tiene que envidiar á los grandes trasatlánticos. Y recientemente, con ocasión de conmemorarse el VII Centenario de la Reconquista de Mallorca ha inaugurado el servicio Barcelona-Palma, albergando al Infante Don Jaime, que visitó la «Isla Dorada», la hermosa motonave que lleva su nombre, majestuoso buque que es un verdadero alarde de perfección y buen gusto de la arquitectura naval. Posee departamentos de gran lujo, con dormitorio, despachó y cuarto de baño; camarotes individuales sobre cubierta; camarotes de primera clase corrientes, con cama y cuarto de baño; departamentos de 2.ª clase, con cómodas literas; cámara de 3.ª clase, también con literas. Tiene instalados cuartos de baño y ducha, servicio de agua corriente, iluminación espléndida y un extraordinario sistema de calefacción y ventilación que permite poner los camarotes á la temperatura que se desee.

Los comedores, de un depurado gusto en la ornamentación, con mesas individuales y ventanas con vistas al mar; el fumador y salón de música, de muebles cómodos y decorado de gusto severo. Estas son, pues, ligeramente, las características que avaloran al buque *Infante Don Jaime*, orgullo de nuestra marina mercante y verdadero broche de gloria para la Compañía Trasmediterránea.

J. P. N.



Detalle del fumador de la motonave «Cristina», actualmente buque insignia de las maniobras navales, con el alto honor de llevar á bordo á S. M. el Rey y al ministro de Marina



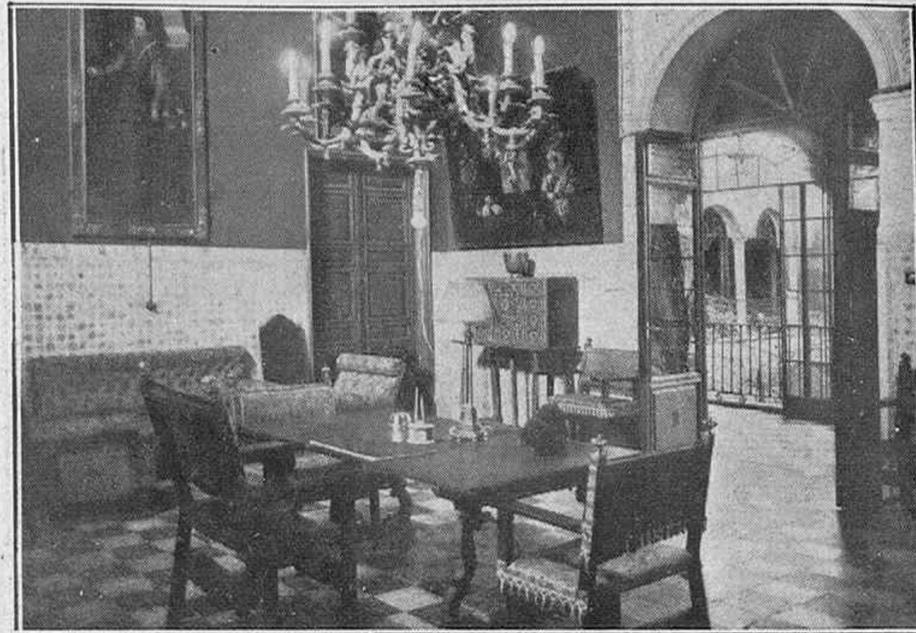
Detalle de la magnífica escalera de la motonave «Plus-Ultra», verdadera joya de la arquitectura naval, que nada tiene que envidiar á los grandes trasatlánticos

EL TURISMO EN ESPAÑA

EL GRAN HOTEL MADRID, DE SEVILLA



El suntuoso comedor del Gran Hotel Madrid, en Sevilla



La bella rinconada de una sala de visitas

SEVILLA está hoy de moda en el mundo. Bien es verdad que Sevilla—prodigio de arte y de naturaleza—está siempre de actualidad. Sus valores de tradición y de tipismo, el encanto de sus calles y de sus jardines, la magia de sus monumentos arquitectónicos, y animando á todo esto su espíritu—gracia, sonrisa, luz—son de hoy y de siempre, son eternos, están sobre todo jalón del tiempo ó toda frontera del espacio. Sin embargo, Sevilla—relieve perpetuo en la vida del arte y del turismo—tiene hoy una más vigorosa actualidad. La espléndida Exposición Iberoamericana es el gran clarín que anuncia al mundo ese nuevo motivo de admiración y de fervor hacia Sevilla.

La ciudad ha sabido capacitarse para ese gran momento que está viviendo ahora. El turismo mundial encuentra allí toda suerte de facilidades y suntuosidades. Ved, como inmejorable ejemplo de esto, el Gran Hotel Madrid... Todo en él es digno de honrosa comparación con los mejores establecimientos análogos del Extranjero.

Hay algo en el Gran Hotel Madrid, además, que le da un valor excepcional: la gracia sevillana y española de sus estancias, de su decoración, de su ambiente. Las fotografías que ilustran esta información reflejan ese gran carácter español del hotel. Muebles, lámparas, cuadros, azulejos, flores, cacharros, prolongan en el Hotel, con un

gran sentido de la elegancia y del arte, la visión de la España de leyenda y de ensueño, de arte y de historia que aman desde lejos los turistas. Los hoteles de todo el mundo tienen casi siempre perfiles iguales, notas gemelas, como si en realidad sólo fueran ediciones distintas de un mismo libro. Pero este Hotel Madrid sólo puede ser de España, sólo puede ser de Sevilla, de esa España y de esa Sevilla inconfundibles, que mantienen ante los ojos de todo el mundo, á través de la distancia y de los días, su penacho de tierras de maravilla.

El máximo confort y el más bello españolismo; la elegancia más refinada y el más profundo carácter típico; la suntuosidad y el arte... Esto es el Gran Hotel Madrid, predilecto del crecido contingente de turistas que en esta hora admirable de España desfilan por Sevilla en romántica

peregrinación de fervor. Y hay algo todavía que da valor nuevo al hotel: en él, á pesar de lo que significa Sevilla en estas jornadas de la Exposición, no hay aumento ninguno de precio en los hospedajes. Otro motivo que justifica la gran predilección del público viajero hacia este magnífico establecimiento, que es uno de los más legítimos orgullos de la nueva Sevilla.



El jardín de invierno



Una magnífica escalera del hotel

EL VENENO DE LA LUZ

HACIA UNA HUMANIDAD CIEGA

UN artículo del maestro, asombro de actividad y de renovado y lozano pensamiento, que se llama Antonio Zozaya, titulado *Fotofobia*, ha venido á puntualizar y dar vigor á mis minúsculas observaciones respecto á la posible acción perjudicial de la luz. ¿Es un veneno la luz?

Esta es la pregunta á la que el insigne cronista contesta con un ingenioso juego de ideas y de metáforas acerca de la luz de la inteligencia y del obscurantismo de cierto sector de la vida española.

La crónica es muy bella, y el espíritu eterno de juventud de Zozaya exige luz, más luz, como Goethe en el momento de morir.

Sin embargo—permitaseme una ligera digresión—, es muy probable que el genial poeta alemán no quisiera expresar que anhelaba más luz, sino que, conforme se iba su espíritu desprendiendo de la materia, veía á cada instante una mayor y deslumbrante intensidad luminosa al entrar en los planos astrales ó espiritual adonde iba llegando como viajero deslumbrado de las tinieblas terrestres.

Iba diciendo que el artículo de Zozaya *Fotofobia* ha fortalecido mis presunciones de que la luz contiene un veneno para los nervios, y principalmente una actividad destructora para la retina. Me refiero á la luz artificial.

Fijémonos en que nunca ha habido tan gran número de personas obligadas á usar del auxilio de los cristales. Hace treinta años, en la época que pudiéramos llamar el reinado azulenco del gas—aquellos mecheros de tres llamas como tres pétalos azules—, era muy raro ver á un niño con gafas. Estas eran propias de personas envejecidas ó fatigadas por largas horas de trabajo—no hay erudito ni sabio sin antiparras—ó de enfermos de los ojos. Fijémonos en la alarmante multitud de pequeños que en la actualidad necesitan cristales. Responde á una herencia lamentable que legamos á nuestros hijos

La moda americana del jovencito ó de la señorita *charleston* con sus antiparras de concha no es un capricho de los autores de revistas, para crear un tipo *snob* de bailarín, sino que corresponde á una dolorosa necesidad.

La Humanidad está medio ciega. Creo que este supuesto merece un poco de atención; y si los médicos oculistas no se ocu-

pan de tan alarmante problema, tened por cierto que caminamos hacia una Humanidad sin ojos.

Los hombres del siglo XXI serán criaturas de cuatro sentidos. Los atlantes fabulosos poseían un sexto sentido que les permitían ver en el mundo de lo suprafísico, y dice la Kabala que por sus negros pecados quedaron ciegos de la divina visión y sus sucesores sólo tuvieron la visión física ó terrestre. Sin duda por nuestra corrupción mereceremos perder la visión de las maravillas de la Naturaleza, la gloria del sol, la belleza de los paisajes, el inefable regocijo de la luz y la gracia de las mujeres. Estremeceos ante el día que no salga el sol y los hombres arden por el mundo, como en el seno de una negra pesadilla. Y este supuesto horripilante puede llegar á ser una irremediable desventura, si la ciencia no estudia las causas y pone remedio al mal.

Fijémonos en que los niños pierden la facultad de la visión, en el punto en que por su tierna edad el aparato óptico debiera estar en pleno vigor y lozanía, ¿no matará su retina la deslumbrante y blanquecina luz del cinematógrafo? Con la pasión del *cine* coincide la debilitación de la vista. Yo no puedo decir más. Sólo expongo mis vulgares observaciones. Cuando no había aún cinematógrafos, los niños no estaban medio ciegos. Las luces rojas, verdes, amarillas, blancas, de los anuncios luminosos que dan á nuestra Gran Vía y á nuestra clásica Puerta del Sol un aspecto de viñeta neoyorquina de postguerra, pueden abrasar—acaso—nuestra retina.

Los médicos deben estudiar los efectos que en nuestros ojos produce esta orgía de colores, con que hace su *réclame* la industria moderna, y evitar que la Humanidad camine, inconsciente, al reino de las eternas tinieblas.

EMILIO CARRERE



DECORATION, ANTIQUITES
JANSEN
PARIS : BUENOS-AIRES
EXPOSICIÓN BARCELONA
PABELLON ALFONSO XIII

Se ha puesto á la venta
en toda España

LA VIEJA FURIA

Una brillante temporada
del fútbol hispano

Documentado comentario á los grandes éxitos de la selección española sobre los equipos de Portugal, Francia é Inglaterra, con un prólogo interesantísimo de JOSÉ MARÍA MATEOS y numerosas fotografías, original de

“JUAN DEPORTISTA”

Precio: UNA peseta

CASA VILCHES

GRABADOS
MARCOS
LIBRERIA DE ARTE
OBJETOS PARA
REGALOS

Avenida del Conde de Peñalver, 5

(Gran Vía)

MADRID

Agotada la primera tirada de

**LO QUE CURA
Y CÓMO CURA**

EL DR. ASUERO

POR

A. GONZÁLEZ

se ha puesto á la venta una
segunda edición

Pedidlo á corresponsales de
PRENSA GRAFICA
* * y buenos libreros * *

OBTENDRA MAYOR RENDIMIENTO DE SU



GASOLINA

Los automovilistas cada vez exigen más y más a sus motores — Sin embargo, un motor de alta compresión no solía funcionar satisfactoriamente con combustibles corrientes — Este era el problema que se le presentó a Chrysler. Chrysler lo solucionó con su maravilloso motor "Silver Dome." El "Silver Dome" produce la potencia de un motor de alta compresión.

Y funciona suave y silenciosamente con combustibles corrientes. Tiene una culata de modelo especial. Y cuando el gas producido por combustibles corrientes pasa a los cilindros, la culata "Silver Dome" hace que este gas se arremoline dentro del cilindro. Luego viene la chispa. El gas que está girando se quema por igual, rápidamente, totalmente, obteniéndose su máximo rendimiento. Haciendo que su Chrysler corone a gran velocidad la mas larga pendiente. Proporcionándole una aceleración instantánea que le facilitará el conducir entre el tráfico.



CHRYSLER

Tres magnificas series de 6 cilindros — el Chrysler Imperial, el Chrysler 75, el Chrysler 65. Automóviles Chrysler de todos precios y tipos. Vea los modelos en el Salón de Exposición del Concesionario. Escriba pidiendo catálogos.

[AGENCIA EXCLUSIVA PARA ESPAÑA : S.E.I.D.A. (S.A.) FERNANFLOR 2, PISO 1º, MADRID
VENTA AL PUBLICO : AVENIDA DE PI Y MARGALL 14

Chrysler Motors, Detroit, Michigan